

CUADERNO 14.

COLECCION GENERAL

de comedias escogidas.

TOMO I.

DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Este cuaderno y el 5.^o de la coleccion, forman el primer tomo de este autor.

Se vende en las librerías de la ciudad de Cruz, frente á las gradas de san Felipe, y de Escribano, calle de las Carretas. = Con licencia. Madrid 1828.

*El Examen de maridos.
Las Paredes oyen.*



PERSONAS.

EL EXAMEN
DE MARIDOS.

La escena es en Madrid.



PERSONAS.

El Conde Carlos, galan.

El Marqués don Fadrique, galan.

El Conde don Juan, galan.

Don Guillen, galan.

Don Juan Guzman, galan.

El Conde Alberto, galan.

Don Fernando, viejo grave.

Beltran, escudero viejo.

Hernando, lacayo.

Ochavo, gracioso.

Doña Inés, dama.

Mencia, su criada.

Doña Blanca, dama.

Clavela, su criada.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

Doña Inés de luto y Mencía.

Mencía.

Ya que tan sola has quedado
por la muerte del Marqués
tu padre, forzoso es,
señora, tomar estado;
que en su casa has sucedido,
y una muger principal
parece en la corte mal
sin padres, y sin marido.

Doña Inés.

Ni mas puedo responderte,
ni puedo mas resolver,
de que á mi padre he de ser
tan obediente en la muerte,
como en la vida lo fui;
y con este justo intento
aguardo su testamento
para disponer de mí.

ESCENA II.

Dichas y Beltran de camino.

Beltran.

Dame, señora, los pies.

Doña Inés.

Vengas muy en horabuena ,
Beltran , amigo.

Beltran.

La pena
de la muerte del Marqués
mi señor , que esté en la gloria ,
me pesa de renovarte ,
cuando era bien apartarte
de tan funesta memoria ;
mas cumplo lo que ordenó ,
cercano al último aliento :
en lugar de testamento
este pliego me entregó ,
sobrescrito para ti. *Dale un pliego.*

Doña Inés.

A recibirle , del pecho
sale en lágrimas desecho
el corazon ; dice así :
Antes que te cases mira lo que haces.

Mencia.

¿ No dice mas ?

Doña Inés.

No , Mencia.

Beltran.

Su postrer disposicion
cifró toda en un renglon.

Doña Inés.

¡ Ay querido padre ! fia
que no esceda á lo que escribes
mi obediencia un breve punto ;
y que aun despues de difunto ,
presente á mis ojos vives.
Y vos , si el haber nacido
en mi casa , y si el amor ,

que del Marques mi señor
 habeis , Beltran , merecido ;
 si la firme confianza
 con que en vuestra fe , y lealtad
 resignó su voluntad ,
 aseguran mi esperanza ;
 sed de mi justa intencion
 el favorable instrumento ,
 con que de este testamento
 disponga la ejecucion.
 Solo de vuestra verdad
 he de fiar el efecto ;
 y la eleccion del sugeto ,
 á quien de mi libertad
 entregue la posesion ,
 de vos ha de proceder ,
 y obligarme á resolver
 sola vuestra informacion.

Beltran.

No tengo que encarecerte
 mi obligacion y mi fé ;
 pues ellas , segun se vé ,
 son las que pueden moverte
 á hacerme tu consejero.

Doña Inés.

Venid conmigo á saber ,
 Beltran , lo que habeis de hacer ,
 que elegir esposo quiero
 con tan atentos sentidos ,
 y con tan curioso examen
 de sus prendas , que me llamen
 el examen de maridos.

ESCENA III.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

*Don Fernando y el Conde Carlos.**Don Fernando.*

Pensar que solo sois vos
 dueño de su voluntad,
 y segun vuestra amistad,
 una alma vive en los dos;
 de vos me obliga á fiar,
 y pedir os una cosa,
 que por ser dificultosa,
 podreis vos solo alcanzar.

Conde.

Si como habeis entendido,
 don Fernando, esa amistad,
 conocéis la voluntad
 con que siempre os he servido;
 seguro de mi os fiaís,
 pues ya, segun mi afición,
 solo con la dilacion
 puede ser que me ofendais.

Don Fernando.

Ya, pues, Conde, habeis sabido,
 que el Marqués á Blanca adora.

Conde.

De vos, don Fernando, ahora
 solamente lo he entendido.

Don Fernando.

Negaréislo como amigo,
 y secretario fiel
 del Marqués.

Conde. Jamás con él he llegado, ni él conmigo, á que de tales secretos participes nos hagamos; ó sea porque adoramos tan soberanos sujetos, que con darse á la amistad nombre de sacra y divina, aun no la juzgamos digna de atreverse á su deidad; ó porque el zelo ó rigor de esta amistad es tan justo, que niega culpas del gusto, y delitos del amor; ó porque de ese cuidado vivimos libres los dos, y en lo que os han dicho á vos, acaso os han engañado.

Don Fernando. No importa para el intento haberlo sabido, ó no, ser así, y saberlo yo, es la causa, y fundamento, que me obligó á resolverme á que de vuestra amistad, nobleza y autoridad en estò venga á valerme. Y así, supuestó, señor, que si el Marqués pretendiese, que Blanca su esposa fuese, no me encubriera su amor; pues si sus méritos son tan notorios, se podría prometer, que alcanzaria



por concierto su intencion:
 De aquí arguyo , que su amor
 solo aspira á fin injusto ,
 y quiere alcanzar su gusto
 con ofensa de mi honor.
 Vos , pues , de cuya cordura ,
 grandeza , y valor confio ,
 remediad el honor mio ,
 y corregid su locura ;
 que en los dos evitareis
 con esto el lance postrero ;
 pues lo ha de hacer el acero ,
 si vos , Conde , no lo haceis.

Conde

Fernando , bien sabeis vos ,
 que por no sugeto á ley
 el amor , le pintan Rey ,
 niño , ciego , loco , y Dios.
 Y así , en este caso yo ,
 si he de hablar como discreto ,
 el intentarlo os prometo ,
 pero el conseguirlo , no ;
 que por locura condeno ,
 que se prometa el valor ,
 ni poder mas que el amor ,
 ni asegurar hecho ageno ;
 mas esto solo fiad ,
 pues de mí os quereis valer ,
 que el Marqués ha de perder ,
 ó su amor , ó mi amistad.

Don Fernando.

Esa palabra me anima
 á pensar que vencereis ,
 que sé lo que vos valeis ,
 y sé lo que él os estima.

Conde.

No admite comparacion
nuestra amistad, mas yo sigo
en las finezas de amigo
las leyes de la razon:
en esto la teneis vos,
y de vuestra parte estoy.

Don Fernando.

Seguro con eso voy.

Conde.

Dios os guarde.

Don Fernando.

Guárdeos Dios.

ESCENA IV.

El Conde, el Marqués y Ochovo.

Ochovo.

¡El es un capricho extraño!

Marqués.

Examen hace curiosa
de pretendientes.

Ochovo.

¡Qué cosa
para los mozos de ogaño!

Marqués.

¿Conde?

Conde.

¿Marqués?

Marqués.

Escuchad
el mas nuevo pensamiento,
que en humano entendimiento
puso la curiosidad.

Conde.

Decid.

Marqués.

Vuelve á referirlo
con todas sus circunstancias.

Ochavo.

Perdonad mis ignorancias,
pues de mí quereis oirlo.
La sin igual doña Inés,
á cuyas divinas partes
se junta ya el ser Marquesa,
por la muerte de su padre,
abriendo su testamento,
con resolucion de darle
el cumplimiento debido
á postreras voluntades,
halló, que era un pliego á ella
sobrescrito, y que no trae
mas que un renglon todo él;
en que le dice su padre:
Antes que te cases mira lo que haces.
Puso en ella este consejo
un ánimo tan constante
de egecutarlo, que intenta
el capricho mas notable
que de romanas Matronas
cuentan las antigüedades.
Cuanto á lo primero, á todos,
gentiles hombres, y pages,
y criados de su casa,
orden ha dado inviolable,
de que admitan los recados,
los papeles, y mensages
de cuantos de su hermosura

pretendieren ser galanes.
 Con esto en un blanco libro,
 cuyo título es: *Examen*
de maridos, va poniendo
 la hacienda, las calidades,
 las costumbres, los defectos,
 y escelencias personales
 de todos sus pretendientes,
 conforme puede informarse
 de lo que la fama dice,
 y la inquisicion que hace.
 Estas relaciones llama
 consultas, y memoriales
 los billetes, y recuerdos
 los paseos y mensajes.
 Lo primero notifica
 á todo admitido amante,
 que sufre la competencia,
 sin que el limpio acero saque;
 y al que por este, ó por otro
 defecto una vez borraré
 del libro, no hay esperanza
 de que vuelva á consultarle.
 Declara, que amor con ella
 no es mérito, y solo valen,
 para obligar su alvedrío,
 propias y adquiridas partes;
 de manera, que ha de ser
 quien á su gloria aspirare,
 por eleccion venturoso,
 y elegido por examen.

Conde.

¡Estraña imaginacion!

Marqués.

¡Paradógico dislate!

Ochavo.

¡Caprichoso desatino!

Conde.

¡Ah, ingrata, qué novedades *ap.*

inventas para fenderme,

y trazas para matarme!

¿Qué me ha de valer contigo,
si tanto amor no me vale?

¿Posible es, cruel, que intentes
contra leyes naturales,
que sin amor te merezcan,
y que sin zelos te amen?

Marqués.

Ya con tan alta ocasion

imagino en los galanes

de la corte mil mudanzas

de costumbres, y de trages.

Conde.

La fingida hipocresía,

la industria, el cuidado, el arte,

á la verdad vencerán;

mas valdrá quien mas engañe.

Ochavo, déjanos solos,

que tengo un caso importante

que tratar con el Marqués.

Ochavo.

Si es importante, bien haces

en ocultarlo de mí,

que cualquiera que fiare

de criados su secreto,

vendrá á arrepentirse tarde.

ESCENA V.

*El Conde y el Marqués.**Marqués.*

Cuidadoso espero ya
lo que teneis que tratarme.

Conde.

Retóricas persuasiones,
y proemios elegantes
para pedir, son ofensas
de las firmes amistades;
y así, es bien que brevemente
mi pensamiento declare.
De don Fernando de Herrera
la noble, y antigua sangre,
ni puede nadie ignorarla,
ni ofenderla debe nadie,
y el que es mi amigo, Marqués,
no ha de decirse que hace
sinrazon, mientras un alma
ambos pechos informáre.
Una de tres escoged,
ó no amar á Blanca, ó darle
la mano, ó dejar de ser
mi amigo por ser su amante.

Marqués.

Primero que me resuelva
en un negocio tan grave,
los zelos de mi amistad,
que al encuentro, Conde salen,
me obligan á que averigüe
mis quejas, y sus verdades.
¿Cómo si de agena boca
supisteis que soy amante

de Blanca, no teneis zelos
de que de vos lo ocultase?

Conde.

Porque los cuerdos amigos
tienen razon de quejarse
de que la verdad les nieguen,
mas no de que se la callen;
y así, de vuestro silencio
no he formado zelos, antes
os estoy agradecido,
que presumo que el callarme
vuestra aficion, fué recelo
de que yo la reprobase,
porque no consienten culpas
las honradas amistades;
y así, Marqués, resolveos
à olvidarla, ó á olvidarme,
que la razon siempre á mí
me ha de tener de su parte.

Marqués.

Puesto, Conde, que el mas rudo
el imperio de amor sabe,
con vos, que prudente sois,
no trato de disculparme.
Dar la mano á doña Blanca
no es posible, sin que pase
el mayorazgo que gozo
al mas cercano en mi sangre;
que obliga de su ereccion
un estatuto inviolable
á que el sucesor elija
esposa de su linage.
Yo, pues, antes de escucharos,
viendo estas dificultades,
procuraba ya remedios

de olvidarla , y de mudarme ;
y ha sido el mandar lo vos
el mayor ; pues es tan grande
mi amistad , que lo imposible
por vos me parece facil.

Conde.

Supuesto que no hay finezas
que á la vuestra se aventajen,
os las promete á lo menos
mi agradecimiento iguales ;
y á Dios , Marqués , porque quiero
dar al cuidadoso padre
de Blanca esta feliz nueva.

Marqués.

Bien podeis asegurarle ,
que no hará la muerte misma ,
que esta palabra os quebrante.

Conde.

Cuando no vuestra amistad ,
me asegura vuestra sangre.

ESCENA VI.

El Conde Alberto por una parte , y por otra don Juan.

Don Juan.

¿ Conde ?

Alberto.

¿ Don Juan ?

Don Juan.

Con hallaros
en esta casa , me dáis
indicios de qué intentáis
de marido examinaros.

Alberto.

Dado que no tengo amor ,

por curiosidad deseo
de este examen de Himeneo
ser tambien competidor ;
mas lo que pensais de mí ,
por el lugar en que estoy ,
de vos presumiendo voy ,
pues tambien os hallo aquí .

Don Juan.

Siendo en tan alta ocasion
de méritos la contienda ,
pienso que quien no pretenda ,
perderá reputacion .

ESCENA VII.

Dichos y don Guillen.

Don Guillen.

Copiosa está de guerreros
la estalada .

Alberto.

¿ Don Guillen ,

sois opositor tambien ?

Don Guillen.

Con tan nobles caballeros ;
si es que aspirais á elegidos ,
fuerza es probar mi valor ;
que si es tal el vencedor ,
no es deshonra ser vencidos .

Alberto.

¿ Que en novedad tan estraña
diese la Marquesa hermosa !

Don Guillen.

Por ella será famosa
eternamente en España .

Don Juan. Al fin quiere voluntades,
 á la usanza de Valencia,
 que sufran la competencia
 sin zelos ni enemistades.

Alberto. Nueva Penélope ha sido.

ESCENA VIII.

(1) *Dichos y Ochavo.*

(2) *Ochavo.*
 ¡Plegue á Dios, no haya en la corte
 algun Ulises que corte
 en cierne tanto marido!

Don Juan. Beltran sale aquí.

Alberto. Y él es,
 segun he sido informado,
 el secretario y privado
 de la hermosa doña Inés.

Ochavo. Ya sé que es del tiempo vário
 efecto bien peregrino,
 que no siendo Vizcaino,
 llegase á ser secretario.

ESCENA IX.

Dichos y Beltran.

Beltran.

Al cebo de doña Inés
 pican todos; que es gran cosa
 gozar de muger hermosa,

y un título de Marqués.

Alberto.

Señor Beltran, la intencion
de la Marquesa, que ha dado,
como á los pechos cuidado,
á la fama admiracion,
causa el concurso que veis:
mis prendas, y calidades
son estas, y son verdades,
que presto probar podreis. (1)

Don Juan.

Este mis prendas refiere. (2)

Beltran.

La Marquesa mi señora
saldrá de su cuarto ahora,
que veros á todos quiere,
á ella dad los memoriales;
porque informarse procura
de la voz, la compostura,
y las prendas personales
de cada cual por sus ojos.

Ochavo.

Es prudencia, y discrecion
no entregar por relacion
tan soberanos despojos

Beltran.

Ella sale. (3)

Ochavo.

Gusto es vellos *ap.*

cuidadosos, y afectados,
compuestos, y mesurados,

(1) *Le presenta un papel.*

(2) *Le presenta un papel.*

(3) *Compónense todos.*

alzar vigotes, y cuellos, obligand
 Paréceme propiamente
 en sus aspectos, é endicios; y
 los pretendientes de oficios, que
 cuando ven al presidente; y
 mas por Dios, que es la criada
 como un oro. Oye, doncella.

ESCENA X.

Dichos, doña Inés y Mencia.

Mencia.

¿Qué quiere?

Ochaco.

El amor por ella
 me ha dado una cabezada.

Mencia.

Aun bien que hay en el lugar
 albeytarés.

Ochaco.

¿Pues traidora,
 tan bestia es el que te adora,
 que albeytar le ha de curar?

Alberto.

Puesto que el alma confiesa,
 que no hay méritos humanos,
 que á los vuestros soberanos
 igualen, bella Marquesa,
 si alguno ha de poseeros,
 hacer esto, es competir
 con todos, no presumir,
 que he de poder mereceros;
 y á este fin he reducido
 mis prendas á este papel.

humilde, corto y fiel. *ap.*

Doña Inés.

¡Qué retórico marido! *ap.*

Yo atenderé, como es justo,

á vuestros méritos, Conde.

Ochavo.

Como Rey, por Dios, responde: *ap.*

ella es loca de buen gusto.

Don Juan.

Yo soy, señora, don Juan

de Guzmán; aquí vereis *dale.*

lo demas, si en mí quereis

mas prendas, que ser Guzman.

Doña Inés.

¡Qué amante tan enlautado! *ap.*

Yo lo veré.

Ochavo.

¡ Linda cosa, *ap.*

la voz sutil, y melosa

en un hombre muy barbado!

Don Guillén.

Don Guillen soy de Aragon,

que si por amor hubiera

de mereceros, ya fuera

mi esperanza posesion.

Este os puede referir *dale.*

mis méritos verdaderos

pocos para mereceros,

muchos para competir.

Doña Inés.

¡Qué meditada oracion!

Yo veré el papel.

Ochavo. ¡Ca osiup
; Qué bien ó *op.*
trajo el culto don Guillen
la tal contraposición!

Doña Inés.

Con vuestra licencia quiero
retirarme.

Alberto.

¡Loco estoy. *case.*

Don Juan.

Libre vine, y preso voy. *case.*

Don Guillen.

Por vos vivo, y sin vos muero. *case.*

ESCENA XI.

Doña Inés, Beltran, Ochavo y Mencia.

Doña Inés.

Tened esos memoriales; *case* *Beltran.*

¿mas qué busca este mancebo?

Ochavo.

Por ver capricho tan nuevo
me atreví á vuestros umbrales;

y aunque de esta mocedad,

y paradógico intento,

os alabe el pensamiento,

tengo una dificultad;

y es, que en vuestros pretenses

me han dicho, que examináis

lo visible, y no tratáis

de las prendas interiores,

en que muchas veces ví

disimulados engaños,

que causan mayores daños

al matrimonio; y así, y

quiero saber, ¿qué invencion,
ó industria pensais tener,
ó qué examen ha de haber
para su averiguacion?

Doña Inés.

¿No hay remedio?

Ochoa.

Uno de dos
en dificultad tan nueva,
recibir la causa á prueba,
ó encomendársele á Dips.

Doña Inés.

De buen gusto es la advertencia:
¿quereis otra cosa aquí?

Ochoa.

Un nuevo amante, por mí,
Marquesa, os pide licencia
para veros, y informaros
de sus méritos; que puesto
que á todos la dais, en esto
quiere también obligaros.

Doña Inés.

¿Quién es?

Ochoa.

Señora, el Marqués
vuestro deudor.

Doña Inés.

Ya has ofendido
su valor, pues ha perdido
lo que á todos comun es.

Ochoa.

Tiene el ser desconfiado
de discreto; y le parece
Marquesa, que aun no merece
ser de vos examinado.

Doña Inés.
 Pues yo no solo le doy
 licencia, pero juzgára
 por agravio, que no honrara
 el examen.

ESCENA XII.

Ochavo y Mencia.

Ochavo.
 Pues yo voy
 con nueva tan venturosa,
 y tanto vos lo seais,
 pues cual sábia examinais,
 que no elijais como hermosa.
 Y tú, enemiga, haz también
 un examen; y si acaso
 te merezco, pues me abraso,
 trueca en favor el desden.

Mencia.
 ¿Bebe?

Ochavo.
 Bebo.

Mencia.
 ¿Vino?

Ochavo.
 Puro.

Mencia.
 Pues ya queda reprobado,
 que yo quiero esposo aguado.

ESCENA XIII.

Ochavo.
 Escucha: en vano procuro

detenerla. Bueno quedo,
 vive Dios, que estoy herido;
 pero si mi culpa ha sido
 beberlo puro, bien puedo
 no quedar desesperado.
 Aguado soy, que aunque puro,
 siempre beberlo procuro,
 siempre al fin lo bebo aguado;
 pues todo, por nuestro mal,
 antes de salir del cuero,
 en el Adán Tabernero
 peca en agua original.

ESCENA XIV.

DECORACION DE CALLE. Y

Doña Blanca y Clavela con mantos.

Clavela.

Pienso que no te está bien
 mostrar al Marqués amor,
 porque es la contra mejor
 de un desden, otro desden,
 si su mudanza recélas,
 tu firmeza te destruye,
 porque el amante que huye,
 seguirle, es ponerle espuelas.

Doña Blanca.

Yá que pierdo la esperanza,
 que tan segura tenía
 saber al menos querria
 la ocasion de su mudanza,
 y por esto le he citado,
 sin declararle quien soy,
 para el sitio donde estoy.

Clavela.

El vendrá bien descuidado
de que eres tú quien le llama.

ESCENA XV.

Dichas, el Marqués y Ochoo.

Ochoo.

Su hermosura, y su intencion
son tan nuevas, que ya son
la fábula de la fama;
y al fin, no solo te ha dado
la licencia que has pedido,
péro se hubiera ofendido
de que no hubieras honrado
el concurso generoso,
que al examen se le ofrece.

Marqués.

Locura, por Dios, parece
su intento; mas ya es forzoso
seguir á todos en eso.

Ochoo.

Un aguacero cayó,
en un lugar, que privó
á cuantos mojó, de seso;
y un sábio, que por ventura
se escapó del aguacero,
viendo que al lugar entero
era común la locura,
mojóse, y enloqueció,
diciendo: ¿en esto que pierdo?
aquí, donde nadie es cuerdo,
¿para que he de serlo yo?
Así ahora no se escusa,
su puesto que á todos ves

examinarse, que dés
en seguir lo que se usa.

Marqués.
Bien dices, que era el no hacerlo
dar al mundo que decir;
pero quierote advertir,
de que nadie ha de entenderlo
hasta salir vencedor;
porque si quedo vencido
no quiero quedar corrido.

Ochavo.
Mármol soy.

Marqués.
Este temor
me obliga así á recatar,
aunque mi pecho confía,
que doña Inés será mía
si me llego á examinar.

Doña Blanca.
¿Que doña Inés será vuestra
si á examinaros llegais?

Marqués.
¿O, Blanca, vos me escuchais?

Doña Blanca.
¿Quien tanta inconstancia muestra
como vos, tiene esperanza
de que saldrá vencedor,
siendo el defecto mayor
en un hombre la mudanza?
¿De qué os admirais? yo fui,
yo fui la que os he llamado
viendo que con tal cuidado
andais huyendo de mí,
para saber la ocasion
que os he dado, ó vos tomais.

para que así me rompáis
 tan preciosa obligacion,
 y de vuestros mismos lábios,
 antes que os la preguntara,
 quiso el cielo que escuchara,
 la ocasion de mis agravios.

Marqués.
 Blanca, no te desenfrenes,
 escucha atenta primero
 mi disculpa, y despues quieró,
 que si es razon me condenes.
 Cuando empezó mi deseo
 á mostrar, que en tí vivia,
 ni aun la esperanza tenia
 del estado que hoy poseo.

Entonces tú, como á pobre,
 te mostraste siempre dura,
 que el oro de tu hermosura
 no se dignaba del cobre.

Heredé por suerte; y luego,
 ó fuese ambicion, ó amor,
 mostraste á mi ciego ardor
 correspondencias de fuego;
 mas la herencia, que la gloria
 me dió de tu vencimiento,
 fué tambien impedimento
 para gozar la victoria;

porque estoy, Blanca, obligado
 á dar la mano á muger
 de mi linage, ó perder
 la posesion del estado.

Esta ocasion me desvia,
 de tí, pues según arguyo,
 ni rico puedo ser tuyo,
 ni pobre quieres ser mia.

Perdida, pues tu esperanza, y
 si otra doy en celebrar, y
 es divertirme, no amar; ni y
 es remedio, no mudanza.
 Así, que á no poder mas, y
 mudo intento; si pudieres
 haz lo mismo, que si quieres,
 muger erés, y podrás. *vase.*

Doña Blanca.

Oye.

Clavela.

Vientosón sus pies.

Ochavo.

¡Cielos, haced que algun día
 pueda yo hacer con Mencía
 lo que con Blanca el Marqués!

ESCENA XVI.

Blanca y Clavela.

Desesperada esperanza,
 el loco intento mudad,
 y de ofendida apelad
 del amor á la venganza.
 ¡Por, los cielos, inconstante,
 ya que tu agravio me obliga,
 que has de llorar me enemiga,
 pues no me estimas amante!
 A tus gustos, tus intentos
 tus fines me he de oponer;
 seré verdugo al nacer
 de tus mismos pensamientos.

Clavela.

De cólera estás perdida;
 loca te tiene el despecho.

Doña Blanca.

Sierpes! apacienta el pecho
de una muger ofendida.

ESCENA XVII.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

*El Conde don Juan, y despues el Conde Carlos.**Don Juan.*

De tus ojos salgo ciego,
y abrasado, Inés hermosa,
cual la incauta mariposa
busca luz, y encuentra fuego.

Conde.

¿Aquí está el Conde don Juan? *ap.*
¿Todo el infierno arde en mí!
¿Conde, de hallaros aquí,
ciertas sospechas me dan
de que pretendéis entrar
en el examen!

Don Juan.

¿Pues quién
no aspira á tan alto bien,
si méritos lo han de dar?

Conde.

Quien supiere, que á la bella
Inés, ha un siglo que quiere
Carlos.

Don Juan.

Si quien lo supiere,
Conde, no ha de pretendella,
de esa obligacion me hallo
con justa causa escluido,
porque nunca la he sabido.

Conde.

¿No basta, pues, escuchallo
aquí de mí, si hasta ahora
la he servido con secreto,
justo y forzoso respeto
del que estima á la que adora?

Don Juan.

No basta á quien se ha empeñado
sin saberlo: á no empezar,
podeis con eso obligar,
mas no á dejar lo empezado.

Conde.

Esta espada sabrá hacer
que sobre decirlo yo,
para dejarlo.

Don Juan.

¿Y que no
esta sabrá defender?
y esto en el campo, no aquí,
que es sagrado este lugar.

Conde.

Allá os espero mostrar
el valor que vive en mí.

ESCENA XVIII.

Dichos y doña Inés.

Doña Inés.

¿Qué es esto, Conde don Juan?
¿Conde Carlos, dónde vais?

Conde.

Solamente á que entendais
los escesos, á que dan
ocasion vuestros antojos.
Venid.

Don Juan.

Vamos.

Doña Inés.

Deteneos,

que mal logrará deseos,
 quien obliga con enojos;
 sabiendo que es lo primero
 que he advertido en este examen,
 que no ha de entrar en certamen
 quien por mí saque el acero.
 ¿Cómo aquí con ofenderme
 quereis los dos obligarme?
 ¿pues que pretendéis ganarme
 con el medio de perderme?
 ¿El fin de esta pretension
 consiste en vuestro alvedrío?
 ¿Es vuestro gusto, ó el mio,
 quien ha de hacer la elección?
 Sufra, pues, quien alcanzarme
 procure, la competencia,
 ó confiese en mi presencia
 que no pretende obligarme.

Don Juan.

No hay más ley que vuestro gusto
 para mi abrasado pecho.

Conde.

Yo, Inés, aunque á despecho
 de un agravio tan injusto
 como recibo de vos,
 me dispogo á obedéceros.

Doña Inés.

De no sacar los aceros
 me dad palabra los dos.

Conde.

Yo por serviros, la doy.

Don Juan.

Yo la doy por obligaros,
que á morir por no enojaros;
dispuesto, señora estoy.

ESCENA XIX.

Doña Inés y el Conde Carlos.

Conde.

¡ Ah , Marquesa , á Dios pluguiera ;
pues os cansa el amor mio ,
fuese mio mi alvedrío
para que no os ofendiera !
Pluguiera á Dios que pudiera
poner freno á mis pasiones ,
al ver vuestras sin razones ;
que cuando el amor es furia ,
los golpes que dá la injuria
rematan mas las prisiones.
Apaga el cierzo violento
llama que empieza á nacer ,
mas en llegando á crecer
le aumenta fuerzas el viento.
Ya estaba en mi pensamiento
apoderado el furor
de vuestro amoroso ardor ;
y á quien llega á estar tan ciego ;
cada agravio dá mas fuego ,
cada desden mas amor.

Doña Inés

Basta , Conde , que llenáis
de vanas quejas el viento ;
si de vuestro sentimiento
la ocasion no declaráis ,
¿ de qué agravios me acusáis ?

El preguntarlo es mayor
 ofensa, y nuevo rigor; ¿obriga
 pues para que os disculpeis
 de vuestro error, os haceis
 ignorante de mi amor,
 ¿Podréisme negar acaso,
 que dos veces cubrió el suelo
 tierna flor y duro yelo,
 despues que por vos me abraso?
 ¿El fiero dolor que paso
 por vuestros ricos despojos,
 aunque á encubrir mis ojos
 el recato me ha obligado,
 no os lo ha dicho mi cuidado
 con la lengua de mis ojos?
 ¿No han sido mi claro oriente
 vuestros balcones, y han visto
 que ha dos años que conquisto
 su yelo con fuego ardiente?
 Si os amé tan cautamente,
 que apenas habéis sabido
 vos misma, que os he querido,
 esa es fineza mayor;
 pues muriendo, vuestro honor
 á mi vida he preferido:
 pues cuando tras esto dais
 licencia á nuevos cuidados,
 para ser examinados
 porque el mas digno elijais,
 ¿cómo, decid, preguntáis
 á un despreciado y zeloso,
 de qué se muestra quejoso?
 Cuando por amante no os he
 ¿por mi no merezco yo?

ser con vos mas venturoso?

Doña Inés.

Negar lo fuera ofenderos,
 pero vos me disculpais,
 y con lo que me acusais
 pienso yo satisfaceros:
 si entre tantos caballeros
 como al exámen se ofrecen,
 vuestras prendas os parecen
 dignas de ser preferidas,
 ellas serán elegidas,
 si mas que todas merecen;
 mas si acaso el propio amor
 os engaña, y otro amante
 aunque menos arrogante,
 en prendas es superior,
 ni es ofensa, ni es error
 si en mi próvecho me agrada,
 de vuestro daño olvidada;
 que el que es mas digno me venza;
 que de sí mismo comienza
 la caridad ordenada.
 ¿Y de amar vuestra beldad
 cuántos los méritos son?

Doña Inés.

Amar por inclinacion
 es propia comodidad,
 si presa la voluntad
 del deseo se fatiga,
 porque el deleyte consiga,
 del bien que pretende nace,
 y quier su negocio hace
 á nadie con él obligar.
 Demas, que si amarme fuera

conmigo merecimiento,
 no solo vuestro tormento
 obligada me tuviera,
 que no tantos en la esfera
 leves átomos se miran,
 ni en cuanto los rayos giran
 del sol claro arenas doran,
 cuantos más que vos me adoran,
 si menos que vos suspiran.
 Pero supuesto que amarme
 no me obliga, imaginad,
 que cumplir mi voluntad
 es el modo de obligarme;
 el más digno ha de alcanzarme;
 si vuestros méritos claros
 esperan aventajaros,
 en obligación me estais,
 pues por una que intentais
 dos victorias quiero daros.
 Corta hazaña es por amor
 conquistar una muger;
 ilustre victoria es ser
 por méritos vencedor:
 de mí es ha de hacer señor
 la elección, no la ventura,
 si no os parece cordura
 el nuevo intento que veis,
 al menos no negareis
 que es de honrada esta locura.

Conde.

¿ En fin, que en vano porfio
 disuadiros de ese intento?

Doña Inés.

Antes que mi pensamiento
 se mudará el Norte frío.

Conde.

Pues yo de todos confío
 ser por prendas vencedor;
 mas ved que en tan ciego amor
 mis sentidos abrasais,
 que si en la eleccion errais
 no he de sufrir el error.
 Mirad como os resolveis,
 y advertid bien, si á mí no,
 que merezca mas que yo
 á quien vuestra mano deis;
 pues como vos proponcis,
 que vencer para venceros
 tantos nobles caballeros,
 son dos tan altas victorias,
 son dos afrentas notorias
 las que recibo en perderos.
 Yo enfrenaré mi pasión,
 si es mas digno el mas dichoso,
 obediente al imperioso
 dictamen de la razon;
 pero siendo en la eleccion
 vos errada, y yo ofendido,
 vive Dios, que al preferido
 ha de hacer mi furia ardiente
 teatro de delincuente
 del tálamo de marido.

Doña Inés.

Pensad que si no venceis
 no habeis de quedar quejoso,
 que será tal el dichoso,
 que vos mismo lo aprabeis.

Conde.

Cumplid lo que prometeis.

Doña Inés.

Tal examen he de hacer,
que á todos dé, al escoger,
que envidiar, no que culpar.

Conde.

Pues Inés á examinar.

Doña Inés.

Pues Cárlos á merecer,

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

Blanca y Clavela con mantos.

Doña Blanca.

Yo la he de ver, y estorbar
cuanto pueda su esperanza,
que el amor pide venganza
si llega á desesperar;
y pues no me vió jamas
la Marquesa, cierta voy
de que no sabrá quién soy.

Clavela.

Resuelta, señora, estás,
y no quiero aconsejarte.

Doña Blanca.

Ella sale.

Clavela.

Hermosa es:
con razon la luz que vés
puede en zelos abrasarte.

Doña Blanca.

Cúbrete el rostro, y advierte,
que los enredos que emprendo
van perdidos, en pudiendo
este viejo conocerte.

ESCENA II.

Dichas , doña Inés y Beltran.

Beltran.

Ya del Marqués don Fadrique
el memorial he pasado ;
y si verdad ha informado ,
no dudo que se publique
por su parte la victoria.

Doña Inés.

Pues , Beltran , con brevedad
de lo cierto os informad ,
porque es ventaja notoria
la que en sus méritos veo ,
y si verdaderos son ,
mi sangre , ó mi inclinacion
facilitan su deseo.

Beltran.

El es tu deudo ; y por Dios
que fuera bien que se unieran
vuestras dos casas , é hicieran
un rico estado los dos.

Doña Blanca.

Primero el fin de tus años , *ap.*
caduco enemigo , veas.

Clavela.

La ocasion es que deseas.

Doña Blanca.

Comiencen pues mis engaños ,
y advierte bien el rodeo
con que mi industria la obliga
á rogarme que la diga
lo que decirla deseo.

No vengo á mala ocasion , *á Inés.*

cuando de bodas tratais,
 pues feliz anuncio dais
 con eso á mi pretension.

Doña Inés.

¿Quién sois, y qué pretendéis?

Doña Blanca.

Soy, señora, una criada
 de una muger desdichada,
 que por dicha conocéis.
 Lo que pretendo es mostraros
 joyas de hechura y valor,
 con que pueda el resplandor
 del mismo sol envidiaros.
 Tratado su casamiento,
 las previno mi señora;
 y habiendo perdido ahora
 con la esperanza el intento
 de ese estado, determina
 tomar el de religion;
 y viendo que la ocasion
 de casaros se avecina,
 según publica la fama,
 me mandó que os las tragese,
 porque si entre ellas hubiese
 alguna, que de tal dama
 mereciese por ventura,
 ser para suya estimada,
 por el valor apreciada,
 aunque pierda de la hechura
 mucha parte, la compreis.

Doña Inés.

Las joyas, pues, me mostrad.

Doña Blanca.

Su curiosa novedad *sacalas;*
 pienso que codiciareis.

De diamantes jaquelados
es esta.

Doña Inés.

No he visto yo
mejor cosa.

Doña Blanca.

Esa costó
mil y quinientos ducados;
pero ved estos diamantes
al tope.

Doña Inés.

La joya es bella,
el cielo no tiene estrella
que dé rayos mas brillantes.

Doña Blanca.

Con mas razon esta rosa,
esmiellada en limpio acero,
comparareis al lucero.

Doña Inés.

Venus es menos hermosa:
quien tales joyas alcanza,
muy rica debe de ser.

Doña Blanca.

Tanto, que por no perder
de una mano la esperanza,
las diera en albricias todas,
y sé que le pareciera
corto escésò, á quien supiera,
con quien trataba sus bodas;
mas son pláticas perdidas;
de lo que importa tratemòs.

Clavela.

¡Por qué sutiles estremos
busca el medio á sus heridas!

ap.

Doña Inés.

Ya de curiosa me incito
á saber quién fué el ingrato;
que vuestro mismo recato
me despierta el apetito.

Clavela.

Ya estan conformes las dos.

Doña Blanca.

Si el saberlo os importára,
Marquesa hermosa, fiara
mas graves cosas de vos.

Doña Inés.

A quien trata de casarse,
y á quien, como ya sabeis,
hace el examen que veis,
temerosa de emplearse
en quién, como el escarmiento
lo ha mostrado, si se arroja,
á la vuelta de la hoja
halle el arrepensimiento;
¿no importa saber con quien
quiso esa dama casarse,
y para no efectuarse
la causa que hubo tambien?
Si como me certifica
vuestra misma lengua ahora,
la que teneis por señora
es tan principal y rica,
¿presumis que entre los buenos,
que opuestos ahora estan
á mi mano, ese galan
que ella quiso, valga menos?
¿Quién duda, sino que está
á este mi examen propuesto
él tambien? Pue segun esto,

no poco me importará
saber quién fué, y cuál ha sido
tan poderosa ocasion,
que el efecto á la aficion
de esa dama haya impedido:
decídmelo por mi vida,
y fiad, que me tendreis,
si esta lisonja me haceis,
mientras viva, agradecida.

Doña Blanca.

Si he de hacerlo, habeis de dar
la palabra del secreto.

Doña Inés.

Como quien soy lo prometo.

Doña Blanca.

Solas hemos de quedar.

Doña Inés.

Dejadnos solas.

Beltran.

Quien fia *ap.*
secretos á una muger,
con red intenta prender
las aguas que el Nilo envia.

Doña Blanca.

La industria verás ahora *á Clavela.*
conque la obligo á querer
al conde, y aborrecer
al Marqués, si ya le adora.

Beltran

Pues nada encubre de mi,
los secretos, que despues
me ha de cotar doña Inés,
quiero escuchar desde aqui.

ESCENA III.

Dichas y Beltran al paño.

Doña Inés.

Ya estamos solas.

Doña Blanca.

Marquesa, la
 á quien haga mas dichosa
 el cielo, que á la infeliz
 de quien refiero la historia,
 sabed, que ese Conde Carlos,
 ese, cuya fama asombra
 con los rayos de su espada
 las regiones mas remotas;
 ese Narciso en la paz,
 que por sus prendas hermosas
 es de todos envidiado,
 como adorado de todas,
 en esta dama, de quien
 oculta el nombre mi boca,
 por obedecerla á ella,
 y porque á vos no os importa,
 puso mas ha de tres años
 la dulce vista engañosa;
 (pues á sus mudas palabras
 no corresponden las obras)
 miró, sirvió, y obligó,
 porque son muy poderosas
 diligencias sobre prendas,
 que solas por sí enamoran.
 Al fin, en amor iguales,
 y en méritos se conforman,
 que si él es galan adonis,
 es ella Venus hermosa,

y porque à penas ardientes
 dichoso término pongan,
 declarados sus intentos,
 alegres tratan sus bodas.
 Entonces ella previno
 estas, y otras ricas joyas,
 como hermosas desdichadas,
 malquistas como curiosas;
 y cuando ya de himeneo
 el nupcial coturno adorna
 el pie, y en la mano Juno
 muestra la encendida antorcha;
 cuando ya, ya al dulce efecto
 falta la palabra sola,
 que eternas obligaciones
 en brevè silaba otorga,
 al Conde le sobrevino
 una fiebre, si engañosa,
 su mudanza lo publica,
 su ingratitude lo pregoná;
 pues desde entonces fingiendo
 ocasiones dilatorias,
 descuidadas remisiones,
 y tibiezas cuidadosas,
 vino por claros indicios
 á conocerse, que sola
 su mudada voluntad
 los desposorios estorba.
 Ella, del desden sentida,
 y de la afrenta rabiosa,
 pues hechos ya los conciertos,
 quien se retira, deshonorá;
 llegó por cautas espías
 á saber, que el Conde
 otra mas dichosa dama

sé yo si mas hermosa,
 porque con tanto secreto
 su nuevo dueño enamora,
 que viendo todos la flecha,
 no hay quien la aljabá conozca,
 Con esto su cuerdo padre,
 por consolar sus congojas,
 á las bodas del Marques
 don Fadrique la conhorta;
 mas cuando de su nobleza,
 y de sus prendas heróicas
 oían nuevas impresiones
 borrando antiguas memorias,
 vino á saber del Marques
 ciertas faltas mi señora,
 para en marido insufribles,
 para en galan fastidiosas;
 y aunque parezca indecente
 el referirlas mi boca,
 y esté, de que han de ofenderos
 los oidos, temerosa
 el secreto, y el deseo
 de servirlos, y estar solas
 aquí las tres, dá disculpa
 á mi lengua licenciosa.
 Tiene el Marques una fuente
 remedio que heçios tomán,
 pues para sanar enferman,
 y curan una con otra,
 tras esto es fama también
 que su mal alientó enoja,
 y fastidia más de cerca,
 que él de lejos enamora;
 y afirman los que le tratan,
 que es libre y es jactancioso.

su lengua, y jamás se ha visto
una verdad en su boca.

Pues como en el verde abril
marchita el helado bórreas
las flores recién nacidas,
las recién formadas hojas,
así mi dueño al instante
que de estas faltas la informan,
del amor en embrión
el nuevo concepto aborta;
y con la misma violencia
que el arco la cuerda torna,
cuando desmembrado el brazo,
disparada el viento azota,
de su Conde Carlos vuelve
á abrasarse en las memorias,
sus perfecciones estima,
y sus desdenes adora:
mas viendo al fin su deseo
imposible la victoria,
pues son, cuando amor declina,
las diligencias dañosas,
despechada muda intento,
y la deseada gloria,
que no ha merecido, deja
á otra mano mas dichosa;
pues podrá, quien goce al Conde,
alabarse de que goza
el marido mas bizarro
que ha celebrado la Europa.

Doña Inés.

Cuanto puedo os agradezco
la relacion de la historia;
y á fé que me ha enternecido
la tragedia lastimosa,

que en sus amantes deseos
ha tenido esa señora.

Doña Blanca.

Teneis al fin sangre noble;
¿mas qué decís de las joyas?

Doña Inés.

Que me agradan; mas quisiera
para tratar de la compra,
que un oficial las aprecie.

Doña Blanca.

No puedo aguardar ahora;
si gustais, volveré á veros.

Doña Inés.

Será para mí lisonja;
que vos no me enamorais
menos que ellas me aficionan.

Doña Blanca.

A veros vendré mil veces,
por ser mil veces dichosa.

Clavela.

Bien se ordena tu venganza.

Doña Blanca.

Ya he sembrado la discordia;
pues soy despreciada Juno,
muera París, y barda Troya.

ESCENA IV.

Doña Inés y Beltran.

Doña Inés.

Ola, Beltran.

Beltran.

¿Qué me quieres
señora?

Doña Inés.

Al punto partid,
y con recato seguid,
Beltran, esas dos mugeres,
sabed su casa, y de suerte
el seguirlas ha de ser,
que ellas no lo han de entender.

Beltran.

Voy, señora, á obedecerte;
y fia de mi cuidado,
que lo que te han referido
averigüe, que escondido
su relacion he escuchado.

ESCENA V.

Doña Inés.

Hasta ahora, ciego amor,
libre entendí que vivia,
ni tus prisiones sentia,
ni me inquietaba tu ardor;
pero ya triste presumo,
que la libertad perdí,
que el fuego escondido en mí,
se conoce por el humo.
Causóme pena escuchar
los defectos del Marqués,
y de amor, sin duda, es
claro indicio este pesar.
Cierto está, que es de quererle
este efecto, pues senti
las faltas que de él oí
como ocasion de perderle.
Presto he pagado el delito
de seguir mi inclinacion,

y de hacer en la elección
consejero al apetito.

No mas amor, que no es justo
tras tal escarmiento errar,
esposo al fin me ha de dar
el examen, y no el gusto.

ESCENA VI.

Doña Inés y el Marqués:

Marqués.

¿Corazon, de qué os turbais? *ap.*
¿qué alboroto, qué temor
os ocupa? ya de amor
señales notorias dais:

¿quién creyera tal mudanza?
¿pero quién no la creyera,
si la nueva causa viera
de mi dichosa esperanza?

Perdona, Blanca, si sientes
ver, que á nueva gloria aspiro,
que en Inés ventajas miro,
y en tí miro inconvenientes.

Mi dicha, Marquesa hermosa, *á ella.*
obstenta ya, con entrar
á veros sin avisar,
licencias de victoriosa;
que la ha dado á mi esperanza,
para tan osado intento,
el amar atrevimiento,
y el merecer confianza.

Doña Inés.

Ya empezó á verificar *ap.*
los defectos que ha escuchado,
pues á hablar no ha comenzado,

y ya se empieza á alabar. Mirad, que no es de prudentes, la propia satisfaccion, y mas donde tantos son de mi mano pretendientes; y quien con tal osadía presume, ó es muy perfecto, ó si tiene algun defecto, en que es oculto se fia, y es accion poco discreta, y estar en eso fiado, que á la envidia y al cuidado, Marqués, no hay cosa secreta.

Marqués.

Bien me puede haber mentido en mi propio amor lisongero, pero yo mismo, primero que fuese tan atrevido, me examiné con rigor de enemigo, y he juzgado, que puede estar confiado, mas que el de todos, mi amor. De mi sangre no podeis negarme, Inés, que confía con causa, pues es la mia, que la misma que vos teneis. De mi persona y mi edad, si pesá á mis enemigos, vuestros ojos son testigos, no mendigáis la verdad. En la hacienda, y el estado, en que he sucedido, de ninguno soy vencido, si soy de alguno igualado.

Mis costumbres yo no digo
 que son santas; mas al menos
 son tales, que los mas buenos
 me procuran por amigo.
 De mi ingenio no publica
 mi lengua la estimacion,
 que ofendiendo califica;
 pues en gracias naturales,
 y adquiridas, decir puedo,
 que los pocos que no escedo,
 se jactan de serme iguales.
 En las armas sabé el mundo
 mi destreza, y mi pujanza;
 hable el segundo Carranza,
 el Narbaez sin segundo.
 Si canto, suspendo el viento;
 si danzo, cada mudanza
 hace, para su alabanza,
 corto el encarecimiento.
 Nadie es mas airóso á pié;
 que puesto que del andárru
 es contrapunto el danzar,
 por consecuciase vé,
 si en contrapunto soy diestro,
 que lo seré en canto llano:
 pues á caballo, no en vano
 me conocen por maestro,
 de ambas sillas los mas sábios;
 pues al mas zaino animal
 trueco en sujecion leal
 los indómitos resabios.
 ¿En los toros, quién ha sido
 á esperar mas reportado,
 ¿quién á herir mas acertado,

y á embestir mas atrevido?
 ¿A cuántos, ya que el rejon
 rompí, y empuñé la espada,
 partí de una cuchillada
 por la cruz el corazón?
 Tras esto, de qué la fama,
 como sabéis, es testigo,
 sé callar al mas amigo
 mis secretos, y mi dama;
 y soy (que esto es lo mas nuevo
 en los demás) mi calidad,
 amigo de la verdad,
 y de pagar lo que debo.
 Ved, pues, señora, si puedo,
 con segura presuncion,
 perder en mi pretension
 á mis contrarios el miedo.

Doña Inés.
 ¡Que altivo, y presuntuoso!
 ¡qué confiado, y lozano
 os mostráis, Marqués! no en vano
 dicen, que sois jactancioso.

Bien fundan sus esperanzas
 vuestros nobles pensamientos
 en tantos merecimientos,
 mas á vuestras alabanzas,
 y á las prendas que alegáis,
 hallo una falta, Marqués,
 que no negareis.

Marqués.
 ¿Cuál es?

Doña Inés.
 Ser vos quien lo publicais.

Marqués.
 Regla es, que en la propia boca

la alabanza se envilece; como è y
 mas aquí excepción padece. A
 pues á quien se opone, y toca
 sus méritos publicamos, si
 por costumbre permitida; si no
 que mal, si sois pretendida
 de tantos, puedo esperar
 que los mismos, que á trevidos
 á vuestra gloria se oponen,
 mis calidades pregonen,
 si está en eso ser vencidos
 decir las yo, es proponer,
 es relacion; no alabanza,
 alegacion, no probanza,
 que esa vos la habeis de hacer.
 Hacedla; y si fuere ageno
 un punto de la verdad,
 á perder vuestra beldad
 desde ahora me condeno.

Doña Inés.

Mucho os habeis arrojado.

Marqués.

La verdad es quien me alienta.

Doña Inés.

¿Cómo puede ser que mienta ap.

quien habla tan confiado?

¿Cielos santos, es posible

que tales faltas esconda

tal talle, y no corresponda

lo secreto á lo visible?

Tales los méritos son,

que alegais vos, y yo veo,

que si como ya deseo

y espero la relacion,

verifica la probanza.

que rigurosa he de hacer,
 desde aqui os doy de vencer
 seguridad, no esperanza;
 porque inclinada me siento,
 si os digo verdad, Marqués,
 á vuestra persona.

Marqués.

Ese es
 mi mayor merecimiento.
 ¿Qué mas plena informacion
 de méritos puedo hacer,
 señora, que merecer
 tan divina inclinacion?
 Si en ese que tú me dás,
 Marquesa, á todos escedo,
 está cierta, que no puedo
 ser vencido en los demas.

ESCENA VII.

Dichos y Beltran.

Beltran.

Llegada es ya la ocasion,
 en que es forzoso probarlos.

Marqués.

¿Beltran, cómo?

Beltran.

El Conde Carlos
 con la misma pretension,
 ha publicado, en servicio
 de la Marquesa, un cartel,
 y desafia por él
 á todo ilustre egercicio
 de letras y armas, á cuantos
 al examen se han opuesto.

Marqués.

¿El Conde? ¿Cielos, que es esto? *esp.*
 El Conde solo, entre tantos
 amantes, basta conmigo
 á obligarme á desistir,
 que no es justo competir
 con tan verdadero amigo;
 mas ya por opositor
 al examen me he ofrecido,
 y nadie creerá que ha sido
 la amistad, sino el temor
 el que muda mi intencion;
 pues, amigo, perdonad
 si prefiero á la amistad
 las aras de la opinion.

Doña Inés.

Marqués, parece que os pesa,
 y que os han arrepentido
 las nuevas que habeis oido.

Marqués.

Lo dicho dicho, Marquesa.
 La suspension que habeis visto,
 nació de que amigo soy
 del Conde; mas ya que estoy
 declarado, si desisto,
 lo podrá la emulacion
 á temor atribuir,
 y es forzoso preferir
 á la amistad la opinion:
 demas, que vuestra beldad
 es mi disculpa mayor,
 si por las leyes de amor
 quebrando las de amistad.

Doña Inés.

Pues bien es que comenceis

¿vencer, yo á examinar,
aunque no pienso buscar,
si al Conde Carlos venceis,
otra probanza mayor.

Marqués!

Si vos estais de mi parte,
ni temo en la guerra á Marte,
ni en la paz al Dios de amor.

Doña Inés.

¿Habeis sabido, Beltran,
la casa?

Beltran.

Ya la he sabido.

Doña Inés.

¡Oh cielos! hayan mentido
nuevas, que tan mal me están,
que las señales desmienten
defectos tan desiguales.

Beltran.

No dés crédito á señales,
si las del Marqués te mienten.

ESCENA VIII

El Marqués.

¿De una vista, niño ciego,
dejas una alma rendida?
¿de una flecha tanta herida?
¿y de un rayo tanto fuego?
Loco estoy, ni resistir,
ni desistir puedo ya,
todo mi remedio está
solo en vencer, ó morir.

ESCENA IX.

El Marqués y el Conde Carlos.

Conde.

¿Marqués amigo, sabeis
el cartel que he publicado?

Marqués.

Y me cuesta más cuidado
del que imaginar podeis.

Conde.

¿Por qué?

Marqués.

En vuestro desafío
teneis por opositor
á vuestro amigo el mayor.

Conde.

El mayor amigo mio
sois vos, Marqués.

Marqués.

Pues yo soy.

Conde.

¿Qué decís?

Marqués.

Cuánto me pesa
sabe Dios: con la Marquesa
declarado, Conde, estoy;
despues de estarlo, he tenido
nuevas de vuestra intencion,
y salvando mi opinion,
y sin que entiendan que ha sido
el desistir cobardía,
puedo hacerlo: vos el modo
trazad, pues siempre es en todo
vuestra voluntad la mia;

que pues por vos he olvidado,
 tras de dos años de amor,
 á doña Blanca, mejor
 de este tan nuevo cuidado
 se libraré el alma mía;
 aunque si el pecho os confiesa
 lo que siente, la Marquesa
 ha encendido en solo un día
 mas fuego en mi corazón,
 que doña Blanca en dos años;
 mas libradme de los daños
 que amenazan mi opinión,
 si desisto de este intento,
 y vereis si mi amistad
 tropieza en dificultad,
 ó repara en sentimiento.

Conde.

Culpados somos los dos,
 Marqués, igualmente aquí,
 que el recataros de mí,
 y el recatarme de vos
 en esto, nos ha traído
 á lance tan apretado,
 que uno y otro está obligado
 á acabar lo que ha emprendido.

Marqués.

Yo no soy culpado en eso,
 que no quise publicar
 mi intento, por no quedar
 corrido del mal suceso;
 y con esta prevención,
 que pienso que fué prudente,
 á doña Inés solamente
 declaré mi pretension;
 y sabe Dios, que mi intento

fué, quererme divertir
 de doña Blanca, y cumplir
 vuestro justo mandamiento.
 Y el cielo, Conde es testigo,
 que aunque en el punto que
 á la Marquesa, perdí
 la libertad, fue conmigo
 de tanto efecto el oír,
 que érades también su amante,
 que de mi intento al instante
 determiné desistir;
 mas ella, que no confía
 tanto de humana amistad,
 lo que fue fidelidad,
 atribuyó á cobardía;
 y esta es precisa ocasion
 de proseguir, que sí es justo,
 Conde, preferir al gusto
 la amistad, no la opinion.

Conde.

Con lo que os ha disculpado,
 me disculpo: yo ignorante
 de que fuédes su amante,
 el cartel he publicado:
 no puedo con opinion
 de este empeño desistir,
 que no lo ha de atribuir
 á amistad la emulacion.

Marqués.

Eso supuesto, mirad,
 Conde, lo que hemos de hacer.

Conde.

Competir, sin ofender
 las leyes de la amistad.

Marqués.

Tened de mí confianza,
que siempre seré el que fui.

Conde.

Y fiad que no haga en mí
la competencia mudanza.

ESCENA X.

El Conde Carlos.

¿Cuándo, ingrata doña Inés,
ha de cesar tu crueldad?
¿cuando ya, por mi amistad,
mudaba intento el Marqués,
le obligaste al desafío,
por darme pena mayor?
¿qué le queda á tu rigor
que emprender en daño mio?

ESCENA XI.

El Conde y Beltran.

Beltran.

¿Famoso Conde?

Conde.

¿Beltran,

qué hay del examen?

Beltran.

Señor,

hoy de todo pretensor
los méritos se verán.

Conde.

¿Qué ha sentido la Marquesa
del cartel que he publicado?

Beltran.

La gentileza ha estimado,
con que vuestro amor no cesa
de obligarla.

Conde.

Su rigor me obliga al
á lo menos no lo muestra.

Beltran.

No os quejeis, que culpa es vuestra
conquistar ageno amor,
ingrato, á quien os adora,
y por vos vive muriendo.

Conde.

¿Qué decís, que no os entiendo?

Beltran.

La Marquesa mi señora
lo sabe ya todo; en vano
os haceis desentendido.

Conde.

¿Decid, por Dios, qué ha sabido?
del secreto os doy la mano:
si es que os recatais por eso,
solos estamos los dos.

Beltran.

Ha sabido, que por vos
pierde doña Blanca el seso.

Conde.

¿Qué doña Blanca?

Beltran.

De Herrera,
la hija de don Fernando.

Conde.

Lo que os estoy escuchando,
es esta la vez primera,
que á mi noticia llegó.

Beltran.
 Bien, por Dios.

Conde.
 El es testigo,
 de que la verdad os digo.

Beltran.
 Pues que lo sepais, ó no,
 por vos vive en tal tormento,
 en tanto fuego abrasada,
 Blanca, que desesperada,
 quiere entrarse en un convento.

Conde.
 ¿Por mí?

Beltran.
 Por vos.

Conde.
 Mirad bien
 que os engañais.

Beltran.
 Ni yo dudo
 quien sois, ni engañarse pudo
 quien lo dijo.

Conde.
 ¿Pues de quién
 lo sabeis, que no podia
 engañarse?

Beltran.
 Hélo sabido
 de una criada, que ha sido
 de quien ella mas se fia.

Conde.
 Otra vez vuelvo á juraros
 que he estado ignorante de ello.

Beltran.
 Bien puede, sin entendolo

vos, doña Blanca adoraros,
 que esas prendas fortaleza
 mayor pueden sugetar,
 y ella de honesta callar,
 ciega de amor, su flaqueza;
 yo solo os puedo decir,
 que quien me lo dijo, fué
 con circunstancias, que sé
 que no me puede mentir.

Conde.

¿Puede ser esto verdad, *ap.*
 cielo santo! Puede ser,
 que en antojos de muger,
 no es esta gran novedad.
 Pero no, el Marqués ha sido
 su amante, mentira es;
 pero bien pudo el Marqués
 amarla sin ser querido.
 ¿Cómo me pudo tener
 tanta afición sin mostralla?
 pero como honesta calla,
 si adora como muger.
 ¿Cómo mi amor la conquista
 sin comunicar con ella?
 pero la honrada doncella
 tiene la fuerza en la vista.
 Marquesa, si esto es verdad,
 al cielo tu sinrazon
 ofende, y me dá ocasion
 de castigar tu crueldad.
 Será de mí celebrada
 Blanca, principal y hermosa,
 quizá pagarás zelosa
 lo que niegas confiada.
 ¿Mas que haré, que el desafio

me tiene empeñado ya?
 él mismo ocasion me dá
 para el desagravio mio:
 yo haré que en tu confianza,
 si el cielo me da victoria,
 donde espera mayor gloria,
 me dé á mí mayor venganza.
 A Dios Beltran.

Beltran.

Conde á Dios.

Conde.

Mi pretension ayudad.

Beltran

Ya sabeis mi voluntad.

Conde.

Confiado estoy de vos.

ESCENA XII.

Beltran.

Lo que manda la Marquesa
 comenzemos á ordenar. (1)
 ¡Cielos, en qué ha de parar
 tan dificultosa empresa?

ESCENA XIII.

Beltran y Clavela con manto.

Clavela.

Dicen que un loco hace ciento,
 y ya, por la ceguedad
 de Blanca, en mí la verdad

(1) *Pone papeles sobre un bufete, recado de escribir y un libro.*

del refran experimento :
 obligame á acreditar
 su enredo con otro enredo :
 este es Beltran , aquí puedo
 su intencion egecutar.
 Suplicoos , que me digais ,
 donde hallaré un gentil hombre
 de esta casa , cuyo nombre
 es Beltran ?

Beltran.

Con él estais.

Clavela.

¿ Vos sois ?

Beltran.

Yo soy.

Clavela.

Buen agüero ,
 del dichoso efecto ha dado ,
 haberos luego encontrado ,
 á lo que pidiros quiero.

Beltran.

¿ En qué os puedo yo servir ?

Clavela.

Es público que se casa
 la señora de esta casa :
 dicen que ha de recibir
 mas criadas , y quisiera ,
 pues tanto podeis , que fuese ,
 para que me recibiese
 vuestra piedad mi tercera ;
 que ni por padres honrados ,
 ni por buena fama creo ,
 que desprecie mi deseo :
 en labores y bordados
 hay en la corte muy pocas

que me puedan igualar ;
 si me ponga á aderezar
 balonas , vueltas y tocas ,
 no distingue , aunque lo intente
 la vista mas atrevida ,
 si son de gasa bruñida ,
 ó de cristal transparente ;
 y si de lo referido
 pretendéis certificaros ,
 será fácil informaros
 de la casa en que he servido ,
 que la madre del Marqués
 don Fadrique es buen testigo
 de las verdades que digo .

Beltran.

Esta ocasion , Cielos , es , *ap.*
 la que buscar he podido ,
 para informarme de todo
 lo que pretendo . ¿ De modo ,
 que habeis , señora , servido
 á la Marquesa ?

Clavela.

Diez años .

Beltran.

¿ Por qué causa os despidió
 de su servicio ?

Clavela.

Cayó *ap.*
 en la red de mis engaños .
 Si os he de decir verdad ,
 me habeis de guardar secreto .

Beltran.

Decid , que yo os lo prometo .

Clavela.

Conquistó mi honestidad

su hijo el Marqués de suerte,
que me despedí por él,
y por eximirme de él
tuviera en poco la muerte.

Beltran.

¿Por qué, decid?

Clavela.

Yo me entiendo,

Beltran.

¿No lo fiaréis de mi?

La verdad descubro aquí. *ap.*

Clavela.

En el lazo va cayendo. *ap.*

No es oro todo, Beltran,

lo que reluce, secretos

padece algunos defectos,

aunque le veis tan galan,

que dá vergüenza el contarlos,

mirad que será el tenerlos.

Beltran.

¿Y no puedo yo saberlos,

supuesto que he de callarlos?

Clavela.

Pues os he dicho lo mas,

y pues pretendo obligaros,

tengo de lisonjearos,

diciendoos lo que jamas

mis lábios han confesado.

Tiene el Marqués una fuente,

y el mayor inconveniente:

no es este de ser amado.

Beltran.

¿Pues cuál?

Clavela.

En una ocasion

que me halló sola, en los lazos
 me prendió de sus dos brazos,
 y en la amorosa cuestion,
 á mis labios atrevido,
 con su aliento me ofendió
 tanto, que me mareó
 el mal olor el sentido.
 Por esto, y por la opinion
 que tiene de mentiroso,
 hablador y jactancioso,
 tomé al fin resolucion
 de resistir y de huir
 el ciego amor que le abrasa
 por mí; y así, de su casa
 me fué forzoso salir.

Beltran.

¿Decidme, como os llamais?

Clavela.

Es mi nombre Ana María.

Beltran.

¿Dónde vivís?

Clavela.

Una tia

me alberga; mas pues tomais
 mi cuidado á cargo vos,
 al mio queda el buscaros.

Beltran.

Importa no descuidaros.

Clavela.

Dios os guarde.

Beltran.

Guárdeos Dios.

Clavela.

Fuerza es que al fin se declare *ap.*
 la verdad, mas haga el daño,

que hacer pudiese el engaño,
y dure lo que durare. *oase.*

Beltran.
Con tan clara informacion,
las faltas son ciertas ya
del Marqués, y perderá
por ellas su pretension.

ESCENA XIV.

Beltran y doña Inés.

Doña Inés.
¿Teneis, Beltran, prevenidos
los memoriales?

Beltran.
Dispuestos
están, como has ordenado.

Doña Inés.
Pues llegad, llegad asientos;
sentaos, Beltran. El examen
en nombre de Dios comienza. (1)

Beltran.
Este billete, señora,
es de don Juan de Vivero.

Doña Inés.
Breve escribe; dice así;
Lee. Si os mueven penas, yo muero.
Esto de muero es vulgar,
mas por lo breve es discreto.

Beltran.
Hecha tengo la consulta.

Doña Inés.
Decid. *Lee en el libro.*

(1) Siéntase al bufete con un libro y memoriales.

Beltran.

Don Juan de Vivero,
mozo, galan, gentilhombre,
y en sus acciones compuesto,
seis mil ducados de renta,
Galiciano caballero:
es modesto de costumbres,
aunque dicen, que fue un tiempo
á jugar tan inclinado,
que perdió hasta los arreos
de su casa, y su persona;
pero ya vive muy quieto.

Doña Inés.

El que jugó, jugará,
que la inclinacion al juego
se aplaca, mas no se apaga.
Borradle.

Beltran.

Ya te obedezco.

Doña Inés.

Proseguid. *Lee en el libro.*

Beltran.

Este es don Juan
de Guzman, noble mancebo. (1)

Doña Inés.

¿No es este el que ayer traía
una banda verde al cuello?

Beltran.

Ese mismo.

Doña Inés.

Pues yo dudo
que escape de loco, ó necio;
que preciarse de dichoso,

(1) Dale un papel á Inés.

nunca ha sido accion de cuerdo.

Lee. *En tanto que el máximo Planeta en giro ce-
loz illustre el Orbe, y sus piramidales rayos iluminen
mis vitreos ojos....*

¡O que fino mentecato!

Beltran

¡Y qué puro majadero!

Doña Inés.

¡A una muger circunloquioa
y no usados epitetos!

Beltran.

¿Quiéres oir su consulta?

Doña Inés.

No, Beltran, borradle presto,
y al margen poned así: (1)

Este se borra por necio,
no se consulte otra vez,
porque es falta sin remedio.

Beltran.

Ya está puesto. El que se sigue
es don Gomez de Toledo,
que la Cruz de Calatrava,
ostenta en el noble pecho;
hombre que anda á lo ministro,
capa larga, y corto cuello,
levantado por detras
el cuello del ferreruelo,
el paso compuesto y corto,
siempre el sombrero derecho,
y un papel en la pretina,
maduro en años y en seso.

Doña Inés.

Apruebo el seso maduro,

(1) *Escribe Beltran en el libro.*

maduros años no apruebo
para un marido , Beltran.

Beltran.

Es maduro mas no es viejo.

Doña Inés.

¿Va la consulta?

Beltran.

Es Hurtado
de Mendoza.

Doña Inés.

¿De los buenos?

Beltran.

De los buenos.

Doña Inés.

Será vano.

Beltran.

Es pobre,

Doña Inés.

Serálo menos.

Beltran.

Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.

Doña Inés.

No conteis por caudal propio
el que está en poder ageno ;
y mas donde el morir antes,
ó despues es tan incierto.

Beltran.

Pretende officios.

Doña Inés.

¿ Pretende ?

triste de él : ¿ teneis por bueno
para mi marido á quien
ha de andar siempre pidiendo?

Beltran.

Un Virreynato pretende.

Doña Inés.

¿Virreynato cuando menos?

¡Mirad si digo que es vano!

Beltran.

Tiene, para merecerlo,
innumerables servicios.

Doña Inés.

A maravedís los trueco,
que méritos no premiados,
son litigiosos derechos.

Beltran.

Solo entre sus buenas prendas,
se le conoce un defecto.

Doña Inés.

¿Cuál?

Beltran.

Colérico y adusto.

Doña Inés.

¡Peligroso compañero!

Beltran.

Mas dicen, que aquella furia
se le pasa en un momento,
y queda apacible, y manso.

Doña Inés.

Si con el ardor primero
me arroja por un balcon,
decidme, ¿de qué provecho,
despues de haber hecho el daño,
será el arrepentimiento?

Beltran.

¿Borraréle?

Doña Inés.

Sí, Beltran,

que elegir espōso quiero
 á quien tenga siempre amor,
 no á quien siempre tenga miedo.

Beltran.

Ya está borrado. Consulta
 de don Alonso.

Doña Inés.

Ya entiendo.

Beltran.

Este tiene nota al márgen,
 que dice: "Merced le han hecho
 de un Hábito, y no ha salido:
 consúlteseme en saliendo."

Doña Inés.

¿Ha salido?

Beltran.

No señora.

Doña Inés.

Harta lástima le tengo:
 Beltran, el que hábito pide,
 mas pretende, según pienso,
 dar muestra de que es bien quisto,
 que no de que es caballero.
 Adelante.

Beltran.

Don Guillén

de Aragon se sigue luego,
 de buen talle, y gentil brio:
 sobre un condado trae pleyto.

Doña Inés.

¿Pleito tiene el desdichado?

Beltran.

Y dicen, que con derecho;
 que sus Letrados lo afirman.

Doña Inés.

¿Ellos cuándo dicen menos?

Beltran.

Gran poeta.

Doña Inés.

Buena prenda,
cuando no se toma el serlo
por oficio.

Beltran

Canta bien.

Doña Inés.

Buena gracia en un soltero,
si canta sin ser rogado,
pero sin rogar con ello.

Beltran.

En latin y en griego es docto.

Doña Inés.

Apruebo el latin y el griego,
aunque el griego, mas que sabios,
engendrar suele soberbios.

Beltran.

¿Qué mandas?

Doña Inés.

Que se consulte,
si saliere con el pleito.

Beltran.

El que se sigue es don Marcos
de Herrera.

Doña Inés.

Borradle luego,
que don Marcos, y don Pablo,
don Pascual y don Tadeo,
don Simon, don Gil, don Lucas,
que solo oirlos da miedo,
¿cómo serán, si los nombres

se parecen á sus dueños?

Beltran.

Ya está borrado. Consulta
del Conde don Juan.

Doña Inés.

Ya entiendo.

Beltran.

Es andaluz, y su estado
es muy rico, y sin empeño,
y crece mas cada dia,
que trata y contrata.

Doña Inés.

Eso

en un caballero es falta;
que ha de ser el caballero,
ni pródigo de perdido,
ni de guardoso avariento.

Beltran

Dicen que es dado á mugeres.

Doña Inés.

Condicion que muda el tiempo:
casará, y amansará
al yugo del casamiento.

Beltran.

No es puntual.

Doña Inés.

Es señor.

Beltran.

Mal pagador.

Doña Inés.

Caballero.

Beltran.

Avalentado.

Doña Inés.

Andaluz.

Beltran.
Es viudo.

Doña Inés.
Boradle presto,
que quien dos veces se casa,
ó sabe envidiar ó es necio.

Beltran.
El Conde Carlos se sigue.
Este tiene gran derecho,
que es noble, rico, y galan,
y de muchas gracias lleno.

Doña Inés.
Si, mas tiene una gran falta.

Beltran.
¿Y cuál es?

Doña Inés.
Que no le quiero.

Beltran.
¿Borrarélo?

Doña Inés.
No, Beltran,
ni le borro, ni le apruebo.

Beltran.
Solo el Marques don Fadrique
resta ya, sus prendas leo.

Doña Inés.
Decidme ¿ qué informacion
hallasteis de los defectos
que aquella muger me dijo?

Beltran.
Que son todos verdaderos.

Doña Inés.
¿Qué! ¿son ciertos?

Beltran.

Ciertos son.

Doña Inés.

Pues borradle... Mas teneos, (1)
 no le borreis, que es en vano,
 entre tanto que no puedo,
 como su nombre en el libro,
 borrar su amor en mi pecho. *vase.*

Beltran.

Con las tablas de la ley,
 diste, señora, en el suelo:
 no hallarás perfecto esposo;
 que caballo sin defecto,
 quien lo busca, desconfie
 de andar jamás caballero.

(1) *Levántase derribando el bufete.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

(1)

Hernando por una parte y Ochavo por otra.

Hernando.

¡Vitor el Conde Carlos! ¡vitor!

Ochavo.

Cola:

El Marqués don Fadrique, vitor

Hernando.

Mientes:

Ochavo.

¿Lacayo vil, tu lengua niega sola
lo que afirman conformes tantas gentes?

Hernando.

Tú, como infame, mientes por la gola,
que no han sido los votos diferentes
en dar al Conde Carlos la victoria.

Ochavo.

El premio nos dirá cuya es la gloria.

Hernando.

Mas entiendes de vinos, que de lanzas;
¿Llevóse el Conde Carlos la sortija
dos veces, y te quedan esperanzas
de que á tú dueño la Marquesa elija?

(1) *Dentro ruido de cascabeles y timbales.*

Ochavo.
Triste, que ni el primero punto alcanzas
de vinos, ni de lanzas; no colija
tu pecho de eso el lauro que te ofreces,
que el Marqués la ha llevado otras dos veces:

Hernando.
¿El Conde, por ventura, en el torneo
en todo no ha quedado ventajoso?

Ochavo.
O estás loco, ó te miente tu deseo.
¿El premio no llevó de mas airoso
el Marqués mi señor?

Hernando. *Miran á dentro.*
Al Conde veo,
que el premio dan.

Ochavo.
No estés presuntuoso,
que otro dan al Marqués.

Hernando.
¿Hay tal sentencia?
¿qué igualen tan notoria diferencia!

Ochavo.
Juzgólo el Almirante, y corresponde
á quien es.

Hernando.
Será un necio quien replique.

Ochavo.
Su premio guarda en la urna blanca el Conde;

Hernando
Y el suyo le presenta don Fadrique
á la Marquesa.

Ochavo.
Gran misterio esconde,
y rabio por saber, que sinifique
en balcon blanco, que al del alba imita,

blanca urna en que los premios deposita.

Hernando.

A su tiempo dirá. La fiesta ha dado

fin: la Marquesa deja la ventana

Ochavo.

Y ya nuestros dos dueños han dejado

sus dos caballos.

Hernando.

Hoy el Conde gana

la victoria del bien que ha deseado.

Ochavo.

Hoy goza de su prenda soberana

el Marqués.

Hernando.

Ellos vienen

Ochavo.

Pues veamos,

como se hablan ahora nuestros amos.

Hernando.

ESCENA II.

Dichos, el Conde Carlos y el Marqués aderezados de sortija: el Conde de blanco, y el Marqués de verde.

Conde.

Marqués, mil norabuena's quiero daros

del aire, de la gala y bizarría

con que corrido habéis, pudo envidiaros

en todo el mismo autor del claro diara

Marqués.

El alabarme, Conde, es alabaros;

lisonja es vuestra la lisonja mía;

que si á vos solo merecí igualarme,

gusto que os alabeis, con alabarme.

Ochavo.

¡Qué honrado competir!

Conde.

Fué la sentencia
como de tal señor.

Marqués.

El Almirante
honra como quien es.

Ochavo.

¿Quién competencia
tan noble ha visto en uno y otro amante?

Conde.

Marqués, pediros quiero una licencia.

Marqués.

Si soy vuestro, y no tiené semejante
la amistad que profeso yo teneros,
solo os puedo negar el concederos: al
¿licencia puedo dar à quien de todo
es dueño? ¿à quien gobierna mi alvedrio?
tomadla, Conde, vos, que de ese modo
os puedo dar lo que teneis por mio;
y para daros à entender del todo,
cuanto soy vuestro, y quanto en vos confio,
si sin pedirla no quereis tomarla,
yo sin saberla tengo de otorgarla.

Conde.

Solo quiero saber

Marqués.

No digais nada
ó mi amistad de vos será ofendida.

Conde.

¿Amáis à la Marquesa?

Marqués.

No es amada
en su comparacion de mí la vida.

Conde.

¿Y Blanca?

Marqués.

Es yá de mí tan olvidada,
que aun haberla querido sé me olvida.

Conde.

Con eso tomo la licencia, amigo;
hago lo que mandais, y nó os lo digo.

ESCENA III.

El Marqués y Ochovo.

Ochovo.

Por Dios, señor, que has andado
tan gallardo, y tan lucido,
que la envidia ha enmudecido,
y la soberbia te ha envidiado.
Bien puede el Conde alabarse
de ser vencido.

Marqués.

Eso nó, señor, puede ser
ni pude vencerle yo,
ni quien lo juzgó, engañarse.

Ochovo.

Eso sí, que es señal clara
de los nobles corazones,
igualar en las razones
las espaldas con la cara. (1)

Marqués.

Al cuarto de doña Inés
hemos llegado.

Ochovo.

Ella viene.

(1) Se entran por un lado, se muda la escena en sala de doña Inés, y salen los dos.

ESCENA IV.

Dichos, doña Inés, Beltran y Mencía.

Doña Inés.

¡ Ah, cielos, qué imperio tiene *ap.*
 en mi alvedrío el Marqués,
 que en viéndole, mi deseo
 pone al instante en olvido
 las faltas, que de él he oido,
 por las prendas que en él veo.

Marqués.

Huélgame, hermosa señora,
 que abreviáreis la eleccion,
 pues dos solamente son
 los que os compiten ahora;
 porque á los demas vencidos,
 la suerte los escluyó.

El Conde Carlos, y yo
 quedamos para elegidos:
 iguales nos han juzgado
 en la Sortija y Torneo,
 no sé yo si su deseo
 ignala con mi cuidado:
 sé, que si me vence á mí
 en la gloria que pretendo,
 tengo de mostrar muriendo
 lo que amando merecí.

Doña Inés.

No importa, Marqués, que vos,
 y el Conde, solo quedeis,
 para abreviar, cuando veis,
 que el ser iguales los dos,
 me pone en mas confusion;
 porque en muchos desiguales,

mas facil que en dos iguales
se resuelve la eleccion:

pero ya prevengo un medio,
con que me he de resolver.

Dilaciones son, por ver *ap.*
si el tiempo me dá remedio.

Ochavo.

¿Cuándo, enemiga Mencia,
tu dureza he de ablandar?

¿Qué no te quieras casar!
solo en mi daño podia

tan gran novedad hallarse;
pues para darme querella,

eres la primer doncella,
que no rabia por casarse.

Mencia.

Si quiero; mas no te quiero.

Ochavo.

Pues si por mí no lo acabo,
puédalo el llamarme Ochavo,

que eres muger, y es dinero.

Mencia.

¿Que no pueda yo librarme *ap.*
de este amante porfiado!

mas si puedo, de su enfado
una burla ha de vengarme.

¿Diré, Ochavo, la verdad?

Ochavo.

Dila, si es en mi favor.

Mencia.

Tu amor pago con amor.

Ochavo.

¿De verás?

Mencia.

Mi voluntad

esta noche ha de dar fin
á tu firme pretension.

Ochavo.

¡Mas que tenemos balcon,
ó puerta falsa, ó jardin!

Mencia.

No tanto, lo que desea
mi ciego amor, dificulta;
ese tafetan oculta,
Ochavo, una chimenea:
escóndete en ella, ahora
que en plática están los tres
divertidos, que despues
que se acueste mi señora,

yo, que soy su camarera,
saldré á esta cuadra, y tendrás
de lo que oyéndome estás,
informacion verdadera.

Ochavo.

Al paso que se desea
se duda, y se desconfia;
obedécote, Mencia,
y voyme á la chimenea.

ESCENA V.

El Marqués, Inés y Beltran.

Marqués.

¡ Los ingenios intentais
examinarnos ?

Doña Inés.

Si iguales

los méritos corporales
á los del alma juzgais,
erráislo; y se precipita

la que así no se recata,
que con el alma se trata,
si con el cuerpo se habita.

Marqués.

¡Ay mi bien! que no lo siento,
porque me cause temor,
que en las alas de mi amor
volará mi entendimiento:
síntolo, Inés, porque veo
que son todas dilaciones,
solicitando ocasiones
de no premiar mi deseo:
mirad, que muero de amor.

Doña Inés.

¡Qué mal, Marqués, lo entendeis!
las dilaciones que veis
son solo en vuestro favor;
que nadie en mi pensamiento
os hace á vos competencia;
solo está de mi sentencia
en vos el impedimento.

Marqués.

Declárate; ¡así te vas?

Doña Inés.

Basta, Marqués, declararos,
que ni puedo mas amaros,
ni puedo deciros mas.

ESCENA VI.

El Marqués y Beltran.

Marqués.

¡Cielos, que es esto? Sacad,
Beltran, de esta confusión
mi afligido corazon.

Beltran.

Sabe Dios mi voluntad;
mas háme puesto precepto
del silencio doña Inés,
y no querreis vos, Marqués,
que os revele su secreto.

Marqués.

De la vil emulacion *ap.*
sin duda nace este engaño,
y puede mas en mi daño
la envidia que la razon.
¿Mas por qué, enemiga ingrata,
me matas con encubrirlo?
matárasme con decirlo,
pues el callarlo me mata.

ESCENA VII.

Beltran y doña Inés.

Beltran.

Saquennos con bien los cielos
de intento tan peligroso.

Doña Inés.

¿Fuese?

Beltran.

Corrido, y quejoso,
ardiendo en cólera y zelos;
y tiene, por Dios, razon,
si atenta lo consideras,
que declararle pudieras
de su daño la ocasion.

ESCENA VIII.

Dichos, y Ochoa al paño escuchando.

Doña Inés.

Bien lo quisieran mis males; pero nadie, si es discreto, dice al otro su defecto, y los del Marqués son tales, que la vergüenza no deja referirlos; y es mas sabio intento causar su agravio, que satisfacen su queja.

Ochoa.

¿Qué serán estos defectos?

Doña Inés.

¿Decid, quién, si en la opinion del Marqués, al mundo son sus defectos tan secretos, que eso le dá confianza, le dirá faltas tan feas?

Beltran.

Yo, señora, si deseas no dar causa á su venganza; porque tener una fuente, es enfermedad, no error; de la boca el mal olor es natural accidente; el mentir es liviandad de mozo, no es maravilla, y vendrán á corregilla la obligacion, y la edad: estos sus defectos son; pues él los pregunta, deja que yo mitigue su queja,

y aclare su confusion.

Ochavo.

¡Hay tal cosa!

Doña Inés.

Mal sabeis

cuánto amarga un desengaño :
 aunque remedieis su daño ,
 con eso le ofenderéis ;
 que aun los públicos defectos
 hace quien los dice ofensa :
 ¿ qué hará el Marqués , cuando piensa
 que los suyos son secretos ?
 Si son ciertos , la razon
 con que le dejo verá ,
 ó el tiempo descubrirá
 la verdad , si no lo son ;
 que á esto solo mi cuidado ,
 con la dilacion , aspira .

Beltran.

Señora , si ella es mentira ,
 ¡ lindamente la han trazado !

Doña Inés.

¿ Qué ocasion á la criada
 de Blanca pudo mover
 á mentir ?

Beltran.

Toda muger
 es á engañar inclinada. *vanse.*

Ochavo.

¿ Esto pasa ? ¿ que escondido
 tanto mal tenga el Marqués ?
 ¿ que lo sepa doña Inés ,
 y yo no lo haya sabido ?
 ¿ quién puede haber que lo crea ?
 ¡ Qué de mentiroso tiene

opinión !.. Mas gente viene,
vuélvome á la chimenea.

ESCENA IX.

DECORACION DE CALLE.

Doña Blanca y Clavela á la ventana.

Clavela.

¿ Qué querrá tratar contigo
el Conde Carlos ?

Doña Blanca.

El es,

como sabes, del Marqués
don Fadrique fiel amigo,
y decirme de su parte
alguna cosa querrá.

Clavela.

¿ Si está arrepentido ya
de mudarse, y agraviarte ?

Doña Blanca.

No vuela con tanto aliento,
mi esperanza.

Clavela.

Pues, señora,

¿ quieres saber lo que ahora
me ha dictado el pensamiento ?

Doña Blanca.

Dilo.

Clavela.

El Conde te ha mirado
en la Sortija y Torneo
tanto, que de algun deseo
me dá indicio su cuidado,

Doña Blanca.

¿Eso dices, cuando ves,
que es doña Inés su esperanza?

Clavela.

¿No hay en el amor mudanza?

Doña Blanca.

¿Siendo amigo del Marqués,
he de creer que pretende
las prendas que él adoró?

Clavela.

¿Si ya el Marques te olvidó,
con amarte, qué le ofende?
supuesto que es tan usado
en la corte, suceder
el amigo en la muger,
que el otro amigo ha dejado,
sin que esta ocasion lo sea
para poder dividillos;
que dicen que esos puntillos
son para hidalgos de aldea.

Doña Blanca.

Presto el misterio que esconde
su venida, y su intencion
conoceré; hácia el balcon
viene un hombre.

Clavela.

Será el Conde.

ESCENA X.

Dichas y el Conde Carlos de noche.

Conde.

Amor, como son divinos, *ap.*
son tus intentos secretos,
pues dispensas tus efectos

por tan ocultos caminos.

¿Quién pensara que la fama
de que á Blanca doy cuidado,

hubiera en mi despertado

tan nueva amorosa llama,

que funde ya mi esperanza

en ella su dulce empleo,

y prosiga mi deseo

lo que empezó mi venganza?

De amar es fuerte incentivo

ser amado; que el rigor

mata el mas valiente amor,

y apaga el ardor mas vivo.

Mas ya Blanca en su balcon

me espera ¡qué puntual!

es fuego el amor, y mal

se encubre en el corazon.

¿Es Blanca?

Doña Blanca.

¿Es Carlos?

Conde.

Soy, señora mia,

el hombre mas dichoso

de cuantos ven la luz del claro dia;

si bien estoy quejoso

del tiempo que el recato me ha tenido

oculto el alto bien que he merecido.

Doña Blanca.

No os entiendo.

Conde.

Señora,

baste el silencio, baste el sufrimiento:

dos años basten ya, que el pensamiento,

sin producir acciones,

ardiendo reprimió vuestras pasiones.

Doña Blanca.

Hablad, que menos os entiendo ahora.

Conde.

En vano es, Blanca, ya vuestro recato;
deklararos podeis, no soy ingrato.

Doña Blanca.

Vos, Conde, os declarad.

Conde.

Cuando la fama
pública ya parlera,

que el sol ha iluminado

dos veces ya los signos de su esfera,

después que arde en mi amor vuestro cuidado

y que os obliga la desconfianza
de ser mi dulce esposa, á la mudanza

del secular al religioso estado

¿os preciais de secreta, y recatada,
por qué tal gloria goce yo penada?

Doña Blanca.

Este daño resulta de mi engaño.

Clavela.

No es, si ganas al Conde, y mucho el daño.

Conde.

¿Por ventura, teméis que el pecho mío
no os corresponda, Blanca, por ventura?

demás, que esa beldad os asegura
la victoria del más libre alvedrío.

¿No os han dicho mis ojos,
mis colores, divisas y libreas,

mis ardientes enojos?

¿En lo blanco, y lo verde, quién no alcanza,
que ni sé entender que es Blanca mi esperanza?

¿No adorné en la sortija y el torneo
de blanco una ventana? ¿y puesta en ella

no viste la urna prove,



émula de la nieve,
mostrando por enigmas mi deseo,
poniendo en ella del marcial trofeo
los premios que gané, con que mostraba,
que á esa blanca deidad los dedicaba.
¿En las cañas mi adarga en campo verde
no llevaba una blanca,
cuya letra en el círculo decia:

Trucco á una blanca la esperanza mia?

¿Tras esto, yo no vengo ya rendido?
¿Pues, mi bien, que os impide, ó qué os enfrena
de sacarme, y salir de tanta pena?

Clavela.

Goza de la ocasión, señora mia,
que rabio ya por verte señoría.

Doña Blanca.

¿Qué recelo? ¿que dudo?

¿Con qué medio mejor la suerte pudo
disponer mi remedio y mi venganza?

Conde. pague el Marqués mi agravio, y su mudanza.

Conde, ya llegó el tiempo que mi pecho
de las verdades vuestras satisfecho,
descanse de sus penas;

que si llegaba el fuego á las almenas,
antes de ser pagado,

¿qué será cuando veo,
que el vuestro corresponde á mi deseo?

Conde.

¿Qué alcanzo tanta gloria?

Doña Blanca.

Ha mucho que gozais esta victoria;
mas, Conde, gente viene, y es muy tarde,
tratadlo con mi padre, y Dios os guarde,

Conde.

A Dios, querida Blanca; Amor, victoria!

¿qué gracias te daré por tanta gloria?
 pues en un punto alcanza
 mi amor de Blanca amor, de Inés venganza.

ESCENA XI.

El Conde y el Marqués, de noche.

Marqués.

¿Es el Conde?

Conde.

¿Es el Marqués?

Marqués.

¿Vos tan tarde, Conde, aquí?

Conde.

Sí, que os solicito así
 la dicha de doña Inés.

Marqués.

¿Cómo?

Conde.

La mano le doy,
 si vos licencia me dais,
 á Blanca.

Marqués.

Al cuello me echáis;
 Conde, nuevos lazos hoy;
 pues aunque el amor cesó,
 la obligacion del deseo
 de su merecido empleo,
 viva en el alma quedó.
 Pues en tan noble marido
 mejorada suerte alcanza,
 no se queje su esperanza
 de que mi mano ha perdido.

Conde.

Esto es bueno, para haber *ap.*

dos años que á mi me adora
doña Blanca. Nada ahora
os queda ya que temer.

Marqués.

¡Ay de mi, Conde, que es vano
vuestro cuidado y el mio,
cuando alcanzar desconfío
de la Marquesa la mano!
que de sus labios oí,
(ved si con causa lo siento)
que estaba el impedimento
de alcanzarla solo en mí:
no dijo mas la cruel.
Conde, solo estais conmigo,
mi amigo sois, y el amigo
es un espejo fiel;
en vos á mirarme vengo:
sepa yo, Carlos, de vos,
por vuestra amistad, por Dios,
¿qué secreta falta tengo,
que cuando á mi se me esconde
la sabe Inés? ¿Por ventura
de mi sangre se murmura
alguna desdicha, Conde?
Habladme claro, mirad,
que he de tener, vive Dios,
si esto no alcanzo de vos,
por falsa vuestra amistad.

Conde.

Estad, Marqués, satisfecho
que á saberlo, os la digera;
y si no es la envidia fiera
la que tal daño os ha hecho,
el ingenio singular
de Inés me obliga á que arguya,

que esa es toda industria suya ,
 con que intentando no errar
 la eleccion , os obligó
 á que os mireis , y enmendeis ,
 si algun defecto teneis ,
 que vos sepais , y ella no.
 Mas si de vuestra esperanza
 marchita el verdor lozano
 la envidia infame , esta mano ,
 y este pecho á la venganza
 tan airado se previene ,
 que el mundo todo ha de ver ,
 que nadie se ha de atrever
 á quien tal amigo tiene.

Marqués.

Bien sabeis vos , que os merece
 mi amistad esa fineza.

Conde.

Ya la purpúrea belleza
 del alba , en perlas ofrece
 por los horizontes claros
 el humor que al suelo envia.

Marqués.

Aquí me ha de hallar el dia.

Conde.

Fuerza será acompañaros.

Marqués.

No , Conde , que estos balcones
 de Inés quiero que me vean
 solo , y que testigos sean
 de que en mis tristes pasiones
 aguardo aquí solo el dia ,
 solo por mas sentimiento ;
 que la pena , y el tormento
 alivia la compañia.

Vos es bien que os recojais ;
descansad , pues sois dichoso .

Conde.

Mal puedo ser venturoso ,
mientras vos no lo seais .

ESCENA XII.

*El Marqués y Ochavo en lo mas alto del corredor ,
tizado .*

Ochavo.

Gracias á Dios que he salido
ya de esta baina de olin .

¡ Ah vil Mencia , tu fin
burlarme en efecto ha sido !

Al tejado menos alto
de uno en otro bajaré ,
porque de él al suelo dé
menos peligroso salto .

Marqués.

Paréce que sobre el techo
de Inés anda un hombre . ¿ Cielos ,
qué será ? ¡ Ah , bastardos zelos ,
que asaltos dais á mi pecho !

¿ De Inés puede ser manchada
tan vilmente la opinion ?

No es posible . Algun ladron
será , ó de alguna criada
será el amante ; verelo ,
que parece que procura ,
disminuyendo la altura ,
bajar de uno en otro suelo .

Ochavo.

De aquí he de arrojarme al fin ,
que es el postrer escalon :

¡ valgame en esta ocasion
algun santo volatin ! (1)

Marqués.

Hombre tente, y dí quien eres.

Ochavo.

Hombre, tente tú, que á mí,

si me ves tendido aquí,

¿ qué mas tendido me quieres ?

Marqués.

¿ Es Ochavo ?

Ochavo.

¿ Es mi señor ?

Marqués.

¿ Dime qué es esto ?

Ochavo.

No es nada,

burla ha sido, aunque pesada ;

mas son percances de amor.

Marqués.

¿ Cómo ?

Ochavo.

Esa cruel Mencia

esta noche me ha tenido

entre el olin escondido,

y vino al romper del dia

diciendo, que su señora

su intento habia sospechado,

y que con ese cuidado

se estaba vistiendo ahora

con su gente, para ver

la casa: yo que me ví

en tal peligro, salí

(1) *Salta al teatro y tiéndese, y el Marqués le pone la espada al pecho.*

como bala , por poder
librarme , por el cañon
de esa ahumada chimenea.

Marqués.

Por Dios , que estoy porque vea
tu atrevida pretension
la pena de tu locura.
¿De casa que me ha de honrar
te atreviste á quebrantar
la opinion , y la clausura ?

Ochavo.

El amor me ha disculpado ;
y basta , señor , por pena ,
haber perdido la cena ,
toda una noche espetado ,
y haber el refran cumplido
de si pegare , y sino
tizné , pues que no pegó ,
y tan tiznado he salido.

Marqués.

Necio , no estoy para oir
tus gracias.

Ochavo.

Yo sí , Marqués ,
para decirlas , despues
que sin cenar , ni dormir
toda la noche he velado ;
mas siempre los males son
por bien , pues por el cañon
no cupiera , á haber cenado ;
y el descuento está bien llano ,
que de este trabajo tuve ,
pues de no cenar , estuve
para saltar mas liviano :
demas , que lo que he sabido

esta noche me ha obligado
á dar por bien empleado
cuanto mal me ha sucedido.

Marqués.

¿Cómo?

Ochavo.

¿Lo que algun contrario
tuyo ha sabido de tí,
encubres, Marqués, de mí,
tu amigo, y tu secretario?
¿Fuente tienes, y la cura
otro que yo?

Marqués.

¿Fuente yo?

Ochavo.

¿Doña Inés lo sabe, y no
Ochavo?

Marqués.

¿Hay tal desventura!
¿Eso han dicho á doña Inés?

Ochavo.

Ten paciencia, que otras cosas
mas ocultas y afrentosas
le han dicho de tí, Marqués.

Marqués.

Acaba, dilas.

Ochavo.

A enfado
dice, señor, que provoca
el aliento de tu boca;
mira tú á quién has besado
sobre abito, y en ayunas,
ó despues de comer olla,
ajos, morcilla, cebolla,
abas verdes, ó aceytunas.

Marqués.

¡ Hay tal maldad! cosas son,
que trazan envidias fieras.

Ochavo.

Dichoso tú, si pudieras
dar de ellas informacion
de lo contrario á tu ingrata;
mas esto es nada, señor,
lo que falta es lo peor,
y lo que mas la recata.

Marqués.

El veneno rigoroso
me da de una vez.

Ochavo.

¿ Pues quieres
saberlo? Hánle dicho, que eres
hablador y mentiroso.

Marqués.

¿ Cielos, qué injurias son estas,
que en mi ejecutan sus iras?
¿ qué traiciones, qué mentiras
con tal ingenio compuestas?
que es imposible que de ellas
darla desengaño intente.

Ochavo.

¿ En fin, tú no tienes fuente?

Marqués.

¿Quieres que en vivas centellas
te abraze mi furia?

Ochavo.

No;
mas, señor, si son mentiras,
efectos son de las iras,
que en doña Blanca encendió
el ser de tí desdeñada;

porque, según entendí,
quien ésto dijo de tí
fue de ella alguna criada.

Marqués.

La vida que has dado ahora,
que el remedio trazaré
facilmente, pues ya sé
de estos engaños la autora.

Ochozo.

Pues vámonos á acostar,
en pago de tales nuevas.

Marqués.

Por mas máquinas que muevas, *ap.*
Blanca, no te has de vengar.

ESCENA XIII.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

Doña Inés, Beltran y Mencia.

Doña Inés.

Oye, Beltran, ya es forzoso
dar fin á mis dilaciones.

Beltran.

No te venzan tus pasiones,
haz al Conde venturoso,
pues en prendas ha escedido
á todos.

Doña Inés.

Hoy mi sentencia
sino es que en la competencia
de ingenios quede vencido,
le dá el laurel victorioso.

Mencia.

Yo pienso que ha de venir

toda la corte á asistir
al certámen ingenioso.

Doña Inés.

Así tendrá la verdad
mas testigos; y el deseo,
con que acertar en mi empleo
y cumplir la voluntad
de mi padre he pretendido,
notorio al mundo será.

ESCENA XIV.

*Dichos, el Conde don Juan, don Guillén, don Juan
Guzman y el Conde Alberto.*

Alberto.

Aunque del examen ya
doña Inés nos ha escludido,
no es bien que nos avergüence:
la fiesta podemos ver
que en eleccion de muger,
el peor es el que vence.

Don Guillen.

Yo, á lo menos, no he tenido
á infamia el ser reprobado.

Don Juan.

Yo, por no verme casado,
no siento el haber perdido.

ESCENA XV.

*Dichos, el Marqués, y el Conde Carlos y Ochavo por
otra parte.*

Conde.

¿Qué tal quiso acreditar
la envidia?

Marqués.

Pues ha de ser *ap.*

doña Blanca su muger ,
decore la he de guardar
en callarle , que ella ha sido
quien con zelosa pasion
se valió de esta invencion.
Una muger me ha querido ,
con las faltas que escuchais ,
desacreditar.

Conde.

Marqués ,
daros pienso á doña Inés ,
pues vos á Blanca me dais.

Marqués.

Tracémoslo , pues.

Conde.

Dejad
ese cargo á mi cuidado ,
que al efecto se ha obligado.

Marqués.

Ejemplo sois de amistad.

ESCENA XVI.

Dichos , y por otra parte , doña Blanca con manto y don Fernando.

Don Fernando.

¿ No sabré á que fin pretende
que nos hallemos aquí
el Conde?

Doña Blanca.

El lo ordena así ,
déljale hacer , que él se entiende :
de su palabra confía.

Don Fernando.

De tu esposo me la ha dado.

Doña Blanca.

Pues piensa, que esto ha trazado
para mayor honra mia.

Marqués.

Ya están en vuestra presencia
los dos, de quien vuestro examen,
al ingenioso certamen,
remite, Inés, la sentencia.

Conde.

Solo falta proponer
la materia, ó la cuestion,
en que igual ostentacion
de ingenios bemos de hacer.

Doña Inés.

Generosos caballeros,
en cuyas nobles personas
piden iguales coronas
las letras que los Aceros;
den objeto á la cuestion
vuestras mismas pretensiones,
porque con vuestras razones
justifique mi eleccion.

Marqués.

Proponed, pues.

Doña Inés.

Escuchad.

Uno de los dos (no digo
cual, que no es justo) conmigo
tiene mas conformidad;
mas este, á quien me he inclinado,
padece algunos defectos
tan graves, aunque secretos,
que acobarda mi cuidado;

y por el contrario hallo
 al otro perfecto en todo,
 pero yo no me acomodo
 con mi inclinacion á amallo:
 y así, ha de ser la cuestion,
 en que os habeis de mostrar,
 si la mano debo dar
 al que tengo inclinacion,
 aunque defectos padezca;
 ó si me estará mas bien,
 que el que no los tiene, á quien
 no me inclino, me merezca.
 Cada cual, pues, la opinion
 defienda que mas quisiere,
 y la parte que venciere,
 merecerá mi eleccion,
 juzgando la diferencia
 cuantos presentes están,
 pues con esto no podrán
 quejarse de la sentencia.

Conde.

Al Marqués se inclina Inés; *ap:*
 yo soy el aborrecido:
 ya el ingenio me ha ofrecido
 el modo con que al Marqués
 la palabra que le he dado
 le cumpla. Yo, con licencia
 vuestra, en esta diferencia
 defendiendo, que el que es amado
 debe ser el escogido.

Marqués.

¡Cielos! mi causa defiende *ap:*
 el Conde, mas él se entiende;
 la mano me ha prometido
 de Inés, confiado estoy.

que es mi amigo verdadero:
 con su pensamiento quiero
 conformarme. Pues yo soy
 de contrario parecer,
 y defendiendo, que es mas justo
 no seguir el propio gusto,
 y al mas perfecto escoger.

Doña Inés.

Entrambos se han engañado, *ap.*
 que el Conde sin duda entiende
 que le quiero, pues defiende
 la parte del que es amado,
 y el Marqués, pues la otra parte
 defiende, piensa tambien
 que es aborrecido. ¡ Oh, quién
 pudiera desengañarle!

Conde.

Los fundamentos espero,
 que en favor vuestro alegais,
 Marqués.

Marqués.

Digo, pues gustais
 de que hable yo primero.
 El matrimonio es union
 de por vida; y quien es cuerdo
 aunque atienda á lo presente,
 previene lo venidero.
 El amor es quien conserva
 el gusto del casamiento;
 amor nace de hermosura,
 y es hermoso lo perfecto:
 luego debe la Marquesa
 dar la mano á aquel, que siendo
 mas perfecto, es mas hermoso,
 pues haberle amado es cierto.

De aquí se prueba también,
 que aborrecer lo perfecto,
 y amar lo imperfecto, es
 accidental y violento;
 lo violento, no es durable:
 luego es mas sabio consejo
 al que es perfecto escoger,
 pues dentro de breve tiempo
 trocará en amor constante
 su injusto aborrecimiento,
 que al imperfecto querido,
 si luego ha de aborrecerlo.
 Semejantes á las causas
 se producen los efectos,
 ni obra el bueno como malo,
 ni obra el malo como bueno:
 luego un imperfecto esposo
 un martirio será eterno,
 que al paso de sus erradas
 acciones, irá creciendo;
 y no importa, que el amor
 venza los impedimentos,
 quite los inconvenientes,
 y perdone los defectos;
 pues nos dice el castellano
 refran, que es breve evangelio,
 que quien por amores casa,
 vive siempre descontento.
 El gusto cede al honor
 siempre en los ilustres pechos;
 y las mugeres se estiman
 segun sus maridos: luego
 su gusto debe olvidar
 Inés, pues tendrá, escogiendo
 al perfecto, estimacion,

y al imperfecto, desprecio.
 Indicios dá de locura,
 quien pone eficaces medios
 para algun fin, y despues
 no lo egecuta, pudiendo.
 La Marquesa doña Inés
 este examen ha propuesto
 para escoger al mas digno,
 sin que tenga parte en ello
 el amor: luego si ahora
 no eligiese al mas perfecto,
 demas de que no cumpliera
 el paternal testamento,
 indicios diera de loca,
 nota de liviana al pueblo,
 que murmurar á los malos,
 y que sentir á los buenos.

Alberto.

Bien por su parte ha alegado.

Don Juan.

Fuertes son los argumentos.

Don Guillen.

Oigamos ahora al Conde,
 que tiene divino ingenio.

Conde.

Dificil empresa sigo,
 pues lo imperfecto desiendo;
 pero si el amor me ayuda,
 la victoria me prometo.
 Si el amor es quien conserva
 el gusto del casamiento,
 como propuso el Marqués,
 con eso mismo lo pruebo,
 que amor para la eleccion
 ha de ser el consejero;

pues del buen principio nace en
 el buen fin de los intentos ; y no
 y no importa que el querido no
 padezca algunos defectos ,
 pues nos advierte el refran
 castellano , que lo feo
 amado parece hermoso ; y en sup
 y es bastante parecello ;
 pues nunca amor se aconseja
 sino con su gusto mesmo . El
 Aristóteles , lo afirma ; Seneca
 y Platon , digeron
 que el amor no es racional ,
 que halla en el daño provecho ;
 y halla dulzura en lo amargo .
 San Agustin , según esto ,
 si en el matrimonio tiene
 el amor todo el imperio ,
 su locura es su razón ;
 y es ley , suya su deseo ;
 lo que él quiere , es lo acertado ;
 lo que él ama , es lo perfecto ;
 lo hermoso , lo que él desea ;
 lo que él aprueba , lo bueno .
 El temor de que despues
 venga Inés á aborrecello ,
 no importa , que eso es dudoso ;
 y el amalle agora es cierto ;
 para amor , no hay medicina
 sino gozar de su objeto ;
 dícelo en su carta Ovidio ,
 y en su epígrama Propercio ;
 Crece con la resistencia ;
 según Quintiliano ; luego
 si Inés no elige al que adora ,

no tendrás sino un remedio, antes
 iná cada día de tu vida con
 con dñi privacion creciendo. ou
 Pensar, que el aborrecido
 vendrá á ser, por ser perfecto
 despues amado, es engaño,
 que no llega en ningun tiempo
 segun Curcio, á amár de veras
 quizá comenzó aborreciendo.
 El amor, dice Heliodoro,
 que no repara en defectos,
 la antigüedad nos lo muestra,
 con portentosos egemplos.
 Rigmaleon, Rodio, Alcides,
 aun las estatuas quisieron,
 Pasifae á un Toro: y á un pez
 el sabio orador Hortensio,
 Semíramis á un Caballo,
 á un Arbol Jerges, y vemos
 al que dió nombre al Cíprés
 del amor de una Griega, muertol
 ¿ Pues qué defectos mayores
 que estos, por quien dos sujetos
 son incapaces de amor,
 pues no puede hallarse en ellos
 correspondencia, por ser
 en especie tan diversos, lo qual
 que el mismo amor que intentó
 mostrar en estos portentos
 su poder, quedó corbido
 mas que glorioso de hacerlos.
 Luego amando la Marquesa
 al que padece defectos,
 y mas sabiéndolos, y á un
 no se mudará por ellos.

Si ignorándolos le amáramos en tal caso, fuera cierto que el descubrirlos después no le obligara á aborrecello; y por esto mismo arguyó que no solo aborreciendo al objeto agora al perfecto, Inés, no podrá después quererlo; mas antes, si le quisiera agora, fuera muy cierto que aborrecello después, y de esta suerte lo prueba Ovidio que amor no se hiela y anuda, si aquello no halla en la posesion lo obsequio que le prometió el deseo. Apues hombre perfecto en todo no es posible hallarse, luego aunque Inés amase agora al que tiene por perfecto, si lo aborreciera, después que con el trato y el tiempo sus defectos descubriera, pues nadie vive sin ellos, quien ama un defectuoso, ama tambien sus defectos al punto, que aun le agradan cuantos le semejan en tenerlos; luego es en vano temer que se mude, Inés, por ellos. Que amar lo imperfecto es violento, y lo que es violento no dura, el Marqués arguye lo segundo de concedo, lo primero que solo

es amor violento, y aquello
 que no quiere, y natural
 lo que pide su descolocación.
 Que el malo obra como malo, y
 y obra el bueno como bueno;
 y de las malas acciones
 nace el aborrecimiento,
 dice el Marqués: es verdad;
 pero como el amor ciego
 aprueba la causa injusta,
 aprueba el injusto efecto.
 Que las mugeres se estimen
 por sus maridos; concédo
 pero en eso, por mi parte,
 fundo el mayor argumento.
 A quien con muger se casa
 que confiesa amor ageno,
 estima en poco su honor;
 luego amando al imperfecto,
 Inés, fuera infame el otro,
 si quisiera ser su dueño;
 luego ni él puede admitillo,
 ni la Marquesa escogello.
 Que quien por amores casa,
 vive siempre descontento,
 según lo afirma el refrán,
 dice el Marqués, y es muy cierto,
 cuando por amor se hacen
 desiguales casamientos;
 pero cuando son en todo
 iguales los dos sujetos,
 no hay, si el amor los conforma,
 mas Paraiso en el suelo.
 Decir que no cumple así
 el paternal testamento,

es engaño, que su padre
solo le puso precepto,
de que mire lo que hace;
ya lo ha mirado, y con eso
su voluntad ha cumplido.

Que no consigue el intento
del examen, sino escoge
al de mas merecimientos,
sin atender al amor,
segun Inés ha propuesto,
es verdad; pero se debe
entender del amor nuestro,
no del suyo, que con ella
es la parte de mas precio.
Ser de ella amado, y no ser
amado es mayor defeto;
luego, si elige al que quiere,
ni dará nota en el pueblo,
ni que decir á los malos,
ni que sentir á los buenos.

Alberto.
Victor.

Don Juan.

Victor.

Don Guillen.

Venció el Conde.

Alberto.

Sus valientes argumentos
vencieron en agudeza,
en erudicion, y egemplos.

Beltran.

Todos declaran al Conde
por vencedor.

Doña Inés.

Segun eso.

ya es forzoso resolverme, y así es
aunque me pese, á escogerlo. Vos
Venciste, Conde, mi mano, y es
es vuestra.

Doña Blanca.

¡Qué escucho, cielos!

Don Fernando.

¡Esto hemos venido á ver,
Blanca?

Conde.

Ahora que ya puedo *ap.*

ser su esposo, he de vengarme,
y ha de ser un acto, mismo
fineza para el Marqués; y para ella,
y para ella, desprecio. Marquesa,
Marquesa, engañada estais; porque
vos habeis propuesto que la parte
que venciere ha de ser esposo vuestro;
pues si mi parte ha vencido,
y es la parte que defiende
la del imperfecto amado,
él ha de de ser vuestro dueño.

Yo sé bien que no soy yo
el querido, y sé que ha puesto
la envidia vil al Marqués
tres engañosos defectos;
y porque os satisfacais,
escuchadme aparte. *Hablan en secreto.*

Marqués.

¡Cielos!

no hay mas tesoro en el mundo
que un amigo verdadero.

Doña Blanca.

Yo soy perdida, si aquí *ap.*

se declaran mis enredos.

Doña Inés ap. al Conde.

Esas tres, las faltas son
que me han dicho.

Conde ap. á la Marquesa.

Pues mi ingenio,

las inventó. (esta fineza
debe el Marqués á mi pechó)
por vencerle, y por vengarme
de vos, y ya que mi intento
conseguí, pues que la mano
me ofreéis, y no la quiero,
como noble, restituí
al Marqués lo que le debo,
y para que á mis palabras
deis crédito verdadero,
baste por señas deciros
las tres faltas que le han puesto,
y que ha sido una muger
la que tales fingimientos
os dijo por orden mia.

Doña Inés.

Es verdad, la vida os debo.

Conde.

Pues dad al Marqués la mano.

Ya, Marqués, se ha satisfecho
doña Inés, de que la envidia
os puso falsos defetos:

yo defendí vuestra parte,
y fui vencido, venciendo.

Dalde la mano, que yo

bien he mostrado que tengo
puesta en Blanca mi esperanza,
con los colores, y versos,
y divisas de las cañas,

de la sortija y torneo

Doña Blanca.

Yo me confieso dichosa.

Marqués.

Sois mi amigo verdadero,

y vos mi esposa querida.

Doña Inés.

Cuando os miro sin defectos

¿cómo, Marqués, os querré,

si os adoraba con ellos?

Ochoa.

El Examen de maridos

tiene con tal casamiento

dichoso fin, si el senado

perdona al autor sus yerros.

El Examen de maridos.

Con el nombre de tres autores diferentes se ha publicado en distintas épocas esta comedia del licenciado don Juan Ruiz de Alarcon. Los impresores y mercaderes de libros, que ya se apoderaban en su tiempo de los originales que llegaban á sus manos, se apresuraban á imprimirlos, no para perpetuar el nombre de los ingenios españoles, ni para gloria de nuestra literatura, sino para aumentar las ganancias de su comercio por este medio ilícito y vergonzoso. Así es, que no cuidando de la correccion, como hubieran hecho los autores mismos, llenaron los originales de erratas torpes y groseras, y los mutilaron muchas veces, ya por ignorancia, ó acaso por limitar la estension de la pieza á la que querian dar á la impresion. Algunos en tiempo del autor dieron á luz esta comedia con el nombre de Lope de Vega, y otros con el de Perez de Montalvan, segun la reputacion que gozaba el poeta á quien la atribuian, y la mayor venta que esperaban de su nombre. Ruiz de Alarcon se queja justamente de semejante abuso en el prólogo que estampó en la segunda parte publicada en 1634. «Sabe (dice al lector) que las ocho comedias de mi primera parte y la doce de esta segunda son todas mias; aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son el tejedor de Segovia, la Verdad sospechosa, Examen de maridos y otras que andan impresas por de otros dueños; culpa de los impresores que les dan las que les parece, no de los autores á quien las han atribuido, cuyo mayor descuido luce mas que mi mayor cuidado; y así he querido declarar esto, mas por su honra que por la

»mia; que no es justo que padezca su fama notas de
»ignorancia, &c.

A pesar de esta reclamacion, no han restituído al autor en las reimpressiones posteriores el hurto que le hicieron en las primeras, y aun en el dia corre con el nombre de Lope esta comedia, que es una de las mejores de Ruiz de Alarcón.

Ella acredita el talento cómico de este poeta. El pensamiento es original, la combinacion de la fábula está bien dispuesta y perfectamente conducida; los caracteres son variados y están desenvueltos con el acierto que sabía el autor. El de doña Inés, el del Conde Carlos y el del Marqués don Fadrique, tienen una bondad moral que no puede menos de interesar vivamente á los lectores, y merecen estudiarse con atencion.

¿Qué generosidad resplandece en estos últimos! Puede darse una amistad mas noble y desinteresada! Qué juicio, qué pundonor, qué firmeza manifiesta doña Inés!

El Conde la ama perdidamente, el Marqués la adora desde el punto que la vé, y ella se prenda de su mérito; pero no por eso deja de seguir con el mayor rigor, hasta el desenlace mismo de la fábula, el fin que se ha propuesto. La pasion que se apodera de su alma es veemente, aunque procura encubrirla. El poeta la pone con mucha destreza en la situacion de manifestarla con los fingidos defectos que atribuye á su amante, la venganza zelosa de doña Blanca. Doña Inés duda, tembla, y lucha largo tiempo en la incertidumbre; pero al saber que son ciertos por los informes que ha tomado Beltran, ya no puede resistir ni contenerse; descubre su amor y su despecho, derriba el bufete en que escribe Beltran, y le dice llena de pasion:

Pues borradle.... Mas teneos ;
no le borreis , que es en vano ,
entre tanto que no puedo ,
como su nombre en el libro ,
borrar su amor en mi pecho.

Esta escena es una de las mejores de la comedia , y produce muy buen efecto en el teatro. Tambien son muy bellas é interesantes todas las que pasan entre el Conde y el Marqués. La delicadeza y el desinteres que brilla en estos dos personages es un modelo de buena moral y virtudes sociales que muestran el carácter , la rectitud y los sentimientos del autor. En casi todas sus comedias hay , no uno solo , sino varios personages dignos de imitacion.

Por lo demas tiene esta comedia el mérito indispensable de interesar á los espectadores , el de la elegancia del estilo , la propiedad y pureza del language , y las demas prendas que caracterizan generalmente todas las producciones de este ilustre poeta.

Pues ¿dónde... más tenes,
 no le dices, que es un vano,
 entre tanto que no puedo,
 como se nombre en el libro,
 darte en amor en mi poder.

Esta escena es una de las mejores de la comedia, y produce muy buen efecto en el teatro. También son muy bellas e interesantes todas las que pasan entre el Lince y el Marqués. La historia de y el destino de que habla en esta escena personifica es un modelo de buena moral y de buena comedia que muestran el uso de la razón y los sentimientos del autor. En las otras escenas hay, no una sola, sino varias personas dignas de imitación.

Por lo demás tiene esta comedia el merito de ser susceptible de teatro, y de ser interesante, y de la clase de esta, y de la propiedad y fuerza del lenguaje, y las buenas prendas que caracterizan a los personajes de las producciones de este autor.

ACTO PRIMERO
PERSONAS
LA ESCENA

- Don Manuel, galán.
- Don Juan, galán.
- El Duque, galán.
- El Conde, galán.
- Leonardo, criado.

LAS PAREDES OYEN.

- Dona Ana, dama viuda.
- Doña Inés, dama.
- Gitana, criada.
- Ortiz, escudero.
- Yepes, criado del Duque.
- Marcho, criado del Duque.

La escena es en Madrid.

PERSONAS.

Don Mendo, galan.

Don Juan, galan.

El Duque, galan.

El Conde, galan.

Leonardo, criado.

Beltran, gracioso.

Doña Ana, dama viuda.

Doña Lucrecia, dama.

Celia, criada.

Ortiz, escudero.

Fabio.

Marcelo. } criados del Duque.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Don Juan vestido llanamente, y Beltran.

Don Juan.

Tiéneme desesperado,
Beltran, la desigualdad,
sino de mi calidad,
de mis partes, y mi estado.

La hermosura de doña Ana,
el cuerpo airoso y gentil,
bella emulación de abril,
dulce envidia de Diana,
; mira tú cómo podrán
dar esperanza al deseo
de un hombre tan pobre y feo,
y de mal talle, Beltran!

Beltran.

A un Narciso cortesano
un humano Serafin
resistió un siglo, y al fin
la halló en brazos de un enano.
Y si las historias creo,
y egemplos de autores graves,
(pues ; aunque sirviere, sabes
que a ratos escribo y leo)
me dicen que es ciego amor,
y sin consejo se inclina,
que la Emperatriz Faustina

quiso un feo esgrimidor ;
 que mil injustos deseos ,
 puestos locamente en ella ,
 cumplió Hípia noble y bella
 de hombres humildes y feos.

Don Juan.

¿ Beltran , para qué refieres
 comparaciones tan vanas ?
 ¿ no ves que eran mas livianas ,
 que bellas esas mugeres ,
 Y qué en doña Ana es locura
 esperar igual error ,
 en quien escede el honor ,
 al milagro de hermosura ?

Beltran.

¿ No eres don Juan de Mendoza ?
 ¿ pues doña Ana qué perdiera
 cuando la mano te diera ?

Don Juan.

Tan alta fortuna goza ,
 que nos hace desiguales
 la humilde en que yo me veo.

Beltran.

Que diste en el punto , creo ,
 de qué proceden tus males.
 Si fortuna en tu humildad
 con un soplo te ayudára,
 á fe que te aprovechará
 la misma desigualdad.
 Fortuna acompaña al Dios
 que amorosas flechas tira ,
 que en un templo los de Egira
 adoraban á los dos.
 Sin riqueza su hermosura
 pudieras lograr tu intento

siglos de merecimiento
trueco á puntos de ventura.

Don Juan.

Eso mismo me acobarda ;
¡soi desdichado , Beltran!

Beltran.

Trocar las manos podrán
fortuna y amor : aguarda.

Don Juan.

¿ Si á don Mendo hace favor ,
qué esperanza he de tener ?

Beltran.

En ese echarás de ver ,
que es todo fortuna amor.

A competencia lo quieren
doña Ana y doña Teodora ,

doña Lucrecia lo adora ,
todas al fin por él mueren.

Jamas el desden gustó.

Don Juan.

Es bello , rico , y mancebo.

Beltran.

¿ Cuánto mejor era Febo ,
y Dafne lo desdeñó ?

Y cuando no conociera
otro en perfeccion igual ,

¿ a questo de decir mal
es defecto como quiera ?

Don Juan.

¿ Y no es eso murmurar ?

Beltran.

Esto es decir lo que siento.

Don Juan.

Lo que siente el pensamiento ,
no siempre se ha de explicar.

Beltran.

¿Decid?...!

Don Juan.

Que calles te digo,
y ten por cosa segura,
que tiene aquel que murmura,
en su lengua su enemigo.

Beltran.

Entre tus desconfianzas
en su casa entrar te veo,
sin duda que el gran deseo
engaña tus esperanzas.
Véste en desierto lugar,
y no cesas de dar voces,
y aunque tu muerte conoces,
nadas en medio del mar.

Don Juan.

Lo que en gran tiempo no ha hecho
hace amor en solo un día,
venciendo en fin la porfia.

Beltran

Que te sucede, sospecho,
lo que al tahur, que en perdiendo,
solamente con decir:
¡que no sépa yo gruñir!
está sin cesar gruñendo.
Tú dices que desesperas,
y entre el mismo no esperar
nunca dejas de intentar:
¿que más haces cuando esperas?
¿Tú piensas que el esperar,
es alguna confeccion
venida allá del Japon?
El esperar, es pensar
que puede al fin suceder

aquello que se desea ,
y quien hace porque sea
bien piensa que puede ser.

Don Juan.

Pues si con esta invencion (1)
en su desden no hay mudanza ,
aunque viva mi esperanza ,
morirá mi pretension.

Beltran.

El mercader marinero
con la codicia avarienta ,
cada viage que intenta ,
dice , que será el postrero.
Así tú , cuando imagino ,
que desengañado estás ,
ya con nuevo intento vas
en la mitad del camino.
Mas , dime ; ¿ qué te ha obligado
á trazar esta invencion
para mostrar tu aficion ,
pudiendo con un criado
de su casa negociar
lo que tú vienes á hacer ?

Don Juan.

No he de arriesgarme á ofender
á quien pretendo obligar ;
que como es tan delicada
la honra , suele perderse
solamente con saberse
que ha sido solicitada.
Y así del murmurador
pretendo que esté segura
mi desdicha ó mi ventura ,

(1) *Saca una carta.*

su flaqueza, ó su valor.
 Que aun á tí mismo callado
 estos intentos hubiera,
 si en tí, Beltran, no tuviera
 mas amigo, que criado.

Beltran.

¿ Toda esta casa, don Juan,
 á una muger aposenta?

Don Juan.

¿ Seis mil ducados de renta,
 que alcazar no ocuparán?

Beltran.

Celia es esta.

ESCENA II.

Dichos y Celia.

Celia.

¿ Qué mandais,
 señor don Juan?

Don Juan.

Celia mia,
 besar las manos queria,
 si licencia me alcanzais,
 á mi señora doña Ana.

Celia.

Que será imposible, entiendo;
 porque se está previniendo
 para partirse mañana
 á una novena á Alcalá.

Don Juan.

¿ De la corte se desvia,
 cuando el celebrado dia,
 de san Juan tan cerca está?

Celia.

Para los tristes no hay fiesta.

Don Juan.

Pues, Celia, verla me importa;
la visita será corta;
solo la quiero dar esta
que le ha venido en un pliego,
y me dice, quien la envia,
que solo de mí confia
el darla.

Celia.

Yo salgo luego.

ESCENA III.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

No hay pobre con calidad:
si un villano rico fueras,
á fe que nunca tuvieras
en verla dificultad.

Don Juan.

Si ella está tan de camino,
que es justa la causa creo.

Beltran.

Lo que con los ojos veas;

Don Juan.

Malicioso desatino.

Beltran.

¿Cuanto va que no la ves?

Don Juan.

De no alcanzar no se ofende
quien lo difícil emprende;
mas doña Ana es muy cortés, no

Beltran.

¿Y agora qué hemos de hacer,
que ella se parte á Alcalá?

Don Juan.

En tanto que ausente está,
aguardar y padecer.

Beltran.

Buena fuera acompañarla.

Don Juan.

Si como quien soy, pudiera,
forzoso el hacerlo fuera
si así entendiese obligalla.

Mas ni me ayuda el poder,
ni ella lo agradecería,
por la nota que daría
si se llegase á entender.

Beltran.

Ella sale.

Don Juan.

Di, Beltran,
que la aurora bella y clara.

ESCENA IV.

Dichos, y doña Ana hablando á parte á Celia.

Doña Ana.

¡Ay Celia, y que mala cara,
y mal talle de don Juan!

Don Juan.

Aunque me dijo, señora,
Celia vuestra ocupacion,
conque fuera mas razon
el no estorbaros agora.

La importancia contenida *dale la carta.*
en esta carta, que os doy,

me disculpa.

Doña Ana.

Nunca estoy,
señor don Juan, impedida
para recibir merced
de tan noble caballero.

Don Juan.

Vuestro soy: respuesta espero,
si sois servida, leed.

Doña Ana.

Ser descortés me mandais.

Don Juan.

Leed, que importa una vida,
que cerca está de perdida,
si remedio no le dais.

Doña Ana.

Si está su defensa en mí,
la pena y temor dejad.

Don Juan.

El caso es grave, mandad
que estemos solos aquí;
que tenemos que tratar,
y el secreto es importante.

Doña Ana.

Dejadnos solos.

Beltrán.

Amante

fue el inventor de engañar.

ESCENA V.

Doña Ana y don Juan.

Don Juan.

Pues contigo solo estoy,
porque mi recato veas,

oye , señora ; no leas , (1)
 que la carta viva soy.
 Que me atreva no te altere ,
 pues estoy solo contigo ,
 y un agravio sin testigo
 al punto que nace muere.
 Desde que la vez primera
 vi la luz de tu arrebol ,
 dos veces la ha dado el sol
 á los signos de su esfera ;
 como al que el rayo tocó
 de Júpiter vengativo ,
 por gran tiempo muerto vivo
 en un instante quedó ;
 como aquel , que la cabeza
 de la Górgona miraba ,
 por un peñasco trocaba
 la humana naturaleza ;
 tal en viéndote , me veo ,
 tan absorto y admirado ,
 que en admirarte ocupado ,
 no doy lugar al desco ;
 que esos divinos despojos
 tanta gloria me mostraron ,
 que al punto me arrebataron
 toda el alma por los ojos .

Doña Ana.

Tened , don Juan , ¿ esto para
 todo en que amor me teneis ?

Don Juan.

No , porque ya lo sabeis ,
 y en vano el tiempo gastara .

(1) *Va á leer doña Ana , y detiéndola*

Doña Ana.

¿En qué os morís?

Don Juan.

No señora;

pues ni en morir parará,
que en el alma vivirá,
el amor que os tengo agora.

Doña Ana.

¿Para en pedirme que os quiera?

Don Juan.

Ni llega, señora, ahí,
que no hay méritos en mi
para que á tal me atreviera.

Doña Ana.

Pues decid lo que que quereis.

Don Juan.

Quiero... Solo sé que os quiero,
y que remedio no espero,
viendo lo que merecis.
Como el misero doliente
que en el lecho fatigado,
á qualquier parte inclinado
los mismos dolores siente;
y por huir del tormento,
que en cada lado es mayor,
busca alivio á su dolor
en el mismo movimiento;
así yo con mi cuidado
vengo á vos, dueño querido,
no de esperanza inducido,
sino de dolor forzado;
por no morir con callallo,
no por sanar con decillo,
que es imposible el sufrillo,
como lo es el remediallo.

Y así no os ha de ofender
que me atreva á declarar,
pues vá junto el confesar,
que no os puedo merecer.

Doña Ana.

¿Quereis mas?

Don Juan.

¿Que mas que vos?

Si entender quereis mi estado,
en que os quiero está cifrado.

Doña Ana.

Pues, señor don Juan, á Dios.

Don Juan.

Tened, ¿no me respondeis?

¿de esta suerte me dejais?

Doña Ana.

¿No habeis dicho que me amais?

Don Juan.

Yo lo he dicho, y vos lo veis.

Doña Ana.

¿No decís que vuestro intento
no es pedirme que yo os quiera,
porque atrevimiento fuera?

Don Juan.

Así lo he dicho y lo siento.

Doña Ana.

¿No decís que no teneis
esperanzas de ablandarme?

Don Juan.

Yo lo he dicho.

Doña Ana.

¿Y qué igualarme
en méritos no podeis,
vuestra lengua no afirmó?

Don Juan.

Yo lo he dicho de este modo.

Doña Ana.

Pues si vos lo decís todo,
¿qué quereis que os diga yo?

ESCENA VI.

Don Juan.

¡Oh venga la muerte, acabe
con vida tan desdichada,
que solo puede su espada
remediar pena tan grave!

¿Qué delito cometí
en quererte, ingrata fiera?

Quiera Dios... pero no quiera,
que te quiero mas que á mí.

ESCENA VII.

Don Juan, Celia y Beltran.

Celia.

¡Ah desdichado don Juan!

Beltran.

Ayudale.

Celia.

¡A Dios pluguiera
que mi voluntad valiera.

ESCENA VIII.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

¿Pues qué tenemos?

Don Juan.

Beltran;

La verdad huye, á la esperanza pido
 Engaños que alimenten mi deseo,
 Eternos contra mí imposibles veo,
 Nado en un golfo, ni de un leño asido;
 Con el vuelo de amor mas atrevido
 No subo un paso, y aunque mas peleo,
 Al fin vencido soy de lo que creo,
 Vencedor solo en lo que soy vencido.

Asi desesperado victorioso
 Niego al deseo engaños, y á la gloria
 Mas vivo anhelo, si su muerte sigo.

¡ Triste donde es el no esperar forzoso,
 Donde el desesperar es la victoria,
 Donde el vencer dá fuerza al enemigo !

Beltran.

¡ Triste donde es forzoso andar contigo,
 donde hallar que comer es gran victoria,
 donde el cenar es siempre de memoria !

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DON MENDO.

El Conde, don Mendo y Ortiz.

Conde.

A mi señora Lucrecia,
 dad, Ortiz, ese papel. *Dale un papel.*

Ortiz.

Guardeos Dios. *Vase.*

Don Mendo.

Cosa cruel,
 Conde, es una muger necia.

Conde.

¿Cómo?

Don Mendo.

Con zelos y amor
sale Lucrecia de sí.

Conde.

¿Con causa, don Mendo?

Don Mendo.

Si;

mas tanto el yerro es mayor.
¿Si por doña Ana estoy ciego,
ella que ha de remediar
con reñir, y con celar,
sino añadir fuerza al fuego?

Conde.

¡Quieran, Lucrecia, los cielos,
que te mude esta mudanza,
y á mi perdida esperanza
abran la puerta tus zelos.
¿Y vos qué le respondeis?

Don Mendo.

Nunca el negar hizo daño.

Conde.

Mejor fuera el desengaño
si en otra parte quereis.

Don Mendo.

Dañarme, Conde, podria,
que su amor causó en mi pecho
terrible incendio, y sospecho
que hay centellas todavía.
Y quien antiguo cuidado
arraigado al alma tiene,
ha de obligar el que viene,
sin despedir el pasado;
que mil veces se agradó
de la novedad Cupido,
y vuelve á buscar rendido

lo que arrogante dejó.

Conde.

Avariento sois de amor.

Don Mendo.

Mas el de doña Ana estimo.

Conde.

¿Y ella os quiere?

Don Mendo.

Pienso, primo,
que merezco su favor.

Conde.

¿Qué hay de Teodora?

Don Mendo.

Quería
que yo fuese su marido,
como si hubieran nacido
mis abuelos en Turquía.

Conde.

Sin ser loca, yo no créo
que ninguna muger pida
la esclavitud de una vida
por la muerte de un deseo.

Don Mendo.

Pues ya despues que mi amor
sacó pies amedrentado,
en ella crece el cuidado,
y al paso de él mi rigor.
Ya sin esa condicion
estimára mis favores.

Conde.

Dichoso sois en amores.

Don Mendo.

En el signo del Leon
Marte y Venus concurrieron
de mi nacimiento el dia,

y si hay cierta astrología
ellos amable me hicieron....
Mas á Dios, primo, que es tarde,
y á doña Ana quiero ver,
que hoy su sol se va á poner
en Alcalá.

Conde.

Dios os guarde.

ESCENA X.

Don Mendo y Leonardo.

Leonardo.

El coche á la puerta está:
que ya se pára imagino.

Don Mendo.

Tenme el coche de camino
á la puerta de Alcalá.
Parta al punto el repostero,
y encárgales, por mi vida,
que esté á punto la comida
en la venta de Vivero.
Haz como doña Ana vea
en mi prevencion mi amor.

Leonardo.

Toda tu gente, señor,
su vida en tu gusto emplea:

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Doña Ana de camino y Celia.

Doña Ana.

¿Dé qué vas triste? ¿de qué

lo van todas mis doncellas ?
Habla , dime sus querellas.

Celia.

Señora , verdad diré ,
pues obligacion me pones :
tienen tus criadas todas
en la esperanza sus bodas
y en la corte sus pasiones ;
y como de aquí á seis dias
es la noche de san Juan ,
cuando los amantes dán
indicios de sus porfias ,
sienten el ver que esa noche
en la corte no han de estar.

Doña Ana.

Pues pierdan , Celia , el pesar ,
que por la posta en un coche
conmigo entonces vendrán ;
porque se alegre mi gente ,
gozaré secretamente
de la noche de San Juan ,
y volveréme á la aurora
á proseguir mis novenas.

Celia.

Alivie el cielo tus penas ;
¿ mas no era mejor , señora ;
dilatár esta partida ?

Doña Ana.

Si sabes que estoy muriendo
por dar la mano á don Mendo ,
y no hay cosa que lo impida ,
sino el cumplir las novenas ,
que á San Diego prometí ,
¿ dilataré , estando así ,
el remedio de mis penas ?

Con esta traza que doy
ninguna queda quejosa.

Celia.

Hágate el cielo dichosa;
á dalles la nueva voy.

Doña Ana.

Encárgales por mi vida
el secreto.

Celia.

Así lo haré.

Don Mendo viene.

Doña Ana.

Tendré

buén agüero en la partida.

ESCENA XII.

Doña Ana y don Mendo.

Don Mendo.

Los campos de Alcalá, bella señora,
desdeñan los favores del verano,
y de la fértil Flora
no solicitan ya la diestra mano,
después que primaveras les reparte
la dichosa esperanza de mirarte.

Los arroyos, que esperan ser espejos,
en quien de esos dos soles celestiales,
se miren los reflejos,
transforman sus corrientes en cristales;
y el agua en cambio de besallos, grata
hace á tus blancos pies, puente de plata.

Al nuevo sol que nace, agradecidas
en verdes ramos las cantoras aves
á coros divididas,
dando á los vientos músicas suaves,

para explicar la gloria de este día
 articular intentan su armonía

Parte, ó feliz, que el zefiro suave
 lisonjear pretende codicioso
 la voladora nave
 de nueva Europa Júpiter dichoso,
 por quien en Indias vuelto Manzanares,
 España de sus glorias hace a Henares.

Parte, ó primero móvil adorado,
 de quien siguiendo voy el movimiento,
 si bien arrebatado,
 pues tras mi centro corro no violento;
 que yo, si lo merezco, gloria mia,
 voy á ser el lucero de este día.

Doña Ana.

Los campos de esperanzas matizados,
 la consonancia dulce de las ayes,
 los cristales cuajados,
 las lisonjas del zefiro suaves,
 en nada estimo, y estimará solo
 llevar por mi lucero al mismo Apolo.
 Mas cuando el corazon lo solicita,
 forzosa acción de amor correspondiente,
 ni el honor acredita,
 ni el estado que tengo lo consiente.

Don Mendo.

Es imán de mis ojos tu presencia.

Doña Ana.

Justo efecto de amor es la obediencia.

Don Mendo.

¿Sin ti quieres dejarme?

Doña Ana.

Yo, don Mendo,

parto sin tí.

Don Mendo.

¿Qué mucho? Vas helada,
cuando yo quedo ardiendo.

Doña Ana.

Segura fuese yo, como abrasada.

Don Mendo.

No me apartes de ti si desconfias.

Doña Ana.

Vive el recato entre las ansias mías.

Don Mendo.

¿No me llamas tu dueño?

Doña Ana.

Y de mis ojos,
cierta lengua del alma, lo has sabido.

Don Mendo.

¿De quién temes enojos,
cuando te adoro yo de tí querido?

Doña Ana.

Hasta el sí conyugal temo mudanza,
que no hay dentro del mar cierta bonanza.
En tanto que á mis deudos comunico
la dichosa eleccion de vuestra mano,
y devota suplico
en Alcalá á su dueño soberano,
que lleve á fin feliz mi intento nuevo,
y las novenas pago, que le debo;
puede mudarse vuestro amor ardiente,
y quedar mi opinion en opiniones
del vulgo maldiciente,
que á lo peor aplica las acciones.

Don Mendo.

¿Mudarme yo?

Doña Ana.

Tembres son de amante.

Don Mendo.

Mas parecen cautelas de inconstante.
 ¿Si ya nuevo cuidado te fatiga,
 el fingido recato qué pretende?
 Declárate, enemiga;
 no el desengaño la mudanza ofende;
 vete segura, ocuparé entre tanto,
 el alma en zelos, y la vida en llanto.

Doña Ana.

Ofendes mi lealtad, si desconfias;
 mas porque de tu error te desengañes,
 pon secretas espías,
 prueba mi fé, como mi honor no dañes.

Don Mendo.

Confianza tendré, mas no paciencia,
 contra el rigor, señora, de tu ausencia.

ESCENA XIII.

Dichos y Celia.

Celia.

Doña Lucrecia, señora,
 viéne á visitarte.

Doña Ana.

¿Quién?

Celia.

Tu prima.

Don Mendo.

A impedir mi bien *ap.*

la trae mi desdicha agora.

ESCENA XIV.

Dichos, doña Lucrecia con manto y Ortiz.

Doña Lucrecia.

No quise, prima, dejar

de verte en esta partida:

Doña Ana.

Ni yo, Lucrecia querida,
me partiera sin pasar
por tu casa; porque el ver
al pasar tu rostro hermoso,
fuese presagio dichoso
del viage que he de hacer.

Doña Lucrecia.

Niégame agora, traidor, (1)
las verdades que estoy viendo.

Doña Ana.

¿Qué le dices á don Mendo?

(1) *Doña Lucrecia.*

Del vestido de color

le pregunto la ocasión;

porque de irte á acompañar

lo indica el tiempo y lugar,

(2) y fuera galante acción.

Doña Ana.

Tan alto merecimiento

con mi humildad no conviene,

y mas que lisonja, tiene

malicia ese pensamiento.

Mas si conmigo partiera,

de parecer, prima, soy,

que pues yo de negro voy,

de color no se vistiera.

Celia.

Ya bien te puedes partir,

que los coches han venido.

Doña Ana.

Que no me olvides, te pido.

(1) Aparte á don Mendo. (2)

Doña Lucrecia.

Por puntos te he de escribir.

Doña Ana.

A Dios, don Mendo.

Don Mendo.

Señora.

en el coche os dejaré.

Doña Ana.

Si alguno en la calle os vé,

(2) sospechará lo que ahora

ha sospechado, mi prima.

Quedaos y salid despues.

Don Mendo.

Yo obedezco, y vuestros pies

(1)

sigue el alma que os estima.

ESCENA XV.

Doña Lucrecia, don Mendo y Ortiz.

Doña Lucrecia.

(3)

¿Conoces este papel?

Don Mendo.

Yo, Lucrecia, lo escribí.

Doña Lucrecia.

Junta lo que has hecho aquí

con lo que dices en él.

Traidor, fingido, embustero,

engañoso, ¿á tí te dan

apellido de Guzman,

y nombre de caballero?

¿Qué sangre puede tener

quién tiene pecho traidor?

¿Es hazaña de valor

(1) *Aparte de Lucrecia.*

(2) *Saca un papel, y muéstralo á don Mendo.*

engañar una muger?

Don Mendo.
Oye, señora.

Doña Lucrecia.
No muevas

esos fementidos lábios,
que intentas nuevos agravios
con satisfacciones nuevas.

Don Mendo.
¿Pues qué quieres, condenarme,
sin oír satisfaccion
por sola una presuncion?

Doña Lucrecia.
¿Qué disculpa puedes darme?
¿Presuncion llamas, traidor,
esta tan clara probanza
de mi agravio y tu mudanza!

Don Mendo.
En lo que fundas mi error,
fundo la satisfaccion;
¿no te dijo de mi parte
tu escudero, que de hablarte
deseaba una ocasion,
donde el descargo sabrias
del recelo que te ahrrasa?
Tuve aviso de tu casa,
que á ver tu prima salias,
y vine á esperarte aquí,
y adelantéme en llegar,
por no dár que sospechar,
viéndome venir tras tí.

Mira porque me condenas.

Doña Lucrecia.
¿De modo que te disculpas
multiplicando tus culpas,

y acrecentando mis penas?
 ¿Causa doña Ana mi daño,
 y con hallarte con ella
 das remedio á mi querella?

Don Mendo,

Porque fuese el desengaño
 en su presencia mas fuerte.

Doña Lucrecia.

¿Qué desengaño me diste?

Don Mendo.

Como tu pena encubriste,
 no quise hablando ofenderte;
 mas ten cierta confianza,
 para asegurar tus zelos,
 que en el orden de los cielos,
 antes, que en mí, habrá mudansa.
 Tuyo soy.

Doña Lucrecia.

Las obras creo.

Don Mendo

Presto, con la voluntad
 de tu padre, su verdad
 te mostrará mi deseo.

ESCENA XVI.

Dichos y el Conde.

Conde.

¿Donde hay con zelos cordura?
 ¿Lucrecia hermosa? ¿Don Mendo?

Don Mendo.

Conde, que venís entiendo
 traído de mi ventura.

Que Lucrecia ha de saber
 de vos, lo que hablamos hoy

de su amor,

Conde.

Testigo soy.

Don Mendo.

Eso á solas ha de ser,
que pensará que os obligo
con mi presencia á abonarme.

ESCENA XVII.

Dichos menos don Mendo.

Doña Lucrecia.

¡Tú dejas para informarme *ap.*
en tu favor buen testigo!

Conde.

¿He de decir la verdad?

Doña Lucrecia.

Para eso quedas aquí.

Conde.

Pues escúchala de mí,
pagues, ó no, mi lealtad;
y por prevenir el daño,
si acaso no me creyeres,
ten secreto lo que overes,
y averigua si es engaño:
que pues me dijo don Mendo,
que cuente lo que hoy pasó,
cumpliendo lo que el mando,
nadie dirá que le ofendo;
que aunque su intento haya sido,
que use contigo de engaño,
no debo para mi daño
darme yo por entendido.

Dando hoy para ti un papel
don Mendo á Ortiz tu criado,

desdeñoso y enfadado
 me dijo : *¡ cosa cruel*
*Conde , es una muger necia **
Despues que á doña Ana di
en servir , sale de si
de amor y zelos Lucrecia.
 Yo le dije : *¿ No es mejor*
no enganarla ? Y respondió :
Mil veces lo que dejó
colvió á desear amor ;
y está caso previniendo ,
nada pierdo en conservalla.

Doña Lucrecia.

¿ Qué enredos inventas ? Calla ;
¿ tal pudo decir don Mendo ?
 Que tu aficion agradezca ,
 quieres asi disponer ;
 ¿ piensas que te he de querer
 aunque á don Mendo aborrezca ?

Conde.

Oye.

Doña Lucrecia.

No me digas nada.

Conde.

Averigualo advertida ,
 y dame pena ofendida ,
 ó premio desengañada .
 Y si por amarte yo ,
 duda en mi verdad has puesto ,
 sírvate de indicio aquesto
 ya que de probanza no .
 El va tras ella á Alcalá ,
 y no es este mal testigo
 del desengaño que digo ;
 despacha tú quien allá

con cuidado y sin pasion
secretamente lo siga,
y si mi verdad te obliga,
premia un leal corazón;
que será culpable error
que prefiera en tu cuidado,
un engaño averiguado
á un averiguado amor.

Doña Lucrecia.

La verdad diciendo estás,
que si negándola estoy,
no es que crédito no doy,
sino que pena me das.
¡ Ah falso! ¡ ah mal caballero!
¡ plegue á Dios, que en igual grado
amante y desengañado
pruebes el mal de que muero!
¡ Pluguiera á Dios, Conde mió,
pudiera en esta ocasión
mudarse la inclinacion
al paso que el alvedrío
mas vive cierto, señor,
que si me has dicho verdad,
te dará mi voluntad
lo que te niega mi amor.

Conde.

Yo lo estimo de esa suerte.

Doña Lucrecia.

Tanto mas me deberás
cuanto me forzará mas,
Conde, por corresponderte.

ESCENA XVIII.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan y Beltran de noche.

Beltran.

El duque Urbino esta noche
bien pudiera perdonarte.

Don Juan.

¿Qué puede querer?

Beltran.

Elevarte
querrá consigo en el coche
amarrado al duro banco
sin poderte entretener,
cuando el decir y el hacer
anda por las calles franco.
¿Qué noche de san Juan hallo,
si un peon sabe embestir!
que suele solo rendir
mas que treinta de á caballo;
que hay muger, que en el engaño
que en esta noche previene,
librados los gustos tiene
de los deseos de un año;
cual llega al poblado coche
de angélica gerarquía,
y siendo page de día,
pasa por marqués de noche;
cual sin pensar se acomoda
con la viuda disfrazada,
que entre galas de casada
hurta los gustos de boda;
cual encuentra y desbarata

una sarta de doncellas, le visto la
de quien son las manos bellas
y engarzaduras de plata; y
cual se llega á las que van
brindando los retozones
y trueca á mil refregones,
un pellizco, que le dan

Don Juan.

Quien los encuentros enseña, este
encuentre con un azar.

Beltrán.

¿Es el azar encontrar
una muger pedigüeña?
Si ese temes, en tu vida
en poblado vivirás;
porque ¿dónde encontrarás
hombre ó muger que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
diciendo: *Lienzo, á un lencero,*
te dice: *dame dinero*
si de mi lienzo quisieres.
El mercader claramente
diciendo está, sin hablar:
dame dinero, y llevar
podrás lo que te contente.
Todos, según imagino,
piden, que para vivir
es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino;
con la cruz el sacristan,
con los responsos el cura,
el monstruo con su figura,
con su cuerpo el ganapan;
el alguacil con la vara,
con la pluma el escribano,

el oficial con la mano, y la muger con la cara
 y esta, que á todos escude,
 con mas razon pedirá,
 pues que mas que todos dá,
 y menos que todos puede,
 y el miserable, que pel dar
 tuviere por pesadumbre,
 ellas piden por costumbre,
 haga costumbre el negar,
 que tanto, desde que nacen,
 el pedir usado está,
 que pienso que piden ya
 sin saberlo que se hacen,
 y así es facil el negar,
 porque se puede inferir,
 que quien pide sin sentir,
 no sentirá no alcanzar.

Don Juan.
 Aunque mas razones halles
 no has de quitarme el temor
 Beltran, que el azar mayor
 es el no tener que dalles
 y mas si la que he adorado,
 se dignase de mis dones

Beltran.
 ¿Aun te duran tus pasiones?

Don Juan.
 Ardo mas, mas desdeñado

Beltran.
 Este es el Duque.

ESCENA XIX.

Dichos, el Duque y don Mendo, de noche.

Duque.

¿Don Juan?

Don Juan.

Deme los pies vuecelencia.

Duque.

Ya acusaba vuestra ausencia.

Don Juan.

Si don Mendo de Guzman,

Aposo de discrecion,

acompañando os está,

¿señor, que falta os hara

el que en su comparacion

luz de una estrella no envia?

Don Mendo.

Merced recibo de vos.

Duque.

La amistad de entre los dos

estraña la cortesía.

Don Juan.

Decidme pues el intento

con que hemos sido llamados.

Don Mendo.

Aquí teneis dos criados.

Duque.

Dadme pues oido atento.

Hombre que á la corte viene

recien heredado y mozo,

pájaro, que estrena el viento,

nave que se arroja al golfo,

que á los ojos de su Rey,

y á los populares ojos,



ni debe mostrar flaqueza,
 ni puede esconder el rostro;
 ha de regir sus acciones
 por los expertos pilotos,
 obligados, por parientes,
 por amigos, cuidadosos.
 Con esta ley os obligo
 y con esta fé os escojo
 capitanes veteranos
 de este soldado visnoño.
 Acompañadme los dos,
 advertidme lo que ignoro,
 decidme el nombre, el estado,
 y la calidad de todos;
 y en lo de las cortesías
 principal cuidado os pongo,
 advirtiéndome que con nadie
 pretendo pecar de corto;
 que el señor siempre es señor,
 como Apolo siempre Apolo,
 aunque en lugares indignos
 entren sus rayos hermosos.
 Lengua honrosa, noble pecho,
 fácil gorra, humano rostro
 son voluntarios Argeles
 de la libertad de todos.
 Enseñadme los bajíos,
 en que tocar suelen otros,
 cual es Acates fiel,
 y cual Sinon cauteloso;
 ya del dulce lisonjero
 el veneno en vaso de oro,
 ya la canora sirena,
 porque me defienda sordo.
 Al fin, los dos sois el hilo,

la corte el cretense monstruo ,
por mí corren mis aciertos ,
y mis hierros por vosotros.

Don Mendo.

Yo confieso que es muy débil ,
para ese cielo este polo ;
mas suplirán mis deseos
el defecto de mis hombros.

Don Juan.

De no ser un quinto Fabio
hoy con mi suerte me enojo ;
mas el que soy, obediente
á serviros me dispongo.

Duque.

Con eso en nombre de Dios ,
seguro á la mar me arrojó ;
vamos andando las calles ,
mientras pregunto y me informo ;

Don Mendo.

Esta es la calle Mayor

Don Juan.

Las Indias de nuestro polo ;

Don Mendo.

Si hay Indias de empobrecer
yo tambien Indias la nombro ;

Don Juan.

Es gran tercera de gustos,

Don Mendo.

Y gran corsária de tontos.

Don Juan.

Aquí compran las mugeres.

Don Mendo.

Y nos venden á nosotros.

Duque.

¿Quién habita en estas casas ?

Don Juan.
Don Lope de Lara , un mozo
muy rico , pero mas noble.

Don Mendo.
Y menos noble , que tonto.

Duque.
Tened , que bailan allí.

Don Juan.
San Juan es fiesta de todos.

Don Mendo.
Yo aseguro que van estos
mas alegres que devotos.

Duque.
¿ Quién vive aquí ?

Don Juan.
Una viuda ,
muy honrada y de buen rostro.

Don Mendo.
Casta es la que no es rogada ;
alegres tiené los ojos.

Eltran.
¡ Bien haya tan buena lengua !
¡ Vive Cristo que es un Momo !

Don Juan.
Esta imágen puso aquí
un estrangero devoto.

Don Mendo.
Y entre aquestas devociones
no le sabe mal un logro.

Don Juan.
Un regidor de esta villa
hizo este hospital famoso.

Don Mendo.

Y primero hizo los pobres.

Beltran.

Por Dios que lo arrasa todo. *ap.*

ESCENA XX.

Dichos, doña Ana y Celia á la ventana.

Doña Ana.

Hoy hace, Celia, tres años
que mi esposo con sus dias
dió fin á mis alegrías,
y dió principio á mis daños.

Celia.

Si de Alcalá te veniste,
solo á gozar la alegría
que Madrid hace este dia,
¿por qué quieres estar triste?
¿Por qué con esta memoria
tan injusta guerra mueves
contra el contento que debes
á noche de tanta gloria?
Ya que tu luto funesto
te impide el salir de casa
hoy, que los límites pasa
el estado mas honesto,
y estar quieres encerrada
noche, que el uso permite,
que los altares visite
la doncella mas honrada,
con quien pasa tus enojos
divierte, señora mia,
y niegue esta celosía
lo que conceden tus ojos.
Las doce han dado, señora;

oye del segundo esposo
el pronóstico dichoso.

Doña Ana.

A don Mendo el alma adora.

Don Mendo.

Don Juan de Mendoza.

Doña Ana.

¡Ay Dios!

¿Don Mendo no es el que habló?

Celia.

Si, mas á don Juan nombró.

Doña Ana.

¿Quién duda que de los dos
es don Mendo de Guzman
pronóstico para mí,
pues antes su voz oí,
que no el nombre de don Juan?

Celia.

¡Mas qué fuera, que ordenára
el destino soberano,
que tu blanca hermosa mano
para don Juan se guardára!

Doña Ana.

Calla, necia; ¿quién pensó
tan notable desatino?

¿qué importará que el destino
quiera, sino quiero yo?

Del cielo es la inclinacion,
el sí, ó el no todo es mío;
que el hádo en el alvedrío
no tiene jurisdicion.

¿Como puedo yo querer
hombre cuya cara, y talle
me enfada solo en miralle?

Celia.

El amor lo puede hacer.

Doña Ana.

Solo quitará el morirme,
Celia, á don Mendo mi mano;
que está el plazo muy cercano,
y mi voluntad muy firme.

Duque.

¿Cuyos son estos balcones?

Don Juan.

De doña Ana de Contreras;
el sol por sus vidrieras
suele abrasar corazones.

Doña Ana.

Escucha, que hablan de mí.

Duque.

¿Es la viuda de Siqueo?

Don Juan.

La misma.

Duque.

Verla deseo.

Don Mendo.

Pues agora no está aquí.

Ni yo en mí que estoy sin ella.

ap.

Duque.

¿Dónde fué?

Don Mendo.

Velando está

á san Diego en Alcalá.

Duque.

La fama dice que es bella.

Don Juan.

Pues por imposible siento
que en algo la haya igualado
el dibujo, que ha formado

la fama en tu pensamiento;
 que en belleza y bizarría,
 en virtud y discrecion
 vence á la imaginacion,
 si vence á la noche el dia.

Don Mendo.
 ¡Plegue á Dios que esta alabanza, *ap.*
 no engendre en el Duque amor,
 que con tal competidor
 mal vivirá mi esperanza!
 Yo quiero decir mal de ella,
 por quitar la fuerza al fuego.
 Ciego sois, ó yo soy ciego,
 ó la viuda no es tan bella:
 Ella tiene el cerca feo
 si el lejos os ha agradado,
 que yo estoy desengañado,
 porque en su casa la veo.

Duque.
 ¿Visitáisla?

Don Mendo.
 Por pariente
 alguna vez la visito,
 que si no, fuera delito,
 segun es de impertinente.

Doña Ana.
 ¡Ah traidor!

Don Mendo.
 Si el labio mueve
 su mediano entendimiento,
 helado queda su aliento
 entre palabras de nieve.

Beltran.
 ¡Ya escampa! *ap.*

Don Juan.

¿Que trate así *ap. á Bel.*
un caballero á quien ama?

Beltran.

Esto dice de su dama,
¡mira que dirá de ti!

Don Mendo.

Pues la edad no sufre engaños
aunque la tez resplandece.

Doña Ana.

¡Ah falso! ¿que te parece?
aun no perdona mis años.

Don Mendo.

Mil botes son el Jordan,
con que se remoza y lava.

Duque.

¿Pues como don Juan la alaba? (1)

Don Mendo.

Para entre los dos, don Juan
es un buen hombre; y sí digo,
que tiene poco de sabio,
puedo sin hacerle agravio;
vuestro deudo es, y mi amigo:
mas esto no es murmurar.

Don Juan.

¡Que queráis poner defeto
en tan hermoso sugeto!

Don Mendo.

En la rosa suele estar
oculta la aguda espina.

Don Juan.

Ellos son gustos, y al mio,
ó del todo desvario,

(1) *Aparte los dos.*

ó esta muger es divina.

Don Mendo.

Poco sabéis de mugeres.

Don Juan.

Veréisla, Duque, algun dia,
y acabará esta porfia
de encontrados pareceres.

Don Mendo.

Don Juan me quiere matar,
y aquello mismo que he hecho
para sosegar el pecho
del Duque, me ha de dañar.

ap.

Celia.

¿Qué te parece?

Doña Ana.

Estoy loca.

Celia.

¿A este hombre tienes amor?

Doña Ana.

¡El pecho abrasa el furor!
¡Fuego arrojó por la boca!
¡Posible es que tal oi!
¡Vil, á quien te quiere infamas!
¡Asi tratas á quien amas!

Celia.

No ama, quien habla así;
él te engaña.

Doña Ana.

Claro está:

di que me traigan un coche;
volvamos, Celia, esta noche
á amanecer á Alcalá,
que lo que ahora escuché
castigo del cielo ha sido,
por haber interrumpido

(1)

las novenas que empecé.

Celia.

Antes este desengaño
le debes á esta venida.

Doña Ana.

Si con él pierdo la vida,
mejor me estaba el engaño.

ESCENA XXI.

Dichos, menos doña Ana y Celia.

Don Mendo.

Allí suenan cuchilladas. (1)

Duque.

Estas damas de mi voto, *vase.*
sigamos.

Don Mendo.

Es mas devoto *aparte con don Juan.*
de mugeres, que de espadas. *vase.*

Don Juan.

Y así el mas amigo abona
para que advertido estés.

Beltran.

Su lengua en efeto es,
la que á nadie no perdona.

(1) *Hacen dentro ruido de cuchilladas.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DEL DUQUE.

El Duque, don Juan, y Beltran; todos de color.

Duque.

¿Cómo los toros dejais?

Don Juan.

Viéndome sin vos en ellos,
estaba de los cabellos.....

¿Del juego como quedais?
que era robado el partido.

Duque.

Cogiéronme de picado:
he perdido, y me he cansado.

Don Juan.

Mil cosas habeis perdido;
el descanso, y el dinero,
y los toros.

Beltran.

¡Que haya juicio,
que del cansancio haga vicio,
y tras un hinchado cuero,
que el mundo llama pelota,
corra ansioso y afanado!

¿Cuánto mejor es sentado
buscar los pies á una sota,
que moler piernas y brazos?
Si el cuero fuera de vino,
aun no fuera desatino

sacarle el alma á porrazos.
 ¿Pero perder el aliento
 con una y otra mudanza ;
 y alcanzar , cuando se alcanza ,
 un cuero lleno de viento ,
 y cuando una pierna rota ,
 brama un pobre jugador ,
 ver al compás del dolor
 ir brincando la pelota ?

Don Juan.

El brazo queda gustoso ,
 si bien la pelota dió .

Beltran.

Séneca la comparó
 al vano presuntuoso ,
 y esa semejanza ha dado
 sin duda al juego sabor ;
 porque no hay gusto mayor ,
 que apalear á un hinchado .
 Mas si miras el contento
 de un jugador de pelota ,
 y un cazador , que alborota
 con halcon la cuerda al viento ;
 ¿ por dicha , tendrás la risa ,
 viendo que á presa tan corta
 que vencida nada importa ,
 corre un hombre tan deprisa ,
 que apenas tocan la yerba
 los caballos voladores ?
 Valga os Dios por cazadores ;
 ¿ qué os hizo esa pobre cierva ?

Duque.

De la guerra has de pensar
 que es la caza semejanza ,
 y así el ardid , la asechanza ,

el seguir , y el alcanzar ,
es gustoso pasatiempo.

Beltran.

¿Mil contra una cierva? Si,
bien dices que son así
las pependencias de este tiempo.

Don Juan.

¡Beltran , satirico estás!

Beltran.

¿En qué discreto , señor ,
no predomina ese humor?

Don Juan.

Como matas morirás.

Beltran.

En Madrid estuve yo
en corro de tal tijera,
que la pegaba cualquiera
al padre que lo engendró;
y si alguno se partía
del corro , los que quedaban
mucho peor de él hablaban ,
que él de otros hablado había:
yo que conocí sus modos ,
á sus lenguas tuve miedo ,
¿y qué hago? estoyme quedo
hasta que se fueron todos.
Pero no me valió el arte ,
que ausentándose de allí ,
solo á murmurar de mí
hicieron un corro aparte.
Si el maldiciente mirara
este solo inconveniente ,
¿ballárase un maldiciente
por un ojo de la cara?

Don Juan.

¿Fuera por eso peor?

Beltran.

Espántome que eso ignores ;
mas que cien predicadores
importa un murmurador.
Yo sé quien ni con sermones ,
ni cuaresmas , ni consejos
de amigos sábios y viejos ,
puso freno á sus pasiones ;
ni sus costumbres redujo
en gran tiempo , y solamente
de temor de un maldiciente ,
vive ya como un cartujo.

Duque.

Digo que teneis , don Juan ,
entretenido criado.

Don Juan.

Es agudo , y ha estudiado
algunos años Beltran.

Duque.

¿ Qué hay de doña Ana?

Don Juan.

Esta noche
parte sin duda á Madrid.

Duque.

Nuestra invencion prevenid.

Don Juan.

Ella , Duque , vá en su coche ,
su gente en uno alquilado.

Duque.

Bien nos viene.

Don Juan.

Así lo espero.

Duque.

¿Apercibióse el cochero?

Don Juan.

Ya, señor, lo he concertado.

Duque.

¿Y está en los toros doña Ana?

Don Juan.

No la he visto; pero sé
que cuando en ellos esté,
ni en andamio, ni en ventana
de suerte estará que pueda
ser de nadie conocida;
que no por fiestas olvida
obligaciones que hereda.

Duque.

¿Cuántos toros vistes?

Don Juan.

Tres,

y entró don Mendo al tercero,
despreciando en un overo
al amor y al interes.
Salió con verde librea
robando así corazones,
que aun el toro á sus rejonos
con su muerte lisongea.

Duque.

¿Tan bueno anduvo el Guzman?

Don Juan.

En todo es hombre escelente
don Mendo.

Duque.

¡Cuán diferente *ap.*
suele hablar él de don Juan!
Cansado estoy.

Don Juan.

Reposar

podeis, señor, entretanto
que dá Tetis con su manto
á nuestra invencion lugar.

Duque.

Que á su tiempo me despiertes,
te encargo.

Don Juan.

Tendré cuidado.

ESCENA II.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

¿Por qué, señor, no has pintado
caballos, toros y suertes?
que con eso, y con tratar
mal á los calvos, hicieras
comedias con que pudieras
tu pobreza remediar.
A que te cuenten, me obligo,
seiscientos por cada una.

Don Juan.

Pues supongamos que en una
eso que me adviertes digo,
¿en otra qué he de decir?
que á un poeta le está mal
no variar, que el caudal
se muestra en no repetir.

Beltran.

Para dar desconocidos
estos platos duplicados,
dar aquí calvos asados,
y acullá calvos cocidos.

Pero, señor, á las veras
 vuelva la conversacion:
 ¿no me dirás la intencion
 que lleván estas quimeras?
 ¿para qué se han prevenido
 los dos capotes groseros?
 ¿Qué es esto de los cocheros?

Don Juan.

Escucha, irás advertido.
 Desde aquella alegre noche,
 que al gran Precursor el suelo
 celebra por alba hermosa
 del Sol de Justicia eterno,
 de la encontrada porfia
 en que me puso don Mendo
 á mil gracias que conté
 de doña Ana, mil defetos;
 en el corazon del Duque
 nació un curioso deseo
 de cometer á sus ojos
 la definicion del pleito.
 A don Mendo le esplicó
 el Duque este pensamiento,
 y para ver a doña Ana
 quiso que él fuese el tercero.
 El se escusó, procurando
 divertirle de este intento,
 ó temiendo mi vitoria
 ó anticipando sus zelos
 Creció en el mancebo Duque
 el apetito con esto,
 que sospechando su amor,
 hizo tema del deseo.
 Declaróme su intencion,
 y yo en su ayuda me ofrezco,

dándome esperanza á mí
 lo que temor á don Mendo,
 y cómo doña Ana estaba
 aquí velando á San Diego,
 venimos hoy á los toros
 mas por verla que por verlos.
 Y sabiendo que esta noche
 se parte mi dulce dueño,
 por quien ya comienza Henares
 el lloroso sentimiento,
 por poder gozar mejor
 de su cara y de su ingenio;
 porque las gracias del alma
 son alma de las del cuerpo,
 trazamos acompañarla,
 sirviéndole de cocheros,
 nuevos factontes del sol,
 si atrevidos, no soberbios.
 Con los cocheros ha sido
 para este fin el concierto,
 para esto la prevencion
 de los capotes groseros;
 que á tales trazas obliga
 en ella el recato honesto,
 en el Duque sus antojos,
 y en mí, Beltran, mis deseos.

Beltran.

Todo lo demas alcanzo,
 y eso postrero no entiendo.
 ¿Cómo en el amor del Duque
 funda el tuyo su remedio?

Don Juan.

Mientras sin contrario fuerte
 ame doña Ana á don Mendo,
 ella está en su amor muy firme,

y á mudalla no me atrevo.
 Y como el Duque es persona,
 á cuyas fuerzas y ruegos
 puede mudarse doña Ana,
 que la conquiste pretendo,
 para que andando mudable
 entre los fuertes opuestos,
 no estando firme en su amor,
 esté flaca á mi deseo.

Beltran.

Esa es cautela, que enseña
 el diestro don Luis Pacheco,
 que dice que está la espada
 mas flaca en el movimiento.

Don Juan.

Mejor se sujeta entonces:
 de esa lición me aprovecho.

Beltran.

¿Y dime por vida tuya,
 agora sales con esto?
 ¿No eres tú quien me dijiste:
 si de esta vez no la muevo,
 morirá mi pretension,
 aunque vivan mis deseos?

Don Juan.

Imita mi amor al hijo
 de la tierra, aquel Anteo,
 que derribado cobraba
 nueva fuerza y valor nuevo.

Beltran.

Pensé que desesperado
 lo curabas como á muerto,
 que aunque la traza es aguda,
 pongo gran duda en su efeto;
 que el Duque es muy poderoso:

llevarala.

Don Juan.

Por lo menos,

si vence, alivio será,
que por un Duque la pierdo;
y sino, consolárame
ver que lo que yo no puedo,
tampoco ha podido un Duque.

Beltran.

En fé de aquesos consuelos
has cortado la cabeza
totalmente á tus intentos,
y estando tu mal dudoso,
has querido hacerlo acierto.
Quieres que el Duque la lleve
por quitársela á don Mendo,
y del daño el daño mismo
has tomado por remedio.
El epígrama que á Fanio
hizo Marcial, viene á pelo.

Don Juan.

¿Cómo dice?

Beltran.

Traducido,

dice así en lenguaje nuestro,

“Quiriendo Fanio huír
sus contrarios, se mató.”

¿No es furor, pregunto yo,
para no morir, morir?

Don Juan.

El epígrama es agudo,
mas la aplicacion te niego,
que no es, como tu imaginas,
que venza el Duque tan cierto;
que si el es grande de España,

es el querido don Mendo,
y esto es ser grande tambien
en la presencia de Venus.

Beltran.

Grandes son los dos contrarios,
y tú, señor, muy pequeño;
mas si fortuna te ayuda,
juzgo posible tu intento.
Dos valientes salteadores
por un hurto que habian hecho,
riñeron, que cada cual
lo quiso llevar entero;
y mientras ellos reñian,
un ladroncillo ratero
cogió la presa.

Don Juan.

Dios quiera
que me suceda lo mismo.

ESCENA III.

HABITACION DE DOÑA ANA.

Doña Ana y doña Lucrecia de camino.

Doña Ana.

¿Cómo en los toros te ha ido?

Doña Lucrecia.

Jamás hicieron provecho
en las dolencias del pecho
los remedios del sentido.
Que en un rabioso cuidado,
tanto con el alma asisto,
que aunque los toros he visto,
prima, no los he mirado.

Doña Ana.

Yo apostaré que hay amor.

Doña Lucrecia.

Forzoso es ya que te cuente,
porque el daño no se aumente,
la causa de mi dolor.

Doce veces ha vestido
Febo de luz á su hermana,
después, hermosa doña Ana,
que me sujetó Cupido:
mas no fácil en mi amor
llevó el que adoro la palma,
que al postrer precio del alma
le rendí el primer favor.

Hasta aquí te lo he callado,
porque muestra liviandad
la que sin necesidad
manifiesta su cuidado.

Mas ya que teme el amor,
si callo, un agravio injusto,
viendo que se anega el gusto,
se arroja á nado el honor.

Don Mendo es pues el sujeto,
por quien quiso amor que muera;
que menor causa no hiciera
en mí tan tirano efeto.

Supe que daba en mirar
tu belleza soberana,
que solo por tí, doña Ana,
me pudiera á mi olvidar.

A mi zelosa querella
satisfacer intentó,
mas aunque el fuego aplacó,
quedó viva la centella.

Supe que á Henares venia

hoy con galas y librea ;
 ¿ por quién quieres tú que sea ,
 si á mí en Madrid me tenia ?
 Pedí á mi padre licencia ,
 para venir á Alcalá ,
 y porque estabas tú acá
 me ha permitido esta ausencia .
 No vine á los toros , no ,
 mas á impedir nuestro daño ,
 con que sepas tú tu engaño
 y mi desengaño yo .
 Y porque probar pretendo
 mi verdad , este papel
 mira y confirma con él
 las traiciones de don Mendo .
 A los zelos satisface
 de que yo cargo le hice ;
 mira de tí lo que dice ,
 y contigo lo que hace . (1)

Doña Ana leyendo .
Tu sentimiento encareces ,
sin escuchar mis disculpas ,
cuanto sin razon me culpas ,
tanto con razon padeces .
Si miras lo que mereces ,
verás como la pasion
te obliga á que sin razon
agravies en tu locura ,
con las dudas la hermosura ,
con los zelos la eleccion .
Lucrecia , de tí á doña Ana
ventaja hay mas conocida ,
que de la muerte á la vida ,

(1) *Dá un papel á doña Ana .*

de la noche á la mañana ;
¿quién á la hermosa Diana
trocara por una estrella?
deja la injusta querrela,
desengaña tus enojos,
que tengo una alma, y dos ojos
para escoger la mas bella.

Doña Lucrecia.

¿Qué dices de ese papel?

Doña Ana.

¿Si estás viendo, prima, aquí,
 lo que él ha dicho de mí,
 qué quieres que diga de él?
 Pierde el cuidado cruel,
 que te obliga á rezelar,
 cuando así me ves tratar,
 si es cosa cierta el nacer
 la injuria de aborrecer,
 y la alabanza de amar.
 Mas cansada te imagino,
 entra á reposar un rato,
 que para hablar de tu ingrato,
 será tercero el camino.

Doña Lucrecia.
 Mi zeloso desatino
 el sueño me ha de impedir.

Doña Ana.

A las doce es el partic
 forzoso.

Doña Lucrecia.

¿Y tú, no reposas?

Doña Ana.

No, Lucrecia, que mil cosas
 me faltan por prevenir.

Doña Lucrecia.

¿Puedo ayudarte?

Doña Ana.

Ayudarme,
dejarme sola será.

Doña Lucrecia.

El obedecerte es ya
forzoso.

Vase.

Doña Ana.

Como el matarme. *api*

Celia, ven, ven á ayudarme
á lamentar mi tormento,
presta tu voz á mi aliento,
que en desventura tan grave,
por una boca no cabe
á salir el sentimiento.

ESCENA IV.

Doña Ana y Celia.

Celia.

¿Qué ha sido?

Doña Ana.

Nuevos agravios
del vil don Mendo, que en suma
firma también con la pluma
lo que afirmó con los lábios.

Celia.

Mudar consejo es de sabios:
hasta aquí nada has perdido;
tu misma vista y oído
te han avisado tu daño:
agradece el desengaño
que á tan buen tiempo ha venido.
Quien así te injuria ausente,

y presente lisongea
 ó engañoso te desea,
 ó deseoso te miente;
 y cuando cumplir intente
 lo que ofrece, y ser tu esposo,
 si ordinario, y aun forzoso
 es el cansarse un marido,
 ¿cómo hablará arrepentido,
 quien habla así deseoso?

Doña Ana.

No es, Celia, mi corazón
 ángel en el aprender,
 que nunca pueda perder
 la primera aprehensión;
 no es bronce mi corazón
 en quien viven inmortales
 las esculpidas señales:
 mudarse puede mi amor;
 si puede, ¿cuándo mejor,
 que con ocasiones tales?
 No pienses que está ya en mí
 tan poderoso y entero
 el gigante amor primero,
 á quien tanto me rendí;
 desde la noche que oí
 mis agravios, la memoria
 en tan afrentosa historia
 tan rabiosamente piensa,
 que entre el amor, y la ofensa
 dudaba ya la victoria.
 Pero con tan gran pujanza
 la nueva injuria ha venido,
 que del todo se ha rendido
 el amor á la venganza.

Celia.

¿Serás firme en la mudanza?

Doña Ana.

O el cielo mi mal aumente.

Celia.

Tus venturas acreciente,
como contento me ha dado
tu pensamiento mudado
de un hombre tan maldiciente.
Que desde que estando un día
viéndote por una reja,
la cerré, y me llamó vieja,
sin pensar que yo lo oía,
tal cual soy, no lo querria
si él fuese del mundo. Adán.

Doña Ana.

Que eran votes mi Jordan,
dijo de mí; ¿qué te altera,
que á tus años te atreviera?

Celia.

¡Cuán diferente es don Juan
Ofendido y despreciado
es honrar su condicion,
cuanto el lengua de escorpion
ofende, siendo estimado.
Una vez desesperado,
don Juan se quejaba así:
“¿qué delito cometí
en quererte, ingrata fiera?
Quiera Dios.....; pero no quiera,
que te quiero mas, que á mí.”
¡Si vieras la cortesía
y humildad, con que me habló
cuando licencia pidió
para verte el otro día!

¿ Si vieras lo que decia en mi defensa á un criado , que porfiaba arrojado , que si yo dificultaba la visita , lo cansaba á ser él pobre y desdichado !

¿ Si vieras !... ¿ pero qué vieras , que igualase á lo que viste , cuando del traidor le viste defenderte tan deveras ? Ya te ablandarás , si fueras formada de pedernal.

Doña Ana.

¿ Qué te obliga á que tan mal te parezca mi desden ?

Conde.

Tener á quien habla bien inclinación natural ; y sin ella me obligará la razon á que lo hiciera.

Doña Ana.

¿ Celia , si don Juan tuviera mejor talle , y mejor cara !...

Celia.

¿ Pues cómo ! ¿ en eso reparas una tan cuerda muger ?

En el hombre no has de ver la hermosura , ó gentileza ;

su hermosura es la nobleza , su gentileza el saber ;

lo visible es el tesoro de mozas faltas de seso ,

y las mas veces por eso topan con un asno de oro ; por eso no tiene el Moro

ventanas, y es cosa clara; y
 que aunque al principio repará
 la vista, con la costumbre
 pierde el gusto ó pesadumbre
 de la buena, ó mala cara.

Doña Ana.

No niego que desde el día,
 que defenderme le oí,
 tiene ya don Juan en mí
 mejor lugar, que solia;
 porque el beneficio cria
 obligacion natural;
 y pues el rigor mortal
 aplacó ya mi desden,
 principios de querer bien,
 el dejar de querer mal.

Pero no fácil se olvida
 amor que costumbre ha hecho;
 por mas que se valga el pecho
 de la ofensa recibida;
 y una forma corrompida
 á otra forma hace lugar;
 mas bien puedes confiar,
 que el tiempo ira introduciendo
 á don Juan, pues á don Mendo
 he comenzado á olvidar.

Celia.

¿Podré yo ver el papel?

Doña Ana.

Pide luces, que la oscura
 noche impedirte procura
 ver mis agravios en él.

Celia.

Ya están las luces aquí.

Doña Ana.

Ten el papel. *Dale el papel á Celia.*

ESCENA V.

Dichas y un Escudero.

Escudero.

Dos cocheros,
piden licencia de veros.

Doña Ana.
Entren.

Escudero.

Entrad.

ESCENA VI.

Dichos, el Duque y don Juan, de cocheros;

Don Juan.

Pues á tí

nunca te ha visto, seguro
habla de ser conocido
mientras yo callo escondido
en manto de sombra oscuro.

Duque.
El cielo os guarde, señora.

Doña Ana.
Bien venido.

Duque.
Acá me envía
el cocheró que os servía,
y no puede hacerlo agora,
rendido á un dolor cruel.
¿A qué hora habeis de partir?
que os tengo yo de servir
esta jornada por él.

Doña Ana.

¿Tanto es su mal?

Don Juan.

Y por lo menos
no podrá serviros hoy.

Doña Ana.

Pésame.

Duque.

Persona soy,
con quien no lo echareis menos.

Doña Ana.

A media noche esté el coche
prevenido á la carrera.

Duque.

Y será la vez primera,
que el sol sale á media noche.

Doña Ana.

¿Como es eso?

Duque.

¿Cómo es eso?

Doña Ana.

¿Tierno sois?

Duque.

¿Es contra ley?

alma, tengo, como el Rey,
aunque este oficio profeso.

No huyo de amor los males,
que si por ellos no fuera,
yo os juro que no estuviera
cubierto de estos sayales.

Doña Ana.

¿Pues qué? ¿son disfraz de amor
por infanta pretendida?

Duque.

Puede ser.

Doña Ana.

Bien por mi vida.
El cochero tiene humor.

Celia.

Don Mendo viene.

Doña Ana.

Id con Dios,
y á media noche os espero.

Duque.

Tengo por mi compañero
tambien que tratar con vos;
que es suyo el coche en que vá
vuestra gente, y esta noche
(1) ya veis cuanto vale un coche,
y concertado no está.

La visita recibid,
que los dos esperaremos.

Doña Ana.

Por eso no reñiremos,
si con bien llego á Madrid.

Duque.

Señora, entre padres y hijos
parece bien el concierto. (1)

ESCENA VII.

Dichos, don Mendo y Leonardo.

Don Mendo.

¡Gloria á Dios que llego al puerto
de combates tan prolijos!

Duque.

Escuchar pretendo así,
si á don Mendo favorece
doña Ana.

(1) *Se aparta el Duque.*

Don Juan.

¿Pues qué os parece?

Duque.

Que por mi daño la ví.

ESCENA VIII.

Dichos, doña Lucrecia y Ortiz al paño.

Doña Lucrecia.

¿Don Mendo con ella, cielos!

Ortiz.

¿Si sabe que estás acá?

Doña Lucrecia.

Cerca el desengaño está.

(1)

Ortiz.

Hoy averiguas tus zelos.

Don Mendo.

¿Qué es esto, doña Ana hermosa?

¿no me respondes? ¿qué es esto?

¿quien ha mudado tan presto,
mi fortuna venturosa?

¿Tú, señora, estás así
grave y callada conmigo?

¿quién me ha puesto mal contigo?

¿quién te ha dicho mal de mí?

Habla, dime tu querella.

Doña Ana.

¿Tú puedes causarme enojos,
teniendo una alma y dos ojos
para escoger la mas bella?

Don Mendo.

Palabras son que escribí *ap.*
á la engañada Lucrecia:

(1) Pónese á escuchar.

esperado habrá la necia
 Lucrecia tener de mí
 favor con hacerme daño ;
 mas no pienso que le importe :
 vamos , señora , á la corte
 verás si lá desengaño.

Doña Lucrecia.

¡ Ah falso !

ap.

Don Mendo.

Que su favor
 no estimo , porque concluya ,
 lo que una palabra tuya
 aunque la engendre el rigor.

Doña Ana.

¿ Cómo , pues si el lábio mueva
 mi mediano entendimiento
 helado queda mi aliento
 entre palabras de nieve ?

Don Mendo.

Don Juan le debió de dar
 cuenta de nuestra porfia :
 mas aquí la industria mia
 las suertes ha de trocar ;
 que si la verdad confieso ,
 y que el amor y el poder
 temí del Duque , es muger ,
 y despertará con eso.

ap.

Vuelve ese rostro en que veo
 cifrado el cielo de amor.

Doña Ana.

Don Mendo , así está mejor
 quien tiene el cerca tan feo.

Don Mendo.

Ya colijo que don Juan
 de Mendoza , mal mirado ,

la contienda te ha contado
de la noche de San Juan;
que conozco esas razones,
que el necio dijo de ti,
porque yo le defendí
tus divinas perfecciones.

Don Juan.

¡Ah traidor!

Duque.

Disimulad.

Don Mendo.

Pero don Juan bien podía
callar, pues que yo quería
perdonar su necesidad.

Mas ya que estás de esa suerte,
de mi, señora, ofendida,
porque le deje la vida,
á quien se atrevió á ofenderte,
no me culpes, que el estar
el Duque Urbino presente,
pudo de mi forja ardiente
el ímpetu reñenar.

Celia.

¡Qué embustero!

Doña Ana.

¡Qué enganoso!

Celia.

Mira con quien te casabas.

Don Mendo.

Si por eso me privabas
de ver ese cielo hermoso,
vuelve, que presto por mi
cortada verás la lengua,
que en tus gracias puso mengua.

Doña Ana.

Pues guárdate tú de tí.

Don Mendo.

¡Yo de mí! ¿Luego yo he sido,
quien te ofendió?

Doña Ana.

Claro está:

¿quién sino tú?

Don Mendo.

¿Cuánto vá,

que ese falso fementido,
lisongero universal,
con capa de bien hablado,
por adularte ha contado
que él dijo bien y yo mal?
Mas brevemente verán
esos ojos, dueño hermoso,
castigado al malicioso.

Doña Ana.

Para entre los dos; don Juan
es un buen hombre, y si digo
que tiene poco de sábio,
puedo sin hacerle agravio;
vuestro deudo es mi amigo:
mas esto no es murmurar.

Don Mendo.

Eso dije á solas yo
al Duque; que se admiró
de verle vituperar
lo que yo tanto alabé.

Doña Ana.

Dilo al revés.

Don Mendo.

Según esto,
quien contigo mal me ha puesto

el Duque sin duda fué.
 ¡Aun no ha llegado á la corte,
 y ya en enredos se emplea!
 ¡O piensa que está en su aldea,
 para que nada le importe
 su grandeza, ó calidad
 al necio rapaz conmigo,
 para no darle el castigo!

Duque.

¡Ah traidor!

Don Juan.

Disimulad.

Daña Ana.

¿Qué sirven falsas excusas,
 qué quimeras, qué invenciones,
 donde la misma verdad
 acusa tu lengua torpe?
 ¿Hablas tu tan mal de mí,
 sin que contigo te enojas,
 y enójaste con quien pudo
 contarme tus sinrazones?
 Quien te daña es la verdad
 de las culpas que te ponen;
 si pecaste, y yo lo supe,
 ¿qué importa saber de donde?
 Pues nadie me ha referido
 lo que hablaste aquella noche;
 verdad te digo, ó la muerte
 en agraz mis años corte.
 Y siendo así, sabes tú
 que son las mismas razones
 las que aquí me has escuchado,
 que las que dijiste entonces.
 Y pues la sé, bien te puedes
 despedir de mis favores,

y á toda ley hablar bien,
 porque las paredes oyen:

ESCENA. IX.

Dichos, menos doña Ana y despues los demas.

Don Mendo.

Vuelve, escucha, dueño hermoso,
 lo que mi fe te responde;
 y pues oyen las paredes,
 oye tú mis tristes voces

Doña Lucrecia.

Mas que de tristeza mueras. *Vase.*

Celia.

Mas que eternamente llores.

Duque.

¿ De donde pudo doña Ana
 saber lo que aquella noche
 hablamos?

Don Juan.

Yo no lo he dicho.

Duque.

Ni yo.

Don Juan.

Las paredes oyen.

Vanse.

Don Mendo.

Oyeme tú, Celia, así
 tus floridos años logres.

Celia.

Las que ya llamaste canas,
 ¿ cómo agora llamas flores?

Don Mendo.

¿ Quién te ha dicho tal de mí,
 Celia?

Celia.

Las paredes oyen.

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE.

*Don Mendo y Leonardo.**Don Mendo.*

¿Qué es esto, suerte enemiga?
 ¡Por tan falsas ocasiones
 tan verdadera mudanza
 en voluntad tan conforme!
 ¡Qué pueda ser, quien me ha dado
 los mas estrechos favores,
 A mi acusacion de cera,
 y á mi descargo de bronce!
 ¿A mis contrarios escuchas?
 ¿á malos terceros oyes?
 ¿á mi el oido me niegas?
 ¿á mi la cara me escondes?

Leonardo.

Con la pasion no discurre;
 ¿ posible es que no conoces,
 que tan estraños efectos
 á mayor causa responden?
 No por las culpas que dice
 hay mudanza en sus amores,
 antes por haber mudanza
 aquestas culpas te pone.
 Que si el enojo que vés
 causaran tus sinrazones,
 no tan resuelta negara
 los oidos á tus voces;
 que á quien obligan ofensas
 de quien ama, que se enoje,
 la satisfaccion desea,
 cuando la culpa propone.

Doña Ana no quiso oírte,
 y así me espanta que ignores,
 que culpas ha menester,
 pues huye satisfacciones:
 y el que anda á caza de culpas
 intencion resuelta esconde,
 y pretende dar color
 de castigo á sus errores.

Don Mendo.

Bien imaginas.

Leonardo.

Señor,
 ciego estás, pues no conoces
 su desamor en su ausencia,
 su engaño en sus dilaciones.

Dilató por las novenas
 el matrimonio, engañóte;
 que no hay muger que al amor
 prefiera las devociones.

Con secreto caminaba
 á otro fin su trato doble,
 y por si no lo alcanzase,
 entretuvo tus amores.

Ya lo alcanzó, y te despide,
 sin que en descargo le informes,
 que ha menester que tus culpas
 su injusta mudanza abonen.

Don Mendo.

Agudamente discurre; mas
 por los celestes orbes
 juro que me he de vengar
 de su rigor esta noche.

Leonardo.

Poderoso eres, señor.

Don Mendo.

De allá han salido dos hombres;

Leonardo.

Cocheros son de doña Ana.

Don Mendo.

La fortuna me socorre.

ESCENA XI.

Dichas , el Duque y don Juan,

Duque.

No ví hermosura mayor ,
ni tal discrecion oi.

Don Juan.

¿ Luego á don Mendo venci ?

Duque.

Preguntaselo á mi amor.
Vive el cielo que estoy loco.

Don Juan.

Mi invencion es ya dichosa. *ap.*

Duque.

Será mi esposa.

Don Juan.

¡ Tu esposa !

Duque.

Si.

Don Juan.

Ni tanto ni tan poco. *ap.*

Don Mendo.

Dios os guarde , buena gente.

Duque.

¿ Quién va allá ?

Don Mendo.

Don Mendo soy
de Guzman.

Duque.

Por darle estoy
el castigo aquí.

Don Juan.

Detente ,
que es de doña Ana esta puerta.

Duque.

¿Qué mandáis?

Don Mendo.

Qué me digais ,
pues á doña Ana llevais ,
¿ á que hora se concierta
la partida ?

Duque.

A media noche.

Don Mendo.

Una cosa habeis de hacer ,
que me obligo á agradecer.

Duque.

Decidla.

Don Mendo.

Apartar el coche ,
en que fuere vuestro dueño ,
del camino un trecho largo ,
haciendo del yerro cargo
á la oscuridad ó al sueño.

Duque.

¿Para qué fin?

Don Mendo.

Solamente
hablarla pretendo , amigos ,
con espacio y sin testigos.

Duque.

Cosa que alguu hecho intente
que nos cueste...

Don Mendo.

No os dé pena,
cuando yo os amparo, el miedo;
la obligación en que os quedo
publique aquesta cadena,
que padeis los dos partir.

Duque.

No señor.

Don Mendo.

Esto ha de ser. (1)

Duque.

Una cosa habeis de hacer,
si os habemos de servir.

Don Mendo.

Hablad pues.

Duque.

Que á la ocasion
no vais mas de dos amigos;
porque cuantos son testigos,
tantos enemigos son.

Don Mendo.

Solos iremos los dos;
de esto la palabra os doy.

Duque.

Con eso á servirlos voy.

Don Mendo.

Y yo á seguirlos.

Duque.

A Dios,
que es hora ya de partir.

Don Juan.

¿Dónde con tu intento vas?

(1) *Dáale una cadena, y tómalala el Duque.*

Duque.
Presto, don Juan lo verás,

ESCENA XII.

Don Mendo y Leonardo.

Don Mendo.

Manda luego apércibir,
Leonardo, los dos rocines
de campo, para alcanzar
esta fiera. Hoy he de dar
á esta caza dulces fines.

Leonardo.

No lo dudes, pues está
tan de tu parte el cochero.

Don Mendo.

Como eso puede el dinero.

Leonardo.

Contra su dueño será,
si de su favor te ayudas.

Don Mendo.

El primer cochero agora
no será que á su señora
hayá servido de Judas.

ESCENA XIII.

DECORACION DE CAMPO.

Cantan dentro.

Venta de Vicerros,

dichoso sitio,

si el oentero es cristiano
y es mora el oino.

Sitio dichoso,

*si el ventero es cristiano,
y el vino es moro.*

Otro.

*Con mi albarda y mi burro
no envidio nada,
que són coches de pobres
burros, y albardas.*

Una muger.

*Tan gustosa yo vengo
de ver los toros,
que nunca se me quitan
de entre los ojos.*

Tercero.

*Unos ojos que adoro
lleo á las ancas:
¿quien ha visto los ojos
á las espaldas?*

Dentro un arriero.

¿Gruñes, ó gritas, ó cantas?

Cuarto.

Mis males espanto así.

Arriero.

*¿Somos tus males aquí?
porque tambien nos espantas.*

Cuarto.

*Calla y toma mi consejo,
que no es la miel para tí.*

Arriero.

¿Fuiste á ver los toros?

Cuarto.

Si.

Arriero.

¿Pues no hay en tu casa espejos?

Arriero segundo.

¡Ah del coche! ¿dónde bueno?

Del camino se han salido.

Primero.

O el cochero se ha dormido,
ó han de hacer noche al sereno;

Segundo.

¡Ah Faeton de los cocheros,
que te pierdes! Por acá.

Primero.

Por esos trigos se va.

Segundo.

Y tras él dos caballeros.

Primero.

De malas lenguas se quita
quien vá al desierto á morar.

Segundo.

No van ellos á rezar,
que por allí no hay hermita.

Primero.

Arre, mula de Mahoma;
ella hace burla de mi:
dale, Francisco.

Segundo.

Echa aquí.

Primero.

Arre, ¿qué diablo te toma?

Dentro don Mendo.

Pára, cochero.

Doña Ana.

¿Quién es?

Don Mendo.

Don Mendo soy.

Doña Ana.

Anda.

Don Mendo.

Pára;

ESCENA XIV.

Don Mendo, doña Ana, doña Lucrecia y Leonardo.

Doña Ana.

¿Quién sino tú se mostrara
conmigo tan descortés?

Don Mendo.

Mi esceso y atrevimiento
disculpo con tu mudanza.

Doña Ana.

Llámala justa venganza,
y cuerdo arrepentimiento.

Don Mendo.

¿Quién lo causó?

Doña Ana.

Tus traiciones.

Don Mendo.

¡Ah falsa! ¿engañarme piensas?
¿acreditas mis ofensas,
por abonar tus acciones?
Pues no lograrás tu intento.

Doña Ana.

¿Qué es esto? (1)

Don Mendo.

Justo castigo
de tu mudanza.

Doña Ana.

¿Conmigo
tan grosero atrevimiento?

Doña Lucrecia.

¡Justicia de Dios!

(1) *Llega don Mendo á pelear con doña Ana, doña Lucrecia á ayudarla y Leonardo á tener á doña Lucrecia.*

Leonardo.
Teneos.

(1)

Doña Ana.

¡Hay escesos mas estraños!

Don Mendo.

A pesar de tus engaños
he de lograr mis deseos.

ESCENA XV.

Dichos, el Duque y don Juan de cocheros que sacan las espadas y dan sobre ellos.

Duque.

La venganza nos convida.

Doña Ana.

¿Dónde están mis escuderos?
Vendido me han los cocheros.

Duque.

Por vos, señora, la vida
vuestros cocheros darán.

Don Mendo.

¿A don Mendo os atreveis,
viles?

Leonardo.

¿Cocheros qué haceis,
que es Don Mendo de Guzman?
A vuestro coche os volved.

Don Mendo.

Furias del infierno son.

Doña Lucrecia

¡Qué pena!

Doña Ana.

¡Qué confusion!
cocheros, tened, tened. (1)

(1) *Retirase don Mendo y Leonardo, y el Duque y don Juan van tras ellos.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Doña Ana, Celia, el Duque y don Juan. (1)

Doña Ana.

(1) ¿No advertís lo que habeis hecho?
¿cómo tan despacio estais?

Duque.

Por nosotros no temais,
quietad el hermoso pecho;
(2) pues con probar la violencia
que intentó aquel caballero,
en nuestro favor espero
que tendremos la sentencia.
Y por su reputacion
le estará mas bien callar;
no penseis que ha de tratar
(3) de tomar satisfaccion
por justicia un caballero.
¿No veis lo mal que sonára,
(4) que herido se confesára
del brazo vil de un cochero
un tan ilustre señor,
dueño de tantos vasallos?
De estos casos el callallos
es el remedio mejor.

Doña Ana.

Siéntome tan obligada

(1) Todos como acabaron el segundo acto.

de vuestro valor estraño,
 ¡que el temor de vuestro daño
 toda me tiene turbada!

Duque.

No temais.

Doña Ana.

El pecho fiel
 el daño está previniendo.

Duque.

Quien pudo herir á don Mendo,
 podrá defenderse de él.

Celia.

(1)

En hablar tan cortesanos,
 tan valientes en obrar,
 mucho dan que sospechar
 estos cocheros.

Doña Ana.

(2)

Las manos

les mira y que la verdad
 nos dirán.

Celia.

Es gran razón

pagalles la obligación,
 que tienes á su lealtad,
 pues por estas manos queda
 tu honestidad defendida.

(3)

¡Ay señora de mi vida!
 blandas son como una seda,
 y en llegando cerca, son

(4)

(1) *A doña Ana al oído.*

(2) *A Celia al oído.*

(3) *Toma las manos al Duque y vuelse á hablar aparte á doña Ana.*

(4) *Aparte las dos.*

sus olores soberanos.

Doña Ana.

¿Buen olor y buenas manos?

clara está la informacion.

Disimula.

Celia.

El otro está

siempre cubierto y callado, (1)

cogerélo descuidado,

pues la aurora alumbra ya,

lo que basta á conócello. (2)

Doña Ana.

Amigos, puesto que así

os arriesgasteis por mí,

sin obligacion de hacello,

de esta casa y de mi hacienda

os valed.

Duque.

Los pies ós beso ;

mas yo ño paso por eso,

que no es razon que se entienda,

que fué sin obligacion

el serviros ; pues de un modo

se la pone al mundo todo

vuestra rara perfeccion.

Porque á quien os llega á ver

dais gloria tan sin medida,

que aunque os pague con la vida,

os queda mucho á deber,

(1) *Don Juan se está escondido detras del Duque.*

(2) *Va Celia por detras de todos á coger de cara á don Juan.*

Celia.

¿Y vos sois mudo, cochero? *d. d. Juan*
 ¿de qué estais triste? Volved,
 alzar el rostro, aprended
 ánimo del compañero.
 ¿El que riñó sin temer,
 teme sin reñir agora?

Duque.

En vano os cansais, señora,
 que es mudo.

Celia.

Bien puede ser.

Mas yo don Juan de Mendoza *ap.*
 pienso que es; él es, ¿qué dudo?
 El triste se finge mudo
 por no perder lo que goza
 mientras encubierto está.
 ¿Quién dirá, señora, que es
 el callado?

Doña Ana.

Dilo pues.

Celia.
 ¿Quién piensas tú que será?

Doña Ana.
 No lo sé.

Celia.
 ¡Quién puede ser,
 quien siendo gran caballero,
 quisiese ser tu cochero,
 solo por poderte ver!
 ¿Quién el que con tal valor
 en un lance tan estrecho,
 pusiese á la espada el pecho
 por asegurar tu honor!
 ¿Quién el que en penar se goza

por tu amor, y tu desden
sigue enamorado! ; quién,
sino don Juan de Mendoza!

Doña Ana.

Bien dices, solo el haria
finezas tan estremadas.

Celia.

Bien merecen ser premiadas.

Doña Ana.

Que no las pierde confia.

Duque.

El sol sale, porque vos,
que sol al mundo habeis sido
en tanto que él ha dormido,
reposeis agora ; á Dios.

Y así los cielos, que os dan
belleza, os den larga vida,
que no os inquiete la herida
de don Mendo de Guzman.

ESCENA II.

Dichos menos el Duque.

Doña Ana.

Tras la ofensa que ha intentado,
no hay porque inquietarme pueda,
que ni aun la ceniza queda
en mí del amor pasado.

Detén á don Juan, que quiero
hablalle.

Celia.

A servirte voy.

Doña Ana.

Y mientras con él estoy,
entretén al compañero.

Celia.
Señor cochero fingido,
mi dueño os llama ; esperad.

Don Juan.

Un.

Celia.
No hay *Un* , volved y hablad ,
que ya os hemos conocido.

ESCENA III.

Doña Ana y don Juan.

Don Juan.
¡ Eso debo á mi ventura !

Doña Ana.
¿ Qué es esto , don Juan ?

Don Juan.
Amor.

Doña Ana.
Locura , dirás mejor.

Don Juan.
¿ Cuando amor no fué locura ?

Doña Ana.
Si ; mas los fines ignoro
de estos disfraces que veo.

Don Juan.
Así miro , á quien deseo ;
así sirvo , á quien adoro.

Doña Ana.
No ; traidoras intenciones,
encubren estos disfraces.

Don Juan.
Falsas conjeturas haces ,
por negar obligaciones.

Doña Ana. El probarte lo que digo,
no es difícil.

Don Juan.

Ya lo espero.

Doña Ana.
¿Quién es ese caballero?
¿y á qué fin viene contigo?
Traer quien me diga amores
y escuchallos escondido;
¿podrás decir que no ha sido
con pensamientos traidores?

Don Juan.
¡Cuán lejos del blanco das,
pues sí traidores los llamas,
la mayor fineza infamás
que ha hecho el amor jamás!

Doña Ana.
Díla pues, que á agradecella,
sino á pagalla, me obligo.

Don Juan.
Por obedecer, la digo,
no por obligar con ella.
Como mi mucha afición,
y poco merecimiento
engendró en mi pensamiento
justa desesperacion;
vino amor á dar un medio
en desventura tan fiera
que á mi mal consuelo fuera,
ya que no fuera remedio.
Y fué, que te alcance quien
te merezca; tu bien quiero,
que el efecto verdadero
es este, de querer bien.

A este fin , tus partes bellas
 al Duque Urbino conté ,
 si contar posible fué
 en el cielo las estrellas :
 él de tu fama movido ,
 de tu recato obligado ,
 este disfraz ha ordenado ,
 con que te ha visto y oído.
 Y ojalá , que conociendo
 tu sugeto soberano ,
 dé , con pretender tu mano ,
 efecto á lo que pretendo ;
 que yo , con verte en estado
 igual al merecimiento ,
 al fin quedaré contento ,
 ya que no quede pagado.
 Esta ha sido mi intencion ,
 y si escuchaba escondido ,
 fué porque el ser conocido
 no estorvase la invencion.
 Que juzgues agora quiero ,
 si he merecido , ó pecado ,
 pues de puro enamorado
 vengo á servir de tercero.

Doña Ana.

Tu voluntad agradezco ,
 pero condeno tu engaño ,
 que presumes por mi daño
 mas de mí , que yo merezco.
 Porque no es á la escelencia
 del Duque igual mi valor ,
 que no engaña el propio amor ,
 donde hay tanta diferencia.
 Fué mi padre un caballero
 ilustre , mas yo imagino ,
 que pensara honrarle Urbino

si lo hiciera su escudero.
 Y así á tan locos intentos
 tus lísonjas no me incitan,
 que afrentosos precipitan
 los soberbios pensamientos.

Don Juan.

Mucho, señora, te ofendes,
 porque sin tu calidad,
 digna es por sí tu beldad
 de mas bien que en esto empreña
 No te merece gozar
 el Duque, ni el Rey, ni...

Doña Ana.

Tente ;

la fiebre de amor ardiente
 te obliga á desatinar.
 Tu amoroso pensamiento
 encarece tu valor,
 diérasle al Duque tu amor
 que yo le diera tu intento.

Don Juan.

¿Quién podrá quererte menos,
 en viendo tu perfeccion ?

Doña Ana.

Al fin, por tu corazon
 quieres juzgar los agenos ;
 y es engaño conocido,
 que si el tuyo por mi muere,
 no con una flecha hiere
 todos los pechos Cupido ;
 y aunque el Duque tenga amor,
 galan querrá ser, don Juan,
 y honra mas, que un Rey galan,
 un marido labrador.
 Y aunque en el Duque es forzosa

la ventaja que le doy,
grande para dama soy,
si pequeña para esposa.

Don Juan.

Nadie con tal pensamiento
ofende tu calidad.

Doña Ana.

De mi consejo, dejad
de terciar en ese intento;
porque mayor esperanza
puede al fin tener de mí,
quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza.

ESCENA IV.

Don Juan, y despues Beltran.

Don Juan

¿Posible es que tal favor
merecieron mis oídos?
¡dichosos males sufridos!
¡dulces victorias de amor!
Que tendrá mas esperanza,
dijo, si bien lo entendí,
quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza.
Que la pretenda mi amor
me aconseja claramente,
y la muger, que consiente
ser amada, hace favor.

Beltran.

Mira que el Duque te espera,
y no el padre de Faeton,
que á publicar tu invencion,
apresura su carrera.

Don Juan.

En cas de mi amada bella
son los años puntos breves.

Beltran.

En la taberna no bebes,
pero te huelgas en ella.

Don Juan.

Bien lo entiendes.

Beltran.

Alegria
vierten tus ojos, señor.

Don Juan.

Hacen fiestas á un favor.

Beltran.

Mucho alcanza la porfia.

ESCENA V.

Dichos y Celia.

Don Juan.

Celia, amiga, Dios te guarde.

Celia.

Y te dé el bien que deseas.

Don Juan.

Como de mi parte seas,
no hay ventura que no aguarde.

Celia.

Si en mi mano hubiera sido,
tu dicha fuera la mia;
mas, don Juan, sirve y porfia,
que no vá tu amor perdido.

ESCENA VI.

Celia y Beltran.

Beltran.

¿Y á mí me aprovecharía,

el servir como á mi amo?

Celia.

¿Pues amas tambien?

Beltran.

Yo amo
por solo hacer compañía.

ESCENA VII.

Dichos y doña Ana.

Doña Ana.

Celia está con el criado
de don Juan, y no sosiego
hasta hablalle; ya está el fuego
en mi pecho declarado.

Celia.

Mi señora.

Beltran.

Voyme.

Doña Ana.

Hidalgo

volved. ¿Quién sois?

Beltran.

Soy Beltran,
un criado de don Juan
de Mendoza.

Doña Ana.

¿Quereis algo?

Beltran.

Servirte solo quisiera:
aqui á Celia le decia,
que amo por compañía.

Doña Ana

No es conclusion verdadera.
¿Satirizas?

Beltran.

No conviene,
que eso puede solo hacer,
quien no tiene que perder,
ó que le digan no tiene.
¿Pero yo, como querias
que predique, sin ser santo?
¿qué faltas diré, si hay tanto
que remediar en las mias?

Doña Ana.

Tu gusto desacreditas
con esa cuerda intencion;
porque á la conversacion
la mejor salsa le quitas.

Beltran.

Si ella es salsa, es muy costosa,
señora, que bien mirado,
ni hay mas inutil pecado,
ni salsa mas peligrosa.
¿Despues que uno ha dicho mal,
saca de hacerlo algun bien?
Los que le escuchan mas bien,
esos los quieren mas mal;
que cada cual entre sí
dice, oyendo al maldiciente:
este, cuando yo me ausente,
lo mismo dirá de mí.
Pues si aquel, de quien murmura,
lo sabe, que es facil cosa,
¿qué mesa tiene gustosa?
¿qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos,
que no aborrecen la gente,
y solo del maldiciente
huyen con cuidado todos.

Del malo mas pertinaz
 lastíma la desventura,
 solamente al que murmura
 lleva el diablo en haz y en paz.
 En la corte hay un señor,
 que muchas veces oí,
 (esto encaja bien aquí
 para quitarle el amor)
 que está mal quisto de modo,
 por vicioso en murmurar,
 que si lo vieran quemar
 diera leña el pueblo todo.
 ¿No conoces á don Mendo
 de Guzman?

Doña Ana.

Beltran detente,
 ¿el vicio del maldiciente
 has estado maldiciendo,
 y con tal desenvoltura
 de don Mendo has murmurado?

Beltran.

Pienso que es esceptuado
 murmurar del que murmura:
 dicen que el que hurta al ladrón
 gana perdones, señora.

Doña Ana.

Dicen mal; yéte en buen hora,

Beltran.

Da á mi ignorancia perdon,
 si acaso te he disgustado.
 Mal disimula quien ama.

ESCENA VIII.

*Doña Ana y Celia.**Celia.*

Apagado se há la llama,
mas mucha brasa ba quedado
pues su ofensa te ofendio.

Sin duda que en tu memoria
ha borrado amor la historia,
que esta noche te pasó.

Doña Ana.

Celia, ten; cierra los labios,
mira que mi honor ofendes,
cuando de mi pecho entiendes
que olvida así sus agravios.
No los males he olvidado,
que ha dicho de mí don Mendo,
la infame hazaña estoy viendo,
que hoy en el campo ha intentado,
en que claramente veo,
pues tampoco me estimaba,
que engañoso procuraba
solo cumplir su deseo.

Conque ya en mi pensamiento
no solo el fuego apagué,
pero cuanto el amor fué,
es el aborrecimiento.

Más esto no da licencia
para que un bajo criado,
de hombre tan calificado
hable mal en mi presencia;
que no por la enemistad,
que entre dos nobles empieza,
pierden ellos la nobleza

ni el villano la humildad.
 Esto, Celia, me ha obligado
 á indignarme con Beltran,
 que no porque ya don Juan
 no esté solo en mi cuidado.

Celia.

¿Al fin su fe te ha vencido?

Doña Ana.

Con lo que anoche pasó,
 cuanto don Mendo bajó,
 él en mi rueda ha subido.

Celia.

¿Declarástele tu amor?

Doña Ana.

¿Tan liviana me has hallado?
 ¿no basta haberle mostrado
 resplandores de favor?

Celia.

! Liviana dices, despues
 de dos años que por tí
 ha andado fuera de sí!
 Bien parece que no ves
 lo que en las comedias hacen
 las infantas de Leon.

Doña Ana.

¿Cómo?

Celia.

Con tal condicion,
 ó con tal dèsdicha nacen,
 que en viendo un hombre, al momento
 le ruegan, y mudan trage,
 y sirviéndole de page,
 van con las piernas al viento.
 Pues tú, que obligada estás
 de tanto tiempo, y fe tanta,

si bien señora , no infanta ,
honestamente podrás
decirle tu voluntad
con prevenciones discretas ,
sin temer que á los poetas
les parezca impropiedad.

Doña Ana.

¿ Poco á poco no es mejor ?

Celia.

¿ Tú quiéreslo ?

Doña Ana.

Celia , sí.

Celia.

¿ Sabes que él muere por tí ?

Doña Ana.

Bien cierta estoy de su amor.

Celia.

Pues cuando de esa verdad
hay certidumbre , yo hallo
mas crueldad en dilatallo ,
que en decillo liviandad ;
que el tiempo sirve de dar
del amor informacion ,
y es necia la dilacion ,
sino queda que probar.

Doña Ana.

El sugetarme es forzoso ,
Celia , á tu agudeza estraña.

Celia.

Es verdad que es poca hazaña
persuadir á un deseoso.

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DON MENDO.

*Don Mendo con banda, sin espada, y el Conde.**Don Mendo.*

Mis cocheros me han vendido,
 dijo mi enemiga apenas,
 cuando en espadas y dagas
 truecan azotes y riendas,
 y como animosos, mudos,
 indicio de su fiereza,
 que dá el valor á los pechos,
 lo que les quita á las lenguas.
 Embistieron dos á dos
 con tal impetu y violencia,
 que pensé, viendo el exceso
 de su valor y sus fuerzas,
 que transformado en cochero,
 Jove por mi ingrata bella
 vibraba rayos ardientes
 para vengar sus ofensas;
 porque sus valientes golpes
 eran tantos, que no suenan
 en la fragua de Vulcano
 los martillos tan aprieta.
 Al fin, primo, (que á vos solo
 puedo confesar mi afrenta)
 la espada de un hombre humilde
 pudo herirme en la cabeza,
 y tanta sangre corría,
 con ser la herida pequeña,
 que cegándome los ojos
 puso fin á la pendencia.

Volví á curarme á Alcalá,
 que estaba un cuarto de legua,
 mas con rabia de la causa,
 que del efecto con pena.
 Esto ha podido en doña Ana
 una mal fundada queja,
 y este es el premio que traigo
 de celebrarla en las fiestas.

Conde.

¡ Hay suceso más extraño !
 ¿ Y habeis sabido quién eran
 cocheros tan valerosos ?

Don Mendo.

Como se va con cautela
 procurando por mi honor,
 que el suceso no se sepa,
 no es averiguarlo facil ;
 mas yo tengo una sospecha,
 que siempre estas viudas mozas,
 hipócritas y santeras,
 tienen galanes humildes,
 para que nadie lo entienda.
 Tal valor en un cochero
 los zelos no mas lo engendran,
 que nunca así por leales
 los hombres bajos se arriesgan.
 Esto se viene rodado,
 que si no, no lo digera,
 que ya sabeis que no suelo
 meterme en vidas ajenas.

Conde.

¡ Así tengas la salud ! *ap.*
 No vengo en esa sospecha ;
 el enojo os precipita
 contra tan honradas prendas $\frac{1}{2}$

y no es justo hablar así
de quien puede ser que sea
vuestra esposa.

Don Mendo.

Ya he perdido
la esperanza y la pæciencia.

Conde.

¿Tan presto?

Don Mendo.

Volverme quiero
á mi constante Lucrecia.

Conde.

¡Malas nuevas te dé Dios! *ap.*
Indicios dais de flaqueza:
si doña Ana está engañada
procurad satisfacerla.

Don Mendo.

Niega á mi voz los oídos.

Conde.

Entrad y habladla por fuerza;
porque quien el dueño ha sido,
siempre tiene esa licencia,
mientras no se satisface
de que es la mudanza cierta.
Quizá enojada os castiga,
y no os despide resuelta;
ó decid vuestras disculpas
en un papel.

Don Mendo.

Yo lo hiciera,
si hubiera de recibillo.

Conde.

Yo me obligo á que lo lea.

Don Mendo.

¿Cómo?

Conde.

Dádmeme , que yo
lo pondré en sus manos mismas.

Don Mendo.

Al punto voy á escribir.

ESCENA X.

El Conde.

Y yo á pedir á Lucrecia
que me cumpla su palabra ,
pues ha visto sus ofensas ;
que pues con doña Ana vino
de Alcalá en un coche , es fuerza
que viera lo que ha contado ,
y su desengaño viera ;
y este papel ha de ver ,
para que negar no pueda ;
qué modo habrá de escusarme ,
cuando don Mendo lo sepa :
y consiga yo mi intento ,
suceda lo que suceda ,
que no mira inconvenientes
el que ciega amor deveras.

ESCENA XI.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

¿ Que llegó el tiempo ?

Don Juan.

Llegó
el fin de las ansias mias.

Beltran.

¡ Gracias á Dios , que en mis días

un milagro sucedió!
 ¿Qué á Doña Ana le das pena?
 ¿qué olvida al Guzman Narciso?
 éste es el tiempo, que quiso
 ver el Marqués de Villena.
 Es verdad, que de cada año
 lo mismo decir he oido,
 pero viene aquí nacido
 con suceso tan extraño.
 ¿Qué te quiere bien?

Don Juan.

Sin duda:
 ya lo dijo claramente,
 y un angel, Beltran, no miente.

Beltran.

Todo en efecto se muda,
 pues algun tiempo averiguo,
 que fue ya la calva hermosa:
 jamás el tiempo reposa;
 ¿no dice un romance antiguo,
 por mayo era por mayo,
 cuando los grandes calores,
 cuando los enamorados
 á sus damas llevan flores?
 Pues ves aquí se ha pasado
 á setiembre ya el calor;
 pero sospecho, señor,
 que tú tambien te has mudado.
 ¿De qué tal melancolía
 te ha cargado en un instante?
 taur parece el amante,
 pues no dura su alegría;
 pero advierte que es flaqueza.

Don Juan.

Déjame con mi afliccion.

Beltran.

¿Ello importa á la invencion,
señor? pues va de tristeza.

Don Juan.

Beltran la mudanza mia,
en mudarse todo está,
que tambien se mudará
la causa de mi alegría.
Que adora así su beldad
el Duque Urbino, que creo,
que por lograr su deseo,
perderá la libertad.

Beltran.

¿Que se case temes?

Don Juan.

Si.

Beltran.

Pues si tu querida alcanza
de vista aquea esperanza,
bien pueden doblar por tí.
¿Que por llamarse escelencia,
que no hará una muger?

Don Juan.

Eso me obliga á perder
la esperanza y la paciencia.

Beltran.

Pues al remedio, señor.

Don Juan.

Dilo tú, si alguno ves.

Beltran.

Si él ama así, no lo es
el declaralle tu amor.
Mas porque tu amada bella
contigo esté declarada,
antes que él la persuada,

cásate , señor , con ella.

Don Juan.

¿Cómo la podré obligar
tan brevemente ?

Beltran.

Fingiéndolo

que la herida de don Mendo
se ha sabido en el lugar ;
y con esto el vulgo toca
en la opinion de doña Ana ,
que tengo por cosa llana ,
que por taparle la boca ,
si se ha de determinar
tarde , que quiera temprano
darte de esposa la mano :
con esto puedes mostrar
un desconfiado pecho
con recelos de su fé ,
porque la mano te dé
para verte satisfecho.

Que pues dice claramente
qué te quiere y tú la quieres ,
ó ha de hacer lo que quisieres ,
ó ha de confesar que miente.

Don Juan.

Al jardin irá esta tarde ;
allí la tengo de ver ,
y seguir tu parecer.

Beltran.

Nunca ha vencido el cobarde.
El Duque es este.

ESCENA XIII.

Dichos, el Duque y Fabio.

Don Juan.

¿ Señor ?

Duque.

Don Juan, amigo, yo muero.

Don Juan.

¿ Cómo ?

Duque.

En un combate fiero
de zelos, desden y amor.
Al ingrato, como bello
ángel que adoro, escribí
hoy un papel.

Don Juan.

¡ Ay de mí ! *ap.*

Duque.

Y no ha querido leello.

Don Juan.

El alma al cuerpo me ha vuelto. *ap.*

¿ Pues como tanto rigor ?

Duque.

Nacido es de ageno amor
un disfavor tan resuelto.

Don Juan.

Yo á ser amada atribuyo
el mostrarse tan ingrata.

Duque.

Cuando el efecto me mata
sobre la causa no arguyo.
Lo que es cierto es que yo muero ;
vos, don Juan, me aconsejad.

Don Juan.

De tan resuelta crueldad

la mudanza desespero.
Dejallo es mi parecer,
antes que crezca el amor.

Duque.

Ya no puede ser mayor.

Don Juan.

Pues amar y padecer.

ESCENA XIII.

Dichos y Marcelo.

Marcelo.

¿Puedo hablarte?

Duque.

Si, Marcelo.

Marcelo.

Dáme albricias.

Duque.

Tu tardanza

me mata.

Marcelo.

Ya tu esperanza

ha hallado puerta en tu cielo.

Hoy vá tu dueño cruel

al jardín, y un escudero

(que esto ha podido el dinero)

quiere darte entrada en él.

Duque.

Abrazame.

Beltran.

¿Qué doblones!

Duque.

¿No ireis conmigo, don Juan?

Don Juan.

Señor, los que solos van,

gozan bien las ocasiones.

Duque.

Bien decís ; vedme despues
que se esconda el soldorado ,
sabreis lo que me ha pasado.

Vase.

Don Juan.

¡Mal haya el vil interés,
por quien ni honor , ni opinion
podemos asegurar!

Beltran.

Lo que importa es madrugar
y hurtalle la bendicion.

ESCENA XIV.

DECORACION DE JARDIN.

El Conde y doña Lucrecia.

Conde.

¿Negarás , señora mia ,
la palabra que me diste?

Doña Lucrecia.

Yo no la niego.

Conde.

¿Y qué viste
cuando doña Ana venia
de Alcalá , tu desengaño?

Doña Lucrecia.

Eso tampoco te niego ;
mas aunque se apagó el fuego
quedan reliquias del daño.

Conde.

Pues porque arrojés del pecho
las cenizas que han quedado ,
mira el papel que me ha dado

don Mendo, de amor deshecho;
para aplacar el rigor
de doña Ana de Contreras;
si mas agravios esperas
será baja, y no amor.

Doña Lucrecia.

*El que sin oír condena,
oyendo ha de condenar,
esto me obliga á pensar
que es sin remedio mi pena.
Ya que el cielo así lo ordena,
dadme solo un rato oído,
que si culpado lo pido,
para mas pena ha de ser
sino que os dañe saber
que jamos os he ofendido.*

Conde.

¿Conoces la letra?

Doña Lucrecia.

Si.

Conde.

¿Ves tu engaño?

Doña Lucrecia.

Ya lo veo.

Conde, y pagarte deseo
lo que padeces por mí;
que demas de que premiarte
es justo tan firme fé,
gusto á mi padre daré
que es en esto de tu parte.
Hazme gusto de esconderte
por el jardin, no te vea
mi prima.

Conde.

El alma desea
por gloria el obedecerte.

ESCENA XV.

Doña Lucrecia, doña Ana y Celia.

Celia.

¿Qué de esa manera estás?

Doña Ana.

Después que estoy declarada,
cuanto más resistí helada,
tanto voy ardiendo más.
¿Quién detrás de este arrayan
súbitamente lo hallára!

Celia.

¡Ay Celia, y qué mala cara,
y mal talle de don Juan!
¿Ves lo que en un hombre vale
el buen trato y condición?

Doña Ana.

Tanto, que ya en mi opinión
no hay Narciso que le iguale.
¿Prima, qué es eso que lees?

Doña Lucrecia.

Un billete de don Mendo,
y mostrártelo pretendo,
por si sus promesas crees.

Doña Ana.

Ni le escucho, ni le creo,
bien puedes vivir segura.

Doña Lucrecia.

¡No le dé Dios más ventura, (1)

(1) Da el papel á doña Ana, y ella se pone á leerlo.

de la que yo le deseo!
Solo pretendo que del
entiendas lo que te quiere.
Harele el mal que pudiere *ap.*
pues dá ocasion el papel.

ESCENA XVI.

Dichos y don Juan.

Celia.

Llega atrevido y dichoso. (1)

Don Juan.

Uu papel está leyendo, *ap.*
y la letra es de don Mendo.
¿Tendrá licencia un zeloso,
á quien tú dueño has llamado
para ver ese papel?

Doña Ana.

Don Juan, si ha nacido de él
ese celoso cuidado,
pide licencia primero
á mi prima, y lo verás.

Don Juan.

¿Luego licencia me dás
de decille que te quiero?

Doña Ana.

Si, que este es lance forzoso,
puesto que el alma te adora.

Don Juan.

Dadme licencia, señora,
por amante, ó por zeloso,
para ver este papel.

(1) *A don Juan que se llega por un lado á doña Ana.*

Doña Lucrecia.

Mi gusto en doña Ana vive.

Doña Ana.

Agora sabe que escribe
don Mendo á Lucrecia en él.

Don Juan

¿Don Mendo á Lucrecia?

Doña Ana.

Si;

decirlo puede mi prima.

Don Juan.

Si tanto tu gusto estima,
mas que eso dirá por tí.
Pero aquí el mismo papel
es bien que el testigo sea.

Doña Lucrecia.

Satisfacerme desea,
y audiencia me pide en él.

(1)

Don Juan leyendo.

*El que sin oír condena,
oyendo ha de condenar,
y esto me obliga á pensar,
que es sin remedio mi pena:
ya que el cielo así lo ordena,
dadme solo un rato oído,
que si culpado lo pido,
para mas pena ha de ser,
sino que os dañe saber
que jamás os he ofendido.*

¿Doña Ana, qué te ha obligado
á pretenderme eugarñar?

¿qué te puedo yo importar
no querido, y engañado?

A tí vienen dirigidas
 las razones que he leído,
 que sobre lo sucedido
 son palabras conocidas.

Doña Ana.

Cuando á mi venga el papel
 ¿ dá gracias de algun favor,
 ó quejas de mi rigor?
 luego te obligo con él.

Don Juan.

Mejor modo de obligar
 fuera no haberlo leído;
 que quien escucha ofendido,
 no huye de perdonar.
 ¿ Ageno papel recibes
 cuando mia te has nombrado?
 ó poco me has estimado,
 ó livianamente vives.
 De donde hé ya conocido,
 que vivir me está mas bieú
 desdichado en tu desden,
 que en tu favor ofendido.
 Yo me iré donde jamás
 pueda otra vez engañarme
 tu favor.

Doña Ana.

¿ Quieres matarme,
 señor?

Don Juan.

Suelta.

Doña Ana.

No te irás
 sin oirme; prima mia
 ayudámele á tener.

Don Juan.

Soltad.

Doña Lucrecia.

Ya es esto perder
la debida cortesía.

Celia.

Don Mendo está en el jardín.

Doña Ana.

¿Don Mendo?

Celia.

Por fuerza ha entrado

Doña Ana.

A coyuntura ha llegado
que daré á tus zelos fin.
Los dos tras ese arrayan
os entrad, donde escondidos
los ojos y los oidos
satisfaccion os darán.

Don Juan.

Sola tu mano ha de ser
quien me tenga satisfecho.

Doña Ana.

Señor eres ya del pecho,
poco te queda que hacer. (1)

ESCENA XVII.

Dichos y don Mendo.

Don Mendo.

Ni quiero que me perdones;
ni volver quiero á tu gracia,
y si tal pidiere, cierra
el oído á mis palabras.

(1) *Escondense don Juan y doña Lucrecia.*

Mis des cargos solamente
 quiero que escuches, doña Ana,
 por volver por mi opinion,
 no por culpar tu mudanza.
 Si al Duque Urbino, de tí
 dije una noche mil faltas,
 fué temor de que en su pecho
 engendrarse amor tu fama;
 porque don Juan de Mendoza
 contaba tus alabanzas,
 y á la pólvora de un mozo
 lo menor centella basta.

A tu prima le escribí
 mil agravios por tu causa,
 desengañando su amor,
 y encareciendo tus gracias.
 Si ella te ha dicho otra cosa,
 presto verás que te engaña,
 que el traslado traigo aquí;
 oye sus mismas palabras.

Lee. *Tu sentimiento encareces
 sin escuchar mis disculpas
 cuanto sin razon me culpas
 tanto con razon padeces:
 si miras lo que mereces,
 verás como la passion
 te obliga á que sin razon
 agracies en tu locura,
 con las dudas, la hermosura,
 con los zelos, la eleccion.
 Lucrecia, de trá do a Ana
 ventaja hay mas conocida,
 que de la muerte á la vida,
 de la noche á la mañana.
 ¿Quién á la hermosa Diana*

*trocara por una estrella?
deja la injusta querella
desengaña tus enojos,
que tengo una alma y dos ojos
para escoger la mas bella.*

Mira si mas claramente
pude yo desengañarla,
si ella lo entendi6 al reves
en mi no estuvo la falta,
que quise en el campo usar
de fuerza, dirás. ¡ Ah ingrata!
como á esposa lo intenté,
si te ofendí como á estraña;
y delinquir en el campo
no fue mucho, si llevaba
anticipado el castigo
con mil flechas en el alma.
Tus quejas, y mis disculpas
estas son, la furia amansa,
huya de tu hermoso cielo
la nube de mi desgracia;
que el cielo, el aire, la tierra
son testigos de mis ansias:
no hay quien dude mis verdades
sino tú, que eres la causa.

Esta es mi mano de esposo,
y con disculpa tan clara,
ó no niegues mi firmeza,
ó confiesa tu mudanza,

Doña Lucrecia.

Aquí se casan sin duda.

Don Juan.

¡Aquí sin duda se casan!
¿Saldré, Celia?

Celia.

No la enojas
cuando te importa obligalla.

ESCENA XVIII.

Dichos , el Duque con un escudero y quedan se al paño.

Escudero.

Aquí podeis aguardar
á que don Mendo se vaya.

Doña Ana.

Don Mendo , yo te confieso ,
que tu descargo es muy llano ,
y que con darme la mano
puede cerrarse el proceso ;
pero tu intento no tiene
remedio , ya me has perdido ,
y resuelto el ofendido ,
tarde la disculpa viene.
Digo , que fué la intencion
con que hablaste mal de mi
al Duque , querer así
librarme de su aficion ;
mas fué público el hablar ,
la intencion oculta fué ,
si por lo escrito juzgué ,
no te me puedes quejar ,
y agora te desengaña
de cuan malo es hablar mal ,
pues con ser la causa tal ,
y el fin tan bueno , te daña.
Por el mal medio condeno
el buen fin ; todo lo ignalo ,
en que veras que lo malo
aun para buen fin no es bueno.

Tu lengua te condenó,
 sin remedio á mi desden;
 á toda ley, hablar bien,
 que á nadie jamás dañó.
 Con esto si eres discreto,
 mudar intento podrás.

Don Mendo.

¿Resuelta en efecto estás?

Doña Ana.

Resuelta estoy en efecto.

Don Mendo.

Mira lo que dices.

Doña Ana.

Digo

que es vana tu presuncion,
 porque esta, resolucion
 es, don Mendo, no castigo.

Don Mendo.

Ya lo que dice de tí
 la fama creer es justo,
 que informa de tu mal gusto
 el aborrecerme á mí.
 Del cobero que me hirió
 se habla mal, y mal sospecho,
 que tal brio en bajo pecho
 de tus favores nació.

Doña Ana.

Tente, no me digas mas,
 yo estorbaré mis afrentas;
 por donde obligarme intentas
 del todo me perderás.
 El cobero que te hirió,
 don Mendo, mostrarte quiero.

Bien podeis salir, cochero. (1)

Don Juan.

Yo soy el cochero.

Duque.

Y yo.

Doña Ana.

Caballeros, deteneos,
que á mi ese daño me haceis.

Duque.

Basta que vos lo mandeis.

Don Juan.

Serviros son mis deseos.

Doña Ana.

Estos los cocheros son,
por quien mi opinion se infama;
y por quitar á la fama
de mi afrenta la ocasion,
le doy la mano de esposa
á don Juan. (2)

Don Juan.

Y yo os la doy.

Celia.

¡Buena pascua!

Beltran.

¡Loco estoy!

Duque.

Vuestra amistad engañosa (3)
castigaré.

(1) *Salen al teatro, y empuñan todos las espadas*

(2) *Dánse las manos.*

(3) *Empuña el Duque contra don Juan.*

Don Juan.

Deteneos,

que yo nunca os engañé ;
 recato y no engaño fué
 encubriros mis deseos ;
 que si os queréis acordar ,
 solo os tercié para vella ,
 y en empezando á querella ,
 os dejé de acompañar.

Doña Ana.

Y en fin , si bien lo mirais ,
 el dueño fui de mi mano ,
 y sobre mi gusto en vano
 sin mi gusto disputais.
 A don Juan la mano dí ,
 porque me obligó diciendo
 bien de mí , lo que don Mendo
 perdió hablando mal de mí .
 Este es mi gusto , si bien
 misterio del cielo ha sido
 con que mostrar ha querido
 cuanto vale el hablar bien .

Don Mendo.

Antes sospecho que fué
 pena del loco rigor ,
 con que por tí el firme amor
 de tu prima despreció :
 mas con llorar mi mudanza
 y gozar su mano bella
 estorbaré su querella ,
 y mi engaño , y tu venganza .

Doña Lucrecia.

¿Quién os dijo que sustenta
 hasta agora el alma mia
 vuestra memoria ?

Beltran.

El hacia
sin la huésped la cuenta.

Doña Lucrecia.

Vos hablastes , pretendiendo
á doña Ana , mal de mí.

Don Mendo.

¡Yo á doña Ana mal de tí!

Doña Lucrecia.

Las paredes oyen , Mendo.
Mas puesto que en vos es tal
la imprudencia , que queréis
ser mi esposo , cuando habeis
hablado de mí tan mal ;
yo no pienso ser tan necia ,
que esposa pretenda ser ,
de quien quiere por muger
á la misma que desprecia ;
y porque con la esperanza
el castigo no alivieis ,
lo que por falso perdeis ,
el Conde por firme alcanza.
Vuestra soy. (1)

Don Mendo.

¡ Todo lo pierdo !
¿ para que quiero la vida ?

Conde.

Júzgala tambien perdida ,
si en hablar no eres mas cuerdo,

(1) *Da la mano al Conde.*

Beltran.

Y pues este ejemplo ven,
 suplico á vuestras mercedes
 miren, que oyen las paredes;
 y á toda ley hablar bien.

Las Paredes Oyen.

Parece que don Juan Ruiz de Alarcon tomó el asunto de esta comedia, de la que hemos insertado en el primer tomo de Lope de Vega, titulada *El Premio del bien hablar*; pero aunque así sea el modo de desempeñarle, es tan diferente, que no admite comparación. Lope compuso una comedia de intriga bien combinada, agradable é interesante; cuando Alarcon se propuso directamente en la suya un fin moral: quiso probar que el maldiciente es odioso en la sociedad, y digno de aprecio y estimacion el hombre tolerante y comedido. Estos dos caractéres contrastan maravillosamente. Don Mendo es caballero, galan, discreto y rico; pero tan mordaz que no perdona la opinion mas respetable; murmura de sus amigos, de sus parientes, de sus amantes: no perdona á la misma á quien ama y solicita para desposarse con ella. Don Juan, al contrario, no ha debido á la naturaleza ninguna gracia personal, es pobre; pero tiene una alma noble y generosa, elogia el mérito ajeno, defiende las prendas y la nobleza de la que adora, aunque no tiene esperanza de poseerla, y pondera el valor y la destreza de su mismo rival. Estos dos personajes puestos en accion y obrando cada uno conforme á su carácter, producen un efecto admirable, y un interés tan sostenido, que prueban el juicio y la inteligencia del poeta. Luce mas todavía su talento en el papel de doña Ana. Ama esta perdidamente á don Mendo y desprecia á don Juan; pero cuando en la escena XX del acto primero, que es una de las mas bien imaginadas y mas teatrales que pueden presentarse en la escena, oye la maledicencia de su amante

y los elogios del que aborrece, no puede contener su indignacion.

Doña Ana.

Estoy loca.

Celia.

¿A este hombre tienès amor?

Doña Ana.

¡El pecho abraza el furor!

¡Fuego arrojo por la boca!

¡Posible es que tal of!

¡Vil, á quien te quiere infamas!

¡Asi tratas á quien amas!

Por la declaracion de Lucrecia en la escena III del segundo acto, acaba doña Ana de conocer el carácter de don Mendo, y la pintura que hace Celia de don Juan en la escena IV, la inclinan á estimarle.

Doña Ana.

No niego que desde el dia,

que defenderme le oí,

tiene ya don Juan en mí

mejor lugar, que solia;

porque el beneficio cria

obligacion natural;

y pues el rigor mortal

aplacó ya mi desden,

principio es de querer bien,

el dejar de querer mal.

*Esta escena es muy agradable, porque el espectador está ya interesado á favor de don Juan, y desea que logre la mano de doña Ana. Oye complacido los elogios de Celia, y quisiera que esforzase tanto su per-

suasion que quedase rendida inmediatamente. Este sentimiento que se experimenta al leer la comedia, prueba la bondad del carácter de don Juan. El de Celia es tambien digno de elogio, porque no la mueve el interés á favorecerle.

Doña Ana.

¿Qué te obliga á que tan mal
te parezca mi desden?

Celia.

Tener á quien habla bien
inclinacion natural;
y sin ella me obligára
la razon á que lo hiciera.

Doña Ana.

¿Celia, si don Juan tuviera
mejor talle, y mejor cara!

Celia.

¿Pues cómo! ¿en eso repara
una tan cuerda muger?
En el hombre no has de ver
la hermosura, ó gentileza;
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber: &c.

Las escenas I, II, III y VII del acto tercero, son de las mas bellas de la comedia, y en las que manifiesta el autor su talento y su conocimiento del arte. En fin, el desenlace nada deja que desear, pues el maldiciente recibe el castigo de su maledicencia. Vé que don Juan se casa con doña Ana; y cuando acude para despícarse á doña Lucrecia y le desdeña, queda completamente satisfecho el espectador.

Nada diremos de la demasiada estension de tiempo y de lugar que se tomó el autor. A nuestros lec-

tores les habrá tal vez sucedido al leerla, lo que nos ha sucedido á nosotros, que olvidados de estos defectos, hemos seguido al poeta hasta el fin de la comedia, con el mayor interés y complacencia.

ÍNDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

	Página.
<i>Ganar amigos.</i>	3
<i>Examen.</i>	119
<i>La verdad sospechosa.</i>	123
<i>Examen.</i>	251
<i>El examen de Maridos.</i>	257
<i>Examen.</i>	377
<i>Las Paredes oyen.</i>	381
<i>Examen.</i>	506





61563

100